

ALGUNAS CUESTIONES
TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS
SOBRE EL ESTUDIO
DE LA PERSONALIDAD



Este libro,
en tus manos de estudiante,
es instrumento de trabajo
para construir tu educación.
Cuidalo.

Edición: Dra. María Caridad Granel Pérez
Diseño: Lic. Vivian Lechuga Rodríguez
Diseño de cubierta: Gilberto Díaz Fernández

Primera reimpresión, 1987

© Ministerio de Educación, 1982
© Editorial Pueblo y Educación, 1982

EDITORIAL PUEBLO Y EDUCACIÓN
Calle 3ra. A No. 4605, entre 46 y 60,
Playa, Ciudad de La Habana

SNLC:RA 01.06570.X

Impreso por el Combinado Poligráfico de Guansánamo
"Juan Marinello" en el mes de Mayo de 1987
"Año 29 de la Revolución"

NOTA A LA EDICIÓN

El estudio de la personalidad constituye uno de los problemas actuales más debatidos y estudiados por la psicología marxista-leninista.

En la bibliografía de carácter especializado publicada hasta el momento en nuestro país, se abordan algunos de los principales problemas teóricos de la personalidad, pero no siempre su enfoque posee el nivel de actualización requerida.

La publicación de *Algunas cuestiones teóricas y metodológicas sobre el estudio de la personalidad*, tiene como objetivo, por una parte, brindar una visión panorámica de las valoraciones contemporáneas tanto teóricas como metodológicas acerca del estudio de la personalidad; y por otra parte, dar a conocer el trabajo realizado por un grupo de jóvenes científicos formados en la Revolución que ponen en sus artículos no sólo el análisis que ellos realizan de las concepciones existentes de este tema, sino también las categorías y métodos que proponen para su estudio.

Esta selección no agota, sin embargo, todos los aspectos de la personalidad, pero al ser el primer material de este tipo elaborado por autores cubanos, constituye un valioso material de consulta y de profundización, tanto para los especialistas como para los alumnos de nivel superior que se forman como profesores de Psicología o como investigadores.

Dirección de Formación y Perfeccionamiento
de Personal Pedagógico

Introducción/ V

- F. GONZÁLEZ REY. La categoría personalidad en la psicología marxista/1
 F. GONZÁLEZ REY. Algunas cuestiones metodológicas sobre el estudio de la personalidad/9
 F. GONZÁLEZ REY. Análisis crítico del uso de los tests y de las pruebas proyectivas en el diagnóstico de la personalidad/22
 B. S. BRATUS. Algunos problemas actuales de la psicología de la personalidad/32
 B. S. BRATUS y M. FEBLES ELEJALDE. El problema de las peculiaridades de las necesidades en el hombre/37
 F. GONZÁLEZ REY. Importancia de la autovaloración y los ideales en el estudio de la motivación humana/42
 B. S. BRATUS y F. GONZÁLEZ REY. La tendencia orientadora de la personalidad y las formaciones del sentido/48
 O. D'ANGELO HERNÁNDEZ. Las tendencias orientadoras de la personalidad y los proyectos de vida futura del individuo. Su importancia en la sociedad socialista/69
 G. ROLOFF GÓMEZ. La autovaloración y los métodos para su estudio/84
 B. S. BRATUS y D. GONZÁLEZ SERRA. La dinámica motivacional en la personalidad sana y en la enferma/96

El presente libro está dedicado al análisis de algunos de los problemas de orden teórico-metodológico que centran la atención de los psicólogos que siguen una orientación marxista-leninista en el estudio de la personalidad en nuestros tiempos.

La comprensión de los problemas fundamentales del estudio de la personalidad constituye un elemento indispensable de la formación psicológico-pedagógica de nuestros profesores y maestros, que tienen la gran responsabilidad de cumplir el encargo social de formar la personalidad comunista de las nuevas generaciones, objetivo fundamental de nuestra educación.

Es esta necesidad la que hizo surgir la idea de elaborar un libro en el que se exponen problemas de actualidad en la psicología marxista de la personalidad, analizados por un grupo de psicólogos, cubanos y soviéticos, que trabajan en diferentes áreas de la psicología de la personalidad.

En el momento actual del desarrollo de la psicología marxista, no podemos hablar aún de una teoría de la personalidad suficientemente elaborada en los marcos de nuestra ciencia. El desarrollo de una psicología marxista de la personalidad, exige la elaboración teórica de un conjunto de categorías y la creación de métodos que permitan abordar su estudio desde una posición metodológica consecuente con nuestros principios teóricos.

Hasta el momento el estudio de las diversas formaciones psicológicas que integran la personalidad, se ha desarrollado desde un punto de vista formal, no descubriéndose las complejas relaciones de lo cognitivo y lo afectivo que están en la base del potencial regulador de la personalidad.

En el presente libro se exponen un conjunto de trabajos que abordan problemas de mucha actualidad en el área de la personalidad, como

los referidos a la jerarquía de los motivos, al papel de importantes formaciones psicológicas del nivel consciente-volitivo de regulación motivacional, específico del hombre, como son la autovaloración y los ideales; así como a problemas relacionados con la motivación.

Además de presentarse y analizarse importantes cuestiones teóricas, en el libro se manifiestan posiciones metodológicas que responden al estudio de dichas cuestiones en la investigación concreta.

Por primera vez, se plantean un conjunto de problemas y categorías desarrolladas por autores cubanos, que constituyen el comienzo de una posición teórica propia, que en estrecha unión con los psicólogos soviéticos y de otros países socialistas, contribuirán al desarrollo de una teoría de la personalidad en la psicología marxista.

El trabajo "Algunos problemas actuales de la psicología de la personalidad" de B.S. Bratus, es una transcripción de una conferencia dictada por el autor en la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana, que debido a la importancia de su contenido hemos considerado incluirla en el libro.

No ha sido propósito de los autores abarcar todos los aspectos que componen el complejo sistema de la personalidad; se ha intentado profundizar en aquellos que poseen mayor relevancia para la regulación motivacional consciente de la actividad, como función superior de la personalidad.

La introducción de nuevas categorías y enfoques metodológicos carece de la pretensión de crear en el lector la impresión de que se trata de verdades inobjetables, sino por el contrario se expresan como el resultado de una etapa de trabajo, caracterizada por la búsqueda de soluciones a problemas no resueltos y por el análisis crítico de algunas posiciones asumidas ante estos problemas, susceptibles de ser superadas. De aquí, la forma polémica en que se plantean muchas de estas cuestiones, basadas en la convicción de que vendrán nuevas etapas de trabajo intenso y sistemático, en las que estas ideas que hoy se proponen serán sometidas a un riguroso proceso de comprobación de su validez y consistencia dentro de la teoría psicológica de la personalidad sobre una base marxista.

LA CATEGORÍA PERSONALIDAD EN LA PSICOLOGÍA MARXISTA

F. González Rey

El desarrollo de la psicología marxista, como todo desarrollo, no describió un camino lineal que condujera al enfoque sociocultural de lo psíquico, atravesando por diferentes momentos de confusión en relación con su objeto, que iban desde posiciones idealistas, hasta el reduccionismo reflexológico que pretendía explicar todos los fenómenos psíquicos por los reflejos condicionados.

El enfoque sociocultural de lo psíquico se desarrolla esencialmente a partir de las posiciones teóricas de L.S. Vigotski, quien criticó en su obra, tanto las posiciones de la psicología idealista subjetiva, como la llamada psicología objetiva representada por el conductismo norteamericano y la reflexología rusa.

En relación con esto, Vigotski escribe: "La reflexología cierra los ojos ante la peculiaridad cualitativa de las formas superiores de conducta, para ella, estas funciones, en esencia, no se diferencian en nada de los procesos elementales."¹

Vigotski desarrolla una nueva concepción de las funciones psíquicas superiores, partiendo de su naturaleza social y destacando su carácter mediatizado por la conciencia. La naturaleza de las funciones psíquicas superiores, Vigotski se la plantea como un proceso de fuera hacia adentro enfatizando su carácter específico y su diferencia de las funciones biológicas elementales.

A partir de las posiciones de Vigotski, se desarrolla con gran fuerza la teoría de la actividad en la psicología soviética, que tiene como principal figura a A.N. Leontiev. Partiendo de la interiorización de las operaciones externas, en forma de operaciones psicológicas internas, se logra un nivel de explicación de lo psíquico en el que se concretizan un conjunto de principios esenciales que sirven de base a todo el desarrollo ulterior de la psicología marxista como son:

- El carácter esencialmente social de lo psíquico.
- El carácter activo del reflejo psíquico de la realidad, el cual se alcanza en la actividad del sujeto.

¹ L. S. Vigotski: *Desarrollo de las funciones psíquicas superiores*, p. 55.

Bajo la concepción de L.S. Vigotski desarrollada posteriormente por A.N. Leontiev en su teoría de la actividad, se desarrollaron una importante cantidad de investigaciones concretas sobre procesos cognitivos a partir de un enfoque metodológico totalmente nuevo, propio de la psicología marxista.

Sin embargo, el estudio de la personalidad y la motivación se quedó sensiblemente rezagado con relación al estudio de los procesos cognitivos dentro de la psicología.

A partir de la importancia que tomó la categoría actividad en la psicología marxista, el análisis de la personalidad se basó esencialmente en la relación *sujeto-objeto*, limitándose el estudio de las diversas formas de comunicación *sujeto-sujeto* y, por tanto, de las formaciones psicológicas que se desarrollan a partir de esta relación.

“En los últimos tiempos —señala E.V. Shorojova— un grupo de psicólogos (ante todo B.F. Lomov) ha manifestado la posición de que la forma individual de existencia del hombre no puede limitarse sólo por el análisis de las relaciones sujeto-objeto. Estas relaciones constituyen solamente un aspecto del problema. El otro aspecto, más importante aún, es el de la relación del hombre con las otras personas, las relaciones *sujeto-sujeto*, particularmente las relaciones sociales. Estas relaciones determinan la estructura psicológica de la personalidad.”¹

El énfasis en las relaciones sujeto-sujeto y sus diferentes regularidades en las distintas etapas del desarrollo, posibilita que pasen a un primer plano un conjunto de categorías esenciales para el estudio de la personalidad, que hasta el momento han sido insuficientemente trabajadas y que constituyen la base para la comprensión de las formaciones psicológicas más complejas de la misma, como es la categoría de vivencia.

La categoría de vivencia, ya planteada por L.S. Vigotski, pero poco desarrollada después, constituye la unidad fundamental de la vida afectiva de la personalidad, pues ningún contenido psíquico puede convertirse en regulador del comportamiento si no posee una carga emocional suficiente que posibilite su vivencia por parte del sujeto. Esta categoría se desarrolla esencialmente en el proceso de comunicación del hombre con los otros hombres y la determinación de sus regularidades constituye un momento inmanente para el estudio de todas las formas reguladoras de la personalidad.

La vivencia es el elemento psicológico que se encuentra en la base del *sentido* que un contenido adquiera para el sujeto. Es a partir de la unión de un contenido con determinada carga emocional que se exprese en forma de vivencia, donde vamos a encontrar la clave para la formación y el desarrollo de las formaciones reguladoras más complejas de la personalidad, así como la particularidad esencial de la personalidad como nivel regulador superior de la vida psíquica del hombre.

² E. V. Shorojova: *Psicología social de la personalidad*.

Durante muchos años, en la literatura psicológica se han presentado como dos aspectos independientes, separados, el estudio de los procesos cognitivos y el estudio de la personalidad y los procesos afectivos. En la mayoría de los manuales de psicología general, la personalidad se presenta como el conjunto de diferentes propiedades psíquicas (carácter, capacidades, temperamento), y no se penetra en la esencia de la misma como nivel regulador del comportamiento ni en los mecanismos principales de su funcionamiento integral.

Al valorar la personalidad como el conjunto de propiedades psíquicas, ha predominado un enfoque descriptivo en el que se han perdido las particularidades psicológicas que caracterizan sus potencialidades reguladoras. Ya S.L. Rubinstein había destacado la importancia de concebir las propiedades de la personalidad integradas en un sistema que se orientara activamente por las potencialidades de la autoconciencia del hombre.

En relación a esto escribe: “...La cuestión final que se presenta ante nosotros en el plano del estudio psicológico de la personalidad es la de su autoconciencia como *yo*, que en calidad de sujeto asimila conscientemente todo lo que el hombre hace, relacionando consigo todos sus actos y acciones, asumiendo conscientemente para sí la responsabilidad de los mismos en calidad de su autor y su creador.”¹

En esta posición expresada por S.L. Rubinstein está contenido otro elemento substancial de carácter general para concebir el estudio de la personalidad en la psicología marxista, que es la participación activa de la autoconciencia en la regulación del comportamiento, lo que establece las bases para desarrollar el principio de la unión de lo afectivo y lo cognitivo, de la dinámica y el contenido en el estudio de la personalidad, principio básico para comprender la personalidad como sujeto regulador, que inmerso en diferentes tipos de actividad, no sólo se transforma por ellas sino que es capaz de mantener sus aspectos esenciales, trascendiendo lo inmediato a través de fines y objetivos sociohistóricos formados en su desarrollo.

La función reguladora de la personalidad constituye su aspecto distintivo. La personalidad, a través de las diversas formaciones que la integran, es el nivel regulador superior del psiquismo humano; sin embargo, al enfocarla como conjunto de propiedades psíquicas se pierde su esencia, sustituyéndose por una simple descripción que no permite explicar su potencialidad en la regulación del comportamiento.

Al plantear que el aspecto distintivo de la personalidad es su función reguladora, no nos referimos a la motivación, como tradicional-

¹ S. L. Rubinstein: *Principios de psicología general*, p. 676.

mente ha sido esta enfocada, o sea, como conjunto de necesidades y motivos independientes de los procesos de la cognición humana, sino a la unidad indisoluble de lo cognitivo y lo afectivo como principio esencial y básico de la función reguladora de la personalidad.

Lo cognitivo se integra de forma activa al sistema regulador de la personalidad, sobre todo a través de su función más compleja que es el pensamiento. La elaboración intelectual más compleja de la personalidad, que tiene en la base sus principales necesidades y motivos, no es sólo una actividad motivada por su origen, sino que por sus propias funciones y operaciones incide activamente en la fuerza dinámica de los motivos, tanto por el desarrollo de los contenidos propios de los motivos, como por las transformaciones de la carga emocional inherente a sus propias operaciones de naturaleza cognitiva.

A partir de la unidad de lo cognitivo y lo afectivo se desarrollan las formaciones reguladoras más complejas de la personalidad que orientan de forma consciente y activa su comportamiento. Es precisamente esta particularidad, o sea, la de orientarse de modo consciente y con un elevado nivel de reflexión y participación individual hacia fines propios, la esencia del nivel consciente-volitivo; nivel superior de la personalidad.

El hombre como personalidad no constituye una sumatoria de rasgos que se activan ante determinadas influencias externas y que regulan de forma automática y directa la conducta, esto es sólo un nivel de regulación de la personalidad; sin embargo, no su esencia, que es precisamente su nivel consciente-volitivo, el cual implica al hombre orientado por las formas superiores de su motivación e intelecto participando activamente en la regulación de su conducta. En este proceso, tanto sus rasgos caracterológicos como sus capacidades, habilidades y otras particularidades psicológicas, se convierten en medios para lograr los fines principales que la personalidad se plantea ante sí.

La personalidad no es un conjunto de rasgos ni de propiedades, sino un sistema integral cuya esencia es la jerarquía de motivos, orientada y regulada por la participación consciente del sujeto en la dirección de su comportamiento a través de las formaciones motivacionales conscientes de la personalidad. Las motivaciones principales de la personalidad están estrechamente vinculadas a la autovaloración del sujeto, lo que se expresa claramente en las vivencias sentidas por este en relación con su autoestimación cuando participa en las actividades que expresan estas motivaciones.

Podemos afirmar que la personalidad es un complejo sistema que integran formaciones psicológicas de distinto grado de complejidad, las cuales se organizan activamente alrededor de la jerarquía de motivos del hombre, con una participación muy activa de su autoconciencia. La

determinación de las regularidades funcionales de este sistema, constituye una tarea primordial para la psicología marxista.

La unidad de lo cognitivo y lo afectivo es un principio teórico y metodológico fundamental para comprender la personalidad como el nivel regulador superior y más organizado de lo psíquico. Sólo sobre la base de este principio puede comprenderse a la personalidad como sujeto de la actividad, como sujeto activo que se autodetermina y que mantiene una relativa autonomía en el medio que la rodea.

El estudio de la personalidad no puede verse limitado por el estudio de rasgos o cualidades abstractas que dan lugar a un tipo de comportamiento concreto, posición muy difundida en la actualidad, cuyo origen está en la psicología diferencial y en la psicometría, como su expresión metodológica para estudiar a un hombre concreto.

La forma en que una cualidad participa en la regulación de la conducta depende, tanto del sentido que la misma tiene para el sujeto, como de su significación en los objetivos principales que el sujeto se ha propuesto alcanzar a partir de los motivos fundamentales de su personalidad. Mientras más activo es el papel del sujeto sobre sus rasgos y cualidades caracterológicas, mediante sus reflexiones y valoraciones, incorporando sus rasgos a los fines más importantes que se plantea, mayor es su potencialidad de autodeterminación sobre la conducta.

Cuando un rasgo o cualidad de la personalidad participa con una elevada rigidez en la regulación del comportamiento, conspirando incluso contra algunos de los fines que el sujeto se propone alcanzar, tenemos que analizar esto como un elemento que conspira contra el desarrollo pleno de la integridad de la personalidad, lo cual está muy relacionado con una inadecuada educación durante su desarrollo, centrada más en el respeto absoluto y pasivo a un conjunto de normas que en la participación reflexiva y activa en la regulación del comportamiento.

La unidad de lo cognitivo y lo afectivo en las distintas formas en que esta se exprese, representa la particularidad funcional distintiva de la personalidad como instancia reguladora de la vida psíquica.

La definición de la categoría personalidad ha sido bastante general hasta el presente en la psicología, orientándose por unos autores hacia los aspectos más generales que la integran, mientras que otros se centran más en sus funciones, así L. I. Bozhovich la define por la capacidad que tiene el hombre para autodeterminarse, no expresando nada sobre las distintas formaciones o particularidades que caracterizan su esencia reguladora, mientras que otros autores se orientan a definir los elementos o niveles que forman la personalidad como sistema (S. L. Rubinstein, K. K. Platonov y otros).

Los manuales de psicología general siguen identificando a la personalidad, por ejemplo, con el carácter, el temperamento y las capacidades, sin precisar claramente cómo participan estas cualidades en la regulación de la actividad del sujeto orientada por la autoconciencia, aspecto tan resaltado por S. L. Rubinstein al tratar dichas cualidades.

Pensamos que el estado actual en que se encuentra la psicología en relación a la investigación y elaboración teórica en el estudio de la personalidad, no facilita ofrecer una definición acabada que oriente su investigación en el campo empírico. Sin embargo, creemos que se impone hacer algunas consideraciones que nos posibiliten una mayor claridad al abordar la personalidad como objeto de estudio.

Opinamos que la personalidad es una formación compleja que estamos muy lejos de poderla reducir al conjunto de tres o cuatro propiedades psicológicas. Pensamos que el análisis de la estructura y el contenido de la personalidad debe realizarse a partir de su comprensión como un conjunto de diferentes niveles de regulación, en los cuales participan distintas cualidades y propiedades psíquicas.

En nuestras investigaciones nos hemos orientado a determinar las formaciones psicológicas características de su nivel superior, el consciente-volitivo, y algunas regularidades del funcionamiento de este nivel en los jóvenes.

El nivel consciente-volitivo de regulación se caracteriza por la participación activa del sujeto en la dirección y ejecución de su comportamiento a través de fines conscientemente establecidos, que se expresan en formaciones psicológicas, como los ideales morales y las intenciones profesionales, las que se respaldan, con el desarrollo de este nivel, en una sólida concepción del mundo que sirve de base a toda la elaboración intelectual del sujeto, no sólo por sus contenidos sino también por su compromiso emocional con estas elaboraciones.

En la regulación comportamental a través de este nivel, se comprometen una serie de cualidades o rasgos, que son medios necesarios para la dirección exitosa del comportamiento, como son la persistencia, la flexibilidad, la iniciativa, la creatividad, etcétera; sin embargo, otras cualidades no tienen nada que ver con la potencialidad reguladora que dicho nivel alcance, como la introversión, la sociabilidad, etcétera.

La dirección del comportamiento a partir de este nivel, se caracteriza por la participación activa, reflexiva y consciente del sujeto en sus fines, apoyándose para esto en todas sus cualidades, intereses y capacidades, los cuales autorregula mediante autovaloración.

En este nivel de regulación de la personalidad, los sentimientos, hábitos y otras formas más elementales de la vida psíquica, se integran a las formaciones psicológicas antes mencionadas, de carácter autoconsciente.

Unido a este nivel de regulación, esencial y distintivo de la personalidad, existen otros que, aunque subordinados a este, guardan una relativa autonomía respecto a él, siendo una tarea de la psicología determinar sus elementos y regularidades.

Por ejemplo, existe un nivel que le imprime el tono a la personalidad y que incide activamente en todas las características expresadas por esta cuando moviliza su comportamiento hacia fines significativos. El temperamento tiene una gran implicación en este nivel, aunque posee características funcionales independientes, que repercuten en el tono que el sujeto le imprime a su actividad (presión sanguínea, secreción de adrenalina, etcétera); sin embargo, se subordina al nivel consciente-volitivo cuando este tiene un adecuado desarrollo, aunque esta subordinación no sea inmediata.

Creemos que integran la personalidad todas aquellas formaciones, procesos, propiedades y contenidos, que caracterizan con cierta estabilidad la proyección integral del sujeto en distintas áreas de su vida, así como las formas, medios y procedimientos que el mismo utiliza para esto, todo lo cual se expresa a través de la activa reflexión del sujeto en el nivel consciente-volitivo.

Pensamos que el nivel consciente-volitivo, como todas las formaciones psicológicas de la personalidad, no es una regularidad inherente a su desarrollo, sino el producto de una adecuada educación orientada a su formación, la que exige, a diferencia de los restantes niveles, formas más complejas que incentiven y orienten la participación activa, reflexiva y motivada del joven en sus diferentes actividades.

Cada nivel regulador de la personalidad contiene elementos psicológicos específicos (rasgos, capacidades, etcétera) que se encuentran comprometidos con las ejecuciones que el mismo implique.

La investigación orientada a esclarecer la participación e interrelación de los distintos niveles que integran la personalidad en la regulación del comportamiento, es una tarea esencial que debe acometer la psicología general en estrecha relación con las restantes especialidades de la psicología.

Un error grande que se ha manifestado en la investigación psicológica de la personalidad, es la falta de integración y elaboración de los resultados alcanzados en las distintas ramas de la psicología aplicada; así, por ejemplo, la autovaloración y los ideales se han estudiado por separado dentro del campo de la psicología pedagógica; el papel de la comunicación y su importancia para la personalidad y el grupo, se ha estudiado en los marcos de la psicología social; los resultados de la clínica han sido poco trabajados en la búsqueda de las regularidades de la personalidad, todo lo cual ha perjudicado el desarrollo de la elaboración teórica de estas categorías en el marco de la psicología general de la personalidad.

El aislamiento de las posiciones teóricas desarrolladas en el estudio de la personalidad, en relación con los resultados concretos de la investigación aplicada, ha motivado la pobreza actual de técnicas orientadas por una nueva concepción metodológica para la investigación empírica de la personalidad, lo que ha implicado, dado el poco desarrollo de la investigación en esta área, que el sistema de categorías existente para explicar las regularidades de la personalidad resulte impreciso e insuficiente.

El momento actual en que se encuentra la investigación sobre personalidad determina que esta aún no constituye un objeto de estudio de la investigación concreta en toda su integridad, orientándose la investigación a la determinación de subsistemas parciales de regulación, que gradualmente irán dando paso a una investigación más compleja e integral de la misma, como objeto de estudio de la psicología.

En la década de los años 70, en la psicología marxista y, especialmente en la psicología soviética, se observó una fuerte orientación hacia el estudio de la personalidad, la cual responde esencialmente a dos cuestiones:

1. Que las demandas que la sociedad socialista hace a la psicología no pueden ser satisfechas al margen de una teoría de la personalidad.
2. Que la investigación de los procesos cognitivos, especialmente de sus formas más complejas (el pensamiento, la creatividad, etcétera) se vieron metodológicamente limitados por el poco desarrollo de la psicología en las áreas de la motivación y de la personalidad.

El estudio de la personalidad está en la base de la investigación empírica de cualquier rama de la psicología aplicada, así como de otras ciencias sociales, lo cual implica la urgencia en la elaboración de una teoría psicológica de la personalidad aún no totalmente desarrollada en la psicología marxista-leninista contemporánea.

ALGUNAS CUESTIONES METODOLÓGICAS SOBRE EL ESTUDIO DE LA PERSONALIDAD

F. González Rey

El desarrollo teórico de los estudios sobre la personalidad en la psicología marxista, se orienta, en los últimos años, cada vez con más fuerza, al estudio de las regularidades psicológicas del nivel consciente-volitivo de la motivación humana, el cual se encuentra en la base de la potencialidad autorreguladora de la personalidad del sujeto (B.G. Aseev, L.I. Bozhovich, B.A. Yadov y otros).¹

Los niveles más difíciles de regulación psicológica presuponen una compleja unión de los contenidos y operaciones intelectuales de la personalidad, con sus motivos más significativos. En esta unión lo cognitivo y lo afectivo forman una unidad funcional indisoluble, lo que constituye un principio teórico esencial que tiene consecuencias metodológicas precisas en el estudio de la personalidad.

El hombre, en su nivel más elevado del desarrollo de su personalidad, es portador consciente de una posición ante la vida, la que desarrolla y expresa mediante su pensamiento y su activa reflexión sobre sus diferentes concepciones, convicciones, valoraciones, etcétera, por las que se orienta en sus relaciones con el mundo y con quienes lo rodean.

El pensamiento, en su función reguladora, está profundamente relacionado con los contenidos y vivencias de los principales motivos de la personalidad, fundamentalmente con los que forman parte de su tendencia orientadora, los cuales se enriquecen tanto en su contenido como en sus potencialidades dinámicas, por la incidencia activa de la reflexión sobre la regulación motivacional de la personalidad. Esto constituye una condición esencial del autodesarrollo de la personalidad.

Esta concepción de la personalidad como sujeto de su actividad, planteada ya en la obra de algunos clásicos de la psicología marxista (S.L. Rubinstein, B.G. Ananiev y otros), constituye la expresión psicológica más precisa del papel activo del hombre formulado por la filosofía marxista, oponiéndose radicalmente a aquellas corrientes teóricas

¹ V. G. Aseev: *Motivación y conducta de la personalidad*; L. I. Bozhovich: *La personalidad y su formación en la edad infantil*; B. A. Yadov: *La autorregulación de la personalidad*.

que conciben a la personalidad como instrumento de fuerzas externas o internas ajenas a su conciencia, como lo son el conductismo y el psicoanálisis.

Las regularidades y las formas psicológicas concretas mediante las cuales se expresa la personalidad como sujeto de su actividad, es algo polémico, sobre lo cual aún no existe un acuerdo entre los psicólogos. Actualmente se desarrollan con fuerza en la psicología marxista investigaciones sobre la autovaloración, los ideales, la concepción del mundo y otras complejas formaciones psicológicas orientadas a la autodeterminación de la personalidad, cuyos autores no siempre tienen una conciencia clara de la necesidad de integrar estas categorías en la explicación de la personalidad, como sujeto rector, consciente de su actividad, por lo que en ocasiones se limitan a investigar estas en los estrechos marcos de una aplicación concreta, sin proyectarse teóricamente al estudio de su significación para la teoría general de la personalidad.

Las diferentes problemáticas teóricas y prácticas que la psicología va enfrentando, implican que los investigadores vayan rompiendo con los marcos metodológicos tradicionales, planteándose nuevos tipos de técnicas en la investigación psicológica, independientemente de su conciencia o no de la transformación de tipo metodológico que esto implica.

Las limitaciones de los conceptos tradicionales de validez, confiabilidad y estandarización, surgidos al calor de una concepción psicométrica de la investigación y diagnóstico de la personalidad, han tenido que ser superados en la investigación concreta para abordar problemas que serían inasequibles en los marcos de las técnicas psicológicas tradicionales. Un ejemplo importante de utilización de técnicas concretas, concebidas con un enfoque metodológico nuevo, que tiene en su base el análisis de contenido de las formas más diversas de expresión de la personalidad en la edad estudiada, lo constituye el trabajo de tesis de candidatura de la psicóloga cubana Mónica Sorín.¹

En su trabajo de candidatura, Mónica Sorín utiliza con gran acierto técnicas abiertas, como el dibujo libre, el análisis de relatos infantiles, etcétera, desarrollando un interesante sistema de interpretación de dichas técnicas, que le permitió el conocimiento profundo de la individualidad de cada niño estudiado.

El desarrollo de las categorías validez, confiabilidad y estandarización está en estrecha relación con las limitaciones teóricas de las tendencias en cuyos marcos se concibieron dichas categorías.

¹ M. Sorín: Tesis de candidatura.

B.S. Bratus y F. González escriben en relación a esto: "Las funciones y el significado de las partes aisladas pueden ser comprendidas sólo a la luz de una representación integral. La psicología, sin tener en cuenta esto, siguió preferentemente el camino de la diferenciación del todo, del análisis de las partes y sus interrelaciones, lo que posibilita explicar que, a pesar de la gran cantidad de datos experimentales obtenidos sobre los componentes de lo psíquico, hasta el momento no se ha logrado crear el edificio íntegro de la psicología."¹

De la concepción analítica del estudio de la personalidad, surgió el enfoque psicométrico dentro del cual desaparece la unidad activa que representa la personalidad como sujeto de la actividad, no pudiendo recogerse en los tests la potencialidad del sujeto para desarrollar su capacidad de autorregulación de su actividad, orientado por elevados objetivos y fines que constituyen la expresión más acabada de su reflexión y su elaboración personal activa, a partir de los motivos más significativos que orientan su conducta.

Incluso las técnicas proyectivas, que por su concepción general buscan una expresión más integral de la personalidad del sujeto, se limitan en su interpretación por un conjunto de categorías orientadas a la descripción de rasgos y necesidades representados como algo estático, ajenas al potencial autorregulador de la personalidad del sujeto.

Las limitaciones del test son reconocidas, desde hace tiempo, por distintos psicólogos, dentro de la misma psicología no marxista (G.W. Allport, Donald Super y otros).

El psicólogo norteamericano Donald Super afirma: "Al mejorar los métodos psicométricos, se tomarán en consideración de una manera más adecuada otros factores y los juicios realizados subjetivamente por el psicólogo podrán ser entonces objetivizados por el psicométra."² El razonamiento que está en la base de esta afirmación, es que todo lo que existe puede ser medido y expresado cuantitativamente. Super, sin embargo, reconoce que "todavía distamos mucho en psicometría de poder medir objetivamente todos los factores y todas las relaciones. Por esta razón el método clínico conserva una gran importancia y, por lo tanto, debemos describirlo con la amplitud que se merece."³

Y por algunos de ellos se expresa la necesidad de utilizar el método clínico, esta necesidad no es producto de una nueva concepción metodológica que supere la psicometría, sino de las limitaciones objetivas que actualmente se presentan en dicho campo, las cuales son, para estos psicólogos, producto de las limitaciones de las técnicas concretas, que deben ser superadas, y no de la concepción teórica inadecuada en que

¹ B. S. Bratus y F. González: "La tendencia orientadora de la personalidad y las formaciones del sentido", p. 48 del presente libro.

² D. Super y J. O. Crites: *La medida de las aptitudes profesionales*, p. 410.

³ *Ibidem*, p. 412.

se inscribe la psicometría, la que no posibilita el desarrollo de técnicas orientadas al estudio de los niveles superiores de regulación de la personalidad.

Pensamos que la esencia del método clínico se encuentra en el estudio integral de la personalidad como individualidad, mediante formas diversas de expresión de la misma que nos permitan orientarnos hacia sus regularidades principales, a través de un complejo y profundo análisis de la personalidad, superando el enfoque descriptivo que subyace en la psicología diferencial, la cual pretende estudiarla por la comparación de atributos superficiales, externos a su esencia, a través de los cuales cada personalidad sería descrita por sus diferencias cuantitativas con las otras, perdiéndose con este enfoque la especificidad cualitativa de la personalidad como individualidad.

En el enfoque clínico, por el contrario, las regularidades generales del funcionamiento de la personalidad serían determinadas a partir de sus elementos esenciales, lo cual nos permitirá discriminar lo general-esencial de las formas, contenidos y mecanismos psicológicos diversos en que se expresa cada individualidad.

La identificación del método clínico con la subjetividad total del investigador, expresada por Donald Super, no es algo inherente al método sino al nivel de desarrollo que el mismo ha alcanzado hasta el presente en la psicología, donde no han proliferado técnicas concretas, surgidas a partir del método, que nos permitan el máximo aprovechamiento de las potencialidades del mismo.

La necesidad de un nuevo enfoque metodológico para el estudio de la personalidad, ha sido comprendido plenamente por diversos psicólogos marxistas.

K.M. Gurevich escribe: "¿Podrán resolverse las tareas planteadas ante la psicología en nuestro tiempo, apoyándonos en métodos que, en sus características esenciales, se construyeron a principios de siglo? Sobre esto se plantean dos cuestiones: ¿qué partes o cualidades de la psiquis deben convertirse en objeto de estudio y de diagnóstico?; y en correspondencia con esto, ¿cuáles deben ser las metodicas preparadas para esto? ¿Puede trabajarse en el diagnóstico psicológico aplicando técnicas con la ayuda de los criterios tradicionales de estandarización, confiabilidad y validez?"¹

La psicología marxista actual, pese al conocimiento de las dificultades metodológicas que debe superar, aún no ha logrado desarrollar de forma coherente una nueva posición metodológica, dentro de la cual fecunden nuevas técnicas para el estudio de la personalidad, ni ha logrado imprimir un carácter nuevo a muchas de las ya existentes.

¹ K. M. Gurevich: "Los tests de inteligencia en psicología", en *Cuestiones de psicología*, no. 2, p. 53.

Con relación a esto, el mismo K.M. Gurevich escribe: "En nuestro país se elaboran métodos diagnósticos contruidos de tal forma que responden a las concepciones actuales sobre la psiquis y su desarrollo. . . Sin embargo, teniendo en cuenta todos nuestros logros, es necesario reconocer que la base sobre la cual debe formarse la psicología soviética del diagnóstico, aún está insuficientemente clara."¹ Esto no sucede sólo en cuanto al diagnóstico, sino también en relación con las formas y técnicas de investigación de la personalidad.

Nuestro criterio es que las técnicas que se utilicen para el estudio de la personalidad como sujeto de su actividad, que nos orienten al conocimiento de las potencialidades autorreguladoras del sujeto, deben concebirse de forma tal, que le posibiliten al sujeto la expresión de su conocimiento, reflexiones, vivencias y experiencias personales de una forma espontánea, para así, partiendo de las manifestaciones más íntimas y más elaboradas de su personalidad, orientarnos a los aspectos rectores que se integran en el nivel consciente-volitivo de su motivación. Entre estas técnicas le concedemos un lugar especial a técnicas abiertas, como composiciones, análisis de materiales, relatos a terminar, etcétera.

Uno de los problemas que se presenta en la utilización de estas técnicas, es el sistema de categorías mediante el cual pueden ser interpretados con precisión los resultados. En nuestras investigaciones sobre ideales morales, autovaloración e intenciones profesionales, que representan formaciones psicológicas específicas del nivel superior, consciente-volitivo de la motivación, hemos seguido un proceso largo de búsqueda de categorías que nos posibilitaran encontrar en las manifestaciones subjetivas de la personalidad, índices significativos para predecir la efectividad en la regulación de la conducta de las diversas formaciones psicológicas estudiadas.

En el análisis e interpretación de nuestros resultados, después de pasar por el uso de muy diversas categorías, nos planteamos tres categorías generales, que de una u otra forma encontramos en los productos subjetivos evaluados a partir de la adolescencia superior. Estas categorías son:

1. Conocimiento expresado por el sujeto en relación al análisis que realice

En esta categoría, como su nombre lo indica, se integran los conocimientos que el sujeto posee sobre el contenido que analiza, qué profundidad y amplitud tienen los mismos, pues se supone que un contenido mientras más conocido y manipulable sea para el sujeto, podrá tener un mayor papel regulador en su personalidad.

¹ *Ibidem*.

Uno de los atributos distintivos del hombre al actuar orientado por la conciencia, es la búsqueda de conocimientos que sirven de base a las operaciones del intelecto, dirigidos a la consecución de sus fines conscientemente planteados.

Si bien el conocimiento de ninguna manera implica la aparición inmediata de la motivación hacia lo conocido, pues su contenido puede representar una sumatoria formal de elementos, sin embargo, constituye una premisa importante para el desarrollo de las formas más complejas de regulación de la personalidad, como los ideales morales y las intenciones profesionales. En este tipo de motivación superior, el contenido es un aspecto constitutivo de la fuerza dinámica que el motivo le imprime a la conducta.

Con relación a esto, B.G. Aseev, psicólogo soviético estudioso de la motivación, afirma: "Por eso uno de los factores esenciales de la formación de la motivación en la psicología soviética, se considera el trabajo intelectual y consciente del hombre sobre el reflejo más profundo y amplio de la realidad y no el desarrollo interior y espontáneo de tendencias dinámicas predominantes de la motivación."¹

2. Orientación emocional afectiva del sujeto hacia el contenido expresado

Junto con el reflejo cognitivo de la realidad, se produce en aquellos aspectos que resultan significativos para el sujeto un reflejo afectivo que se expresa en forma de vivencias emocionales. El valor emocional que un contenido tiene para el sujeto, lo determinamos por lo siguiente:

Manifestación emocional del sujeto en la expresión del contenido a que hace referencia, utilizando valoraciones afectivas mediante diversas categorías como amor, odio, admiración, deseo, etcétera.

Esto nos indica que el contenido tiene un valor emocional para el sujeto, sin embargo, por sí solo, no todo contenido con un determinado valor emocional se convierte en un regulador de la personalidad del sujeto. Muchas veces podemos encontrarnos sentimientos de gran admiración de un sujeto hacia otro que se acompañan de la convicción de no poder desarrollar en sí mismo esos atributos.

Sólo cuando el sujeto elabora activamente lo que conoce y le da un sentido para sí, podemos decir que el conocimiento adquiere función reguladora y pasa a formar parte de una nueva formación psicológica de la personalidad.

El pensamiento le posibilita al hombre la integración de su conocimiento y de sus diferentes motivos, el pensamiento en su función reguladora no sólo orienta la expresión de los contenidos de la personalidad,

¹ Aseev: *La motivación de la conducta y la formación de la personalidad*.

sino que es una fuente activa de dichos contenidos, pues el hombre como ser consciente incide sobre su mando afectivo mediante su reflexión, la que está estrechamente vinculada con sus experiencias y vivencias.

El pensamiento es un medio esencial del hombre como sujeto portador de su autocorriencia y, por tanto, está en el centro de su función autorreguladora.

Ya en el nivel más desarrollado de la motivación humana, cuando la misma se convierte en un instrumento principal de la autodeterminación de la personalidad, se manifiesta en la expresión de su contenido un índice que es esencial para la determinación de su efectividad, al que hemos denominado *nivel de elaboración personal* del sujeto sobre el contenido de su motivación.

Cuando un contenido de la motivación se expresa conscientemente, con un elevado nivel de elaboración personal, podemos afirmar que el mismo constituye una vía efectiva de regulación de la conducta, que puede expresarse de forma más o menos compleja y mediata a través de la reflexión y la actividad consciente del sujeto.

El nivel de efectividad de un contenido motivacional en la regulación conductual no siempre puede evaluarse por la valoración de conductas simples, directamente asociadas por su contenido al motivo que les dio origen, pues la relación entre las formaciones motivacionales más complejas de la personalidad y la actividad concreta del hombre, está mediatizada por un conjunto de reflexiones, juicios y valoraciones conscientes que tienen un papel importante en la dirección que tomará el comportamiento.

En este sentido, la categoría *elaboración personal* nos indicará cuándo un determinado contenido consciente del sujeto representa una fuerza motivacional realmente actuante, que se ha convertido en una tendencia de autodeterminación de su personalidad. Los contenidos que manifiestan elaboración personal, no sólo tienen un elevado sentido personal para el hombre, sino que constituyen una expresión acabada de su pensamiento propio sobre el contenido de que se trate.

Desde nuestro punto de vista, la elaboración personal de un contenido se puede determinar por los siguientes índices:

Cuando el contenido expresado por el sujeto no es totalmente descriptivo, sino que expresa juicios y valoraciones propias del sujeto relacionadas con sus necesidades y proyecciones personales en la vida.

Esta categoría general debe expresarse en otras categorías más concretas y analíticas, específicas del contenido estudiado por cada investigador, pues no se expresará de igual forma en un contenido repre-

sentativo de la motivación profesional que en un contenido moral o deportivo, aunque sí existirán algunos índices generales que serán comunes a todos los contenidos.

En nuestros trabajos sobre las intenciones profesionales en los jóvenes, hemos ido precisando índices concretos que posibiliten una valoración más objetiva de esta categoría, como son:

1. Manifestar en la intención profesional una tendencia a la autodeterminación (resaltar objetivos futuros propios, analizar las dificultades que tendrá que vencer en la consecución de sus objetivos, ser autocrítico, etcétera).
2. Manifestar un conocimiento de la profesión mediante un conjunto de reflexiones propias, aunque se disponga de poca información.
3. Manifestar una orientación personal bien definida, cognitiva y/o científica hacia el contenido expresado.

Estas categorías, eliminando lo que expresan de forma específica hacia la profesión, pueden ser también utilizadas para determinar la elaboración personal del sujeto en otros contenidos, por ejemplo, en los ideales morales; pero estas comparaciones no constituyen un objetivo de nuestro trabajo, el que se orienta hacia algunas consideraciones teóricas de carácter general, que puedan precisarse aún más en la continuación de las investigaciones concretas sobre el nivel superior de regulación motivacional.

De todas formas, consideramos que la utilización de algunos ejemplos ayudará en la comprensión de los criterios expuestos para el análisis de la categoría elaboración personal en las intenciones profesionales de los jóvenes.

Por ejemplo, M. B., estudiante de 12mo. grado, expresa en la composición *Por qué te gusta la profesión que piensas elegir*, lo siguiente:

"A lo largo de la vida de estudiante en la enseñanza media, se van produciendo importantes afinidades en uno, lo que está muy unido al diario conocimiento de lo que nos rodea. En mi caso específico, no sé si por afinidad o por temperamento, me ha gustado profundizar en lo interno del sentimiento humano, en el porqué de una conducta social errada, en el alejamiento del colectivo; por esto me oriento a estudiar psicología.

También entiendo que esta carrera es muy útil a la sociedad y al hombre, no sólo del futuro, quien tendría nuevas aspiraciones y necesitaría una guía en su trayectoria, sino al hombre de todos los tiempos.

Mi gusto se manifiesta en la profundización psicológica de los personajes de los distintos libros y de las películas que tienen este carácter; y como cuestión más práctica en el análisis de quienes me rodean.

Sobre mi conocimiento sobre este tema debo decir que es limitado, pues he leído sobre el mismo en revistas de nuestro país y soviéticas, así como el libro de *Psicología recreativa* de K. K. Platonov, por lo que me gustaría conocer a fondo y de una manera más científica las disciplinas correspondientes a esta carrera universitaria, de la cual me queda mucho por conocer y que al entrar en ella de forma plena, me permitirá un futuro feliz, y me permitirá contribuir a

una vida más sana para los hijos de nuestra patria y de todo el universo, pues ante todo se formará al hombre de bien que ame el trabajo, la vida y el socialismo, que rechace el vicio, el juego y las demás debilidades."

En esta intención se observa claramente cómo la orientación de la joven hacia la profesión nace de su observación y reflexión sobre lo que le rodea, señalando con gran precisión algunas cuestiones propias de su edad que constituyen objeto de estudio de la psicología, como la conducta desviada y el alejamiento del colectivo, lo que evidencia su reflexión propia sobre dicho contenido, pues los problemas planteados surgen a partir de su experiencia personal sobre un conocimiento muy general de la profesión.

Se observa una sólida tendencia a la autodeterminación que se manifiesta en su activa disposición a profundizar en la psicología de manera científica, así como en orientarse, por su motivación hacia esta profesión, en el análisis del cine, la literatura y su vida cotidiana; además, se ha orientado de forma activa hacia lecturas propias de psicología, pues autorreconoce su poco conocimiento sobre la profesión futura.

En la intención de esta joven inciden muy activamente motivaciones políticas y sociales que también se expresan con un sello muy personal, manifestando aspectos esenciales en los que la psicología puede ayudar a la formación de un hombre mejor.

Por último, queremos destacar la vinculación afectiva hacia la profesión, nítidamente expresada en los intereses orientados hacia la misma, así como en la expresión de felicidad que representaría para ella la elección de la profesión.

A diferencia de la joven anterior, A. D., también estudiante de 12mo. grado, escribe:

"De todas las carreras universitarias la que más me gusta es la psicología porque es muy hermoso comprender y ayudar a los demás, tratar de penetrar en los sentimientos y problemas humanos para lograr disiparlos y vivir mejor.

Opino que esto tiene gran importancia social, porque cada hombre en sí forma un granito de arena en nuestra sociedad, y todos en su conjunto pueden contribuir a la formación de nuestras nuevas generaciones."

En esta intención se observa la descripción de un contenido extremadamente formal de la psicología, conocido hasta intuitivamente por muchas personas, expresándose una ausencia total de reflexiones propias acerca del contenido de la profesión.

El aspecto social de la intención profesional también se manifiesta de forma muy general en la composición. No se observa en lo expresado por el joven ningún compromiso personal orientado a la consecución del contenido manifestado, ni en forma de objetivos propios, ni en la realización de ninguna actividad concreta. En esta intención se manifiesta un predominio de lo formal, que no posibilita que ella sea aún un elemento motivacional activo que regule la conducta del joven.

Como puede verse, la *elaboración personal* es perfectamente discriminable en el análisis comparativo de ambos casos, a través de los índices establecidos anteriormente.

Otro elemento importante a tener en cuenta en la elaboración personal es el nivel de compromiso afectivo del sujeto con el contenido expresado por él. El nivel de compromiso afectivo en la elaboración personal lo vamos a determinar por los intereses concretos del sujeto hacia el contenido expresado, así como por la implicación afectiva expresada en las reflexiones del sujeto.

Según nuestro trabajo realizado sobre la base de estas categorías (conocimiento, vinculación afectiva hacia el contenido y elaboración personal), pensamos que tienen entre sí una relativa independencia, aunque esta independencia debe tender a la desaparición cuando se logra el nivel de elaboración personal de los contenidos, ya que una vez alcanzado este nivel, que es expresión de una sólida y activa motivación

consciente hacia un contenido, esta misma motivación orientará activamente al sujeto hacia el enriquecimiento del contenido por él expresado y desarrollará aún más, de forma gradual, el vínculo afectivo del sujeto hacia este.

Debemos diferenciar el vínculo afectivo que el sujeto establece con el contenido expresado mediante la elaboración personal, del vínculo que representa la segunda categoría expresada por nosotros, la de *vinculación afectiva hacia el contenido*. En esta segunda categoría se instituye con el contenido un vínculo afectivo externo que no necesariamente compromete al sujeto como yo, y que se define fundamentalmente por las expresiones afectivas manifestadas por el sujeto hacia el contenido, por ejemplo: amo, deseo, admiro, etcétera. Mientras que en la elaboración personal, sin embargo, el vínculo afectivo hacia el contenido es una expresión propia, inseparable de las reflexiones del sujeto sobre el contenido, que se expresa esencialmente en intereses concretos y en valoraciones personales.

El nivel de elaboración personal compromete al desarrollo de las otras dos categorías (conocimiento y vínculo afectivo hacia el contenido), dando lugar a complejas formaciones motivacionales; sin embargo, ninguna de las otras categorías conduce de forma necesaria al nivel de elaboración personal.

El conocimiento sólo adquiere función reguladora cuando su contenido está comprometido con la elaboración personal del sujeto dentro de una formación motivacional dada.

El psicólogo polaco K. Obujovski, quien señala muy bien las diferentes funciones que puede tener el conocimiento en la personalidad, escribe: "Los conocimientos reflexivos son el resultado de una particular reflexión intelectual y tienen un carácter operativo. Por su contenido, separamos los conocimientos que conforman las respuestas a las así llamadas preguntas esenciales: ¿qué es el mundo?, ¿qué es el hombre?, ¿cómo soy yo?, etcétera. Las respuestas a estas preguntas determinan una orientación general de la vida humana, que constituye un efectivo potencial de desarrollo."¹

Sin embargo, el valor regulador del conocimiento expresado por las respuestas a estas preguntas, no tiene un valor motivacional por sí mismo, en abstracto, sino sólo cuando constituye una expresión de las motivaciones principales de la personalidad, expresadas en su tendencia orientadora.

Cuando un motivo se transforma en una tendencia orientadora de la personalidad, moviliza los diferentes elementos de su esfera intelectual-consciente, dando lugar a formaciones motivacionales más complejas que orientan el comportamiento por reflexiones y juicios, que aunque tienen un elevado valor motivacional, tienen carácter consciente, y comprometen las formas superiores del intelecto en la regulación del comportamiento.

¹ K. Obujovski: *Encuentro de psicólogos de países socialistas*, Resúmenes, p. 115.

Este nivel superior de regulación de la personalidad, si bien presupone una determinada cultura, pues la misma es un elemento que incide activamente en el desarrollo de la personalidad constituyendo una de las formas con que el hombre refleja la realidad social en que vive, de ninguna forma puede concebirse el nivel superior de regulación de la personalidad como privativo de sujetos que posean un elevado nivel cultural general y destacadas posibilidades de expresión propia.

Toda persona motivada que comprometa su personalidad y desarrolle una tendencia orientadora, de un motivo específico de su personalidad, se transforma en un hombre culto en esa área de su vida, pues su motivación lo impulsa a fundamentar el sentido de sus actos, y a desarrollar una valoración personal de los diferentes aspectos comprometidos en su actividad motivada, lo que determina el desarrollo de cierta cultura en esta actividad.

Así, por ejemplo, el escolar C.O., de 12 años y con grandes dificultades gramaticales en su expresión, manifiesta ya, sin embargo, una tendencia orientadora bastante definida hacia la gimnasia, estudiando en la actualidad en una escuela deportiva especializada de gimnasia. Él escribe en su composición: *Un gimnasta cubano*:

"La gimnasia es un deporte lindo, hay gimnastas buenos como Casimiro Suárez, Félix Roche y Roberto León Richard, esos cubanos hacen buen papel cada vez que compiten bien."

Después describe la especialidad de cada uno de estos gimnastas y continúa:

"En la gimnástica no se puede beber, ni fumar, ni estar pensando en novias. Un deportista debe ser disciplinado, bueno en la escuela y en el deporte.

La gimnástica a mí me gusta mucho porque es un deporte difícil. En la gimnástica hay que ser valiente, decidido, no coger miedo a los elementos y atender a lo que te dice el entrenador: siempre entrenar bien y nunca cogerle miedo a nada.

En las competencias siempre hay que competir bien, si te duele un músculo, no hacerle caso al dolor, combatirlo para salir bien. Nunca debemos ponernos bravos porque algo nos salga mal, uno siempre debe ponerse alegre, darle entusiasmo a su país o provincia."

Para finalizar su larga composición, expresa:

"Yo entré a los seis años en la gimnástica. A mí me gusta mucho este deporte, es mi deporte preferido."¹

En esta composición se observa cómo el joven pasa de una descripción general del gimnasta cubano, a un conjunto de elaboraciones propias sobre la gimnástica, que lo comprometen fuertemente desde un punto de vista afectivo. En su elaboración se expresa tanto un dominio del deporte, como de las cualidades que deben conducir al éxito de su práctica. Este nivel de elaboración sobre la gimnástica en un escolar tan pequeño, que además presenta dificultades en la expresión escrita que no fueron recogidas en el protocolo, nos indica que el nivel de reflexión y elaboración consciente sobre el contenido de un determinado tipo de motivo se debe ante todo al lugar de ese motivo en la jerarquía motivacional del sujeto.

En este escolar la gimnástica constituye ya una tendencia orientadora de la personalidad, que moviliza todo su potencial consciente en la consecución de los fines que el joven se plantea en su actividad deportiva. Esta tendencia orientadora se convierte en una vía motivacional esencial para la autoeducación de la personalidad en este joven, pues a través de su motivación hacia la gimnástica este desarrolla rasgos y cualidades morales, volitivas y otras, que se relacionan con su ejecución deportiva y con el ideal que él se plantea alcanzar como deportista.

¹ R. León Richard: Tesis de diploma.

Es interesante observar que en la adolescencia temprana, por lo general, la tendencia orientadora de la personalidad es muy estrecha, no existiendo en la mayoría de los casos más de uno o dos motivos que la integren. Este hecho determina que los restantes contenidos motivacionales de la personalidad se expresen y desarrollen mediante la tendencia orientadora ya formada, y sólo más tarde se conviertan por sí mismos en nuevas tendencias orientadoras de la personalidad.

En la tesis de diploma del psicólogo cubano Roberto León Richard, realizada con jóvenes gimnastas de elevada especialización para su edad, se comprueba de forma muy interesante, que los escolares reflejan más motivos y cualidades morales cuando se refieren a un *gimnasta cubano*, que al desarrollar la composición *Yo como gimnasta*, lo cual no sucede, sin embargo, con contenidos técnicos relacionados con la ejecución de los ejercicios gimnásticos. Esto se explica porque al hablar de un gimnasta cubano, por lo general toman un modelo concreto, representado por un atleta de la selección nacional cuya personalidad es rica en valores morales.

El joven ya ha desarrollado una sensibilidad para percibir y valorar cualidades morales en atletas que admira, sin embargo, estas cualidades aún no constituyen una vía efectiva para la regulación de su conducta, por lo cual no las valora al hablar de sí. Esto evidencia que tanto la educación moral como la educación referida a otros aspectos de la vida de estos jóvenes, deben realizarse a través de la motivación que ellos tienen hacia el deporte, lo que se demuestra en la sensibilidad que manifiestan ante las cualidades morales y sociales de los atletas tomados como ideal, por la relación de estos con la motivación hacia el deporte que poseen.

En este ejemplo, como en otros que se manifiestan en la investigación antes referida, podemos ver que las diferentes motivaciones existentes en la personalidad de estos jóvenes, cobran un sentido personal a través de su tendencia orientadora, no teniendo aún valor motivacional fuera de esta; pero que pueden continuar desarrollándose mediante los ideales tomados por los escolares y llegar a convertirse en motivaciones propias que permitan el desarrollo multilateral de la personalidad.

Las tendencias orientadoras que integran la personalidad subordinan otros motivos y cualidades de esta, de forma similar a lo expresado por L.I. Bozhovich con relación a los motivos dominantes de la orientación de la personalidad; sin embargo, cualquier motivo puede convertirse en una tendencia orientadora de la personalidad, no reduciéndose estos a los tres motivos dominantes expresados por L.I. Bozhovich.

Además, los motivos que constituyen tendencias orientadoras siempre son conscientes y movilizan el potencial consciente de la personalidad en su expresión.

Consideramos que las diversas técnicas de análisis de contenido a las que nos hemos referido como vías para el estudio del nivel superior, consciente-volitivo, de la motivación, no niegan la utilización de las pruebas psicológicas; pero sí exigen en muchos casos la transformación de los contenidos mismos que forman la prueba, y en todos los casos un cambio en las categorías de interpretación de las pruebas (nos referimos a las llamadas proyectivas), de forma tal que respondan teóricamente al problema que se investiga.

Es necesario trabajar intensamente en la elaboración de distintas técnicas concretas, que nos permitan estudiar la motivación superior del hombre desde posiciones metodológicas nuevas, que respondan a los principios teóricos de la psicología marxista de la personalidad.

La elaboración de las nuevas técnicas debe dar lugar a determinados sistemas, dentro de los cuales las técnicas se complementan entre sí a partir de manifestaciones diversas de la personalidad del sujeto, superando con esto el carácter abstracto que hasta el presente han tenido los tests psicológicos.

El establecimiento de las regularidades esenciales de los distintos niveles de desarrollo y regulación de la personalidad, presupone la utilización simultánea de múltiples técnicas que recogen las formas de expresión más significativas de la personalidad. Esta es una de las tareas de más envergadura que debe enfrentar la psicología en el momento actual.

ANÁLISIS CRÍTICO DEL USO DE LOS TESTS Y DE LAS PRUEBAS PROYECTIVAS EN EL DIAGNÓSTICO DE LA PERSONALIDAD

F. González Rey

El diagnóstico de la personalidad es un objetivo explícito o implícito de toda teoría en esta área, pues el establecimiento de un conjunto de leyes y regularidades de la personalidad, debe acompañarse de las técnicas que posibiliten determinar su existencia en el hombre, así como las características de su desarrollo adecuado.

Durante mucho tiempo se ha observado en la psicología una fuerte tendencia a desarrollar teorías generales de la personalidad que expresan un sistema cerrado de categorías, mediante las cuales es necesario reflejar todo el conocimiento del hombre sin que dichas categorías sean susceptibles de cambio, lo que conduce de manera general a la especulación que domina esta área de la psicología.

Esta posición teórico-especulativa tiene, por supuesto, sus consecuencias metodológicas, siendo la más característica entre ellas la tendencia de que cada teoría se acompañe de una determinada técnica, o conjunto de técnicas muy similares entre sí, para el estudio de la personalidad, lo que determina que las distintas teorías abstraigan principios metodológicos importantes para estudiar la personalidad, pero que al absolutizarlos y separarlos de otros principios, resultan unilaterales, conduciendo a errores teóricos y metodológicos, que dan lugar a un círculo vicioso entre la teoría y las técnicas diagnósticas que las respaldan, donde las técnicas sólo aportan datos interpretables en los términos de categorías preestablecidas. Ejemplo: las pruebas proyectivas y el psicoanálisis, el T.A.T. y la teoría de Murray, los tests estandarizados de preguntas-respuestas y el análisis factorial con la psicología dimensionalista, etcétera.

Las distintas técnicas enumeradas, tienen como defecto general el evaluar un aspecto o conjunto de aspectos de la personalidad, sin poder dar una respuesta explicativa causal de lo evaluado, ni un pronóstico del desarrollo de la personalidad del sujeto analizado.

Sin embargo, dentro de la misma psicología no marxista surgen posiciones nuevas hacia el diagnóstico de la personalidad, que se oponen a la absolutización de los resultados obtenidos por un solo tipo de técnica.

En este sentido, G.W. Allport escribe: "Tan compleja es la personalidad que se hace necesario utilizar para su estudio todos los métodos legítimos."¹

En el desarrollo de la psicología marxista encontramos distintos momentos en la valoración de las técnicas para el diagnóstico.

Alrededor de los años 30 hasta el 60, se produjo un rechazo total de los tests, como técnicas de investigación psicológica en la URSS, lo que se debió esencialmente a las deformaciones de la testología burguesa, que se orientaba a diagnosticar fatalmente al hombre desde su infancia más temprana, orientándose por una cuantificación absoluta de los fenómenos de la vida psíquica.

S.L. Rubinstein valorando el uso de los tests en la psicología escribe: "En el método del test, el diagnóstico de la personalidad se deriva de la evaluación estadística de los datos externos que se han obtenido por el individuo en la solución de determinados problemas. Este método se basa, pues, en un enfoque mecánico que parte de la conducta y se orienta hacia la personalidad. Este método intenta establecer el diagnóstico de la personalidad que se va desarrollando, sólo sobre la base de un examen, sin tener en cuenta para ello el desarrollo del individuo y la influencia de la educación sobre él."²

En aquella época, los conocimientos sobre la personalidad desde un punto de vista marxista eran muy escasos y no posibilitaban la adaptación crítica de los tests a una nueva concepción teórica y metodológica de la personalidad.

A partir de la década del 60, y de forma especial en los años 70, se produce una evolución creciente de la investigación en el área de la motivación y la personalidad, que implica un desarrollo teórico orientado a crear las bases de una sólida teoría de la personalidad, y a resolver los problemas metodológicos que esta área enfrenta.

En una reunión conjunta del Consejo de Dirección de la Sociedad de Neurólogos y Psiquiatras de la URSS con la Comisión de Psicología médica de la Academia de Ciencias Médicas de la URSS, celebrada en abril de 1973, se estableció lo siguiente con relación a la utilización de los tests:

En el momento presente se elaboran y se incorporan a la práctica métodos de investigación de distintos aspectos de la personalidad de los enfermos con la ayuda de los tests. El método de los tests obtiene un reconocimiento por una serie de razones:

1. Exige una inversión del tiempo del investigador relativamente pequeña.

¹ G. W. Allport: *La personalidad, su configuración y desarrollo*, p. 465.

² Rubinstein: *ob. cit.*, p. 60.

2. Está calculado sobre todo para la valoración cuantitativa de la personalidad y sus particularidades.
3. Abre, en parte, posibilidades complementarias para esa valoración.¹

El reconocimiento de los tests como una vía de estudio de la personalidad, de ninguna forma implica partir de las teorías que engendraron la técnica, ni absolutizar su valor, como instrumento único al estudiar la personalidad. La utilización de los tests es un elemento más entre las múltiples técnicas para el estudio de la personalidad, y sus fines e interpretación deben estar determinados por nuestra teoría y los objetivos que nos proponamos en la investigación.

Los tests de personalidad en la psicología se comenzaron a desarrollar posteriormente al éxito obtenido por los tests de inteligencia, lo que se explica por la orientación cognitivista de la psicología en sus inicios, así como por la mayor facilidad para la creación de tests concernientes a la evaluación del intelecto.

Los primeros tests de personalidad que aparecieron fueron los cuestionarios estandarizados, como el test de datos personales de Woodworth, que fue uno de los primeros inventarios de personalidad, el M.M.P.I., el 16 PF de Cattell y otros.

Estos inventarios, en general, se caracterizan por establecer la validez de los ítems de forma empírica, comparando en distintas muestras de personas los ítems, para establecer el criterio discriminante de su utilización, el cual se determina de modo totalmente estadístico, pues si bien muchos ítems corresponden por su contenido a lo que se pretende evaluar, otros no tienen nada que ver con ello, cobrando su valor diagnóstico sólo estadísticamente.

Por ejemplo, como señala G. W. Allport: "Consideremos dos de los ítems que forman parte del conjunto de ítems del M.M.P.I.:

1. Creo que planean algo contra mí.
2. Para convencer de la verdad a algunas personas se necesitan muchos argumentos.

... Evidentemente —señala Allport— la respuesta de *verdadero* a la primera de estas dos afirmaciones sugiere una tendencia paranoide en la personalidad. Los pacientes paranoides de las clínicas mentales responden de este modo, por lo que este ítem es utilizado con finalidades diagnósticas. Pero, ¿qué significación debemos dar al segundo ítem? Por otra parte, se ha observado que los pacientes histéricos responden usualmente *falso* a este ítem, por lo que dicha respuesta es puntada positivamente como histérica. Es difícil comprender la razón de ello, pero el empirismo sigue el sistema de no preocuparse por si existe o no una explicación de lo observado. La correlación manda despóticamente."²

¹ Psicología soviética y problemas clínicos, p. 126.

² Allport: *ob. cit.*, p. 510.

Como vemos, ya dentro de la psicología burguesa surge un rechazo abierto por la matematización de la verdad psicológica, detrás de la cual sólo existe la correlación empírica de fenómenos conductuales, sin ningún conocimiento de su determinación psicológica.

Lo mismo ocurre con el 16 PF de Cattell, que trata de encontrar, tras las dimensiones aisladas, los factores más generales que permitan explicar estas; sin embargo, pretende descubrir esa verdad psicológica solamente con el análisis factorial, a partir del cual reagrupa las diferentes dimensiones en grupos que responden a factores principales de la personalidad, con lo cual no hace más que descubrir las relaciones cuantitativas externas entre las dimensiones, sin llegar a la verdad psicológica de su organización y estructura.

Este tipo de técnicas siempre son un auxiliar en el conocimiento de la personalidad, pues nos reportan información sobre sus rasgos y cualidades distintivas, y además, nos posibilitan un análisis de contenido de sus ítems para integrar la información disponible con vistas al diagnóstico. Sin embargo, estas pruebas nunca pueden ser tomadas como un criterio absoluto del conocimiento de la personalidad; en primer lugar, porque los instrumentos estandarizados no pueden recoger la complejidad de las múltiples personalidades individuales para llegar a su conocimiento; y en segundo lugar, porque son instrumentos puramente descriptivos que no orientan al conocimiento de la dinámica de la personalidad.

Ya en 1945, S.L. Rubinstein señala: "Lo poco satisfactorio de este método (test) se acentúa aún más por el hecho de que se emplean sistemas o escalas estandarizados de test, en que se intenta marcar al individuo por medio de pruebas en las que no se tienen en cuenta las diferencias individuales."¹

Lo expuesto no niega la importancia de las medidas estandarizadas, sino la absolutización de las mismas al utilizarlas como fuentes únicas del diagnóstico de individuos diversos, pues aunque la existencia de índices estandarizados de diagnóstico siempre nos facilita este, y nos orienta hacia regularidades generales de la personalidad que se deben descubrir en el caso de su diagnóstico, no podemos pretender la absolutización de estos índices a todos los sujetos, pues esto nos conduciría al mecanicismo.

Para ilustrar lo anterior pongamos un ejemplo: en la técnica experimental de Hoppe-Serebriakova,² para evaluar las particularidades de la

¹ Rubinstein: *ob. cit.*, p. 60.

² Técnica de solución de problemas de diferente grado de dificultad para evaluar las particularidades del nivel de aspiración y autovaloración del joven.

autovaloración y su nivel de adecuación, muchos autores generalizaron como criterio de autovaloración adecuada disminuir o aumentar el nivel de dificultad de su elección ante el fracaso o el éxito respectivamente.

Así la psicóloga soviética A.I. Lipkina, escribe: "Es característico para todos los niños con adecuada autovaloración, independientemente de su éxito, disminuir en un nivel su aspiración después del fracaso en la realización de tareas de diferente grado de dificultad."¹

Al hacer esta generalización se pierden de vista aspectos muy importantes del carácter activo de la personalidad, que sólo pueden ser recogidos con otras técnicas complementarias a esta, como pueden ser la entrevista y las composiciones, donde el sujeto puede fundamentar abiertamente las causas de su comportamiento.

En investigaciones realizadas por nosotros, hemos encontrado en algunos alumnos la conservación de un nivel de aspiración muy elevado después del fracaso, sin que se manifestara en su personalidad ningún índice de autovaloración inadecuada.

Así por ejemplo, L. M., alumna de décimo grado, de elevadas calificaciones, quien comenzó la elección de los problemas por el número 8 de una de las series y lo tuvo mal. Sin disminuir su nivel de aspiración pasó al 8 de otra de las series y lo resolvió bien, resolviendo de igual forma los problemas más difíciles de las dos series restantes.

Al terminar sus ejecuciones nos pidió continuar resolviendo el problema en que había fallado, y después de una hora de intensa labor, ante la espera y la expectativa de sus compañeros de aula, entre los cuales había varios que habían resuelto ese problema a pesar de no ser tan destacados como ella, L. M. nos presenta nuevamente su respuesta, la que fue igualmente errónea.

Ante esto, a pesar de la presión social existente, permitida exprofeso por nosotros, su reacción fue pedirnos que le explicáramos el problema, escuchando con gran interés y atención nuestra explicación y comprendiendo perfectamente sus errores.

Conversando con ella le preguntamos, ¿por qué razón te mantuviste resolviendo los problemas más difíciles a riesgo de perder puntuación, si te habías equivocado en el primero?

L.M. nos respondió:

"A pesar de haber fallado en el primero, sentí que la lógica de ese tipo de problema no me era imposible, y me interesé por vencer las dificultades que este tipo de problema me planteaba, siempre me ha gustado mucho vencer ante las cosas difíciles. Son sólo estas las que proporcionan un verdadero interés en la vida científica para la que nos debemos preparar."

Indudablemente, la aspiración a vencer lo difícil esta escolar la ha formado a través de su exitosa vida escolar, sin embargo, su posición ante el fracaso está determinada, ante todo, por una fuerte convicción de cuál debe ser la posición del hombre ante las dificultades, unida a su futura perspectiva científica, y a su interés cognoscitivo hacia la tarea.

La autovaloración elevada de esta escolar era un fuerte impulso para vencer las tareas, sin embargo, su alto nivel de aspiración tenía en su base una determinada concepción del mundo y de sí misma, muy distinta de la simple búsqueda de prestigio personal y del deseo de resaltar sobre los demás.

Es notoria la necesidad de no ser mecánicos en el diagnóstico de la personalidad, y de completar información por diversas vías para llegar a un diagnóstico preciso de la misma. Esta necesidad será mayor en unos

¹ A. I. Lipkina: Tesis de doctorado.

casos y menor en otros, en dependencia de la complejidad que estos presenten. Lo mismo que ocurre con esta técnica, orientada a evaluar la adecuación de la autovaloración, puede ocurrir con cualquier test de personalidad, pues el índice estandarizado puede expresarse en la mayoría de los sujetos, sin embargo, en otros no, lo que exige la utilización de múltiples técnicas en el diagnóstico, tanto de los tests, estandarizados, como de técnicas abiertas que presuponen del análisis de contenido por el investigador.

El análisis de contenido en ningún momento es una interpretación subjetiva y caprichosa de cada investigador. Para el análisis de contenido es necesario el establecimiento de un sistema de categorías que posibiliten interpretar con rigor el material recogido.

Las categorías para el análisis de contenido de un material, se establecerán sobre la base de los objetivos del investigador, y de la teoría general de la cual parte.

En la evaluación psicológica, se desarrollaron, desde principios de siglo, una serie de técnicas que implicaban el análisis de contenidos diversos expresados por distintas personas ante la presentación de estímulos ambiguos e incompletos. Estas técnicas fueron denominadas por L. K. Frank en 1939, técnicas proyectivas. Este autor, partiendo de las posiciones psicoanalíticas, concebía las mismas como una vía de expresión de los contenidos del inconsciente por el mecanismo de la proyección, mediante el cual el sujeto le da un sentido a los estímulos externos a partir de contenidos psíquicos latentes en su inconsciente, que son precisamente los que orientan la reflexión del sujeto ante las situaciones que este tipo de pruebas le plantean.

Las técnicas proyectivas han sido clasificadas de formas diversas por los distintos autores: según el tipo de estímulo presentado, la manera de interpretar las respuestas, los procedimientos de elaboración por parte del sujeto, etcétera; existiendo una gran diversidad de técnicas proyectivas.

De forma general, la interpretación de los contenidos expresados en estas técnicas se ha realizado basada en interpretaciones psicoanalíticas, mediante un sistema de símbolos y categorías preestablecidas, que determinan el carácter especulativo de los resultados obtenidos mediante estas pruebas. Así, por ejemplo, en la prueba de Machover, se diagnostican los más disímiles aspectos de la personalidad por las características del dibujo de las distintas partes de la figura humana, por ejemplo, el énfasis exagerado en la boca señala preocupación o dificultades sexuales; la omisión de pupilas en los ojos es índice de rechazo ambiental, etcétera. Estas categorías del dibujo cobran un valor diagnóstico a priori, a partir de un enfoque teórico, no asimilando ningún resultado fuera del sistema establecido.

Creemos que las técnicas inductoras de contenido, o proyectivas, como se han llamado en la psicología occidental, tienen un valor para el estudio de la personalidad, ya que exigen del sujeto elaboraciones personales relacionadas con sus experiencias y motivaciones, que deben ser significativas para conocer su personalidad.

En las técnicas proyectivas se busca el conocimiento de la personalidad mediante la actividad realizada por el sujeto, como el dibujo, la actividad perceptual, la elaboración intelectual, etcétera; sin embargo, la riqueza de contenido expresada en estas actividades se limita por el sistema de categorías, especulativo, utilizado para su interpretación. De ninguna manera podemos pensar inferir un diagnóstico completo de la personalidad a partir de una actividad parcial realizada por el sujeto, sobre todo, cuando esta no representa la forma más efectiva de expresión y comunicación de la personalidad, como es el dibujo.

Al considerar el valor de las técnicas proyectivas en el estudio de la personalidad, es necesario tomar en cuenta algunos aspectos, como los siguientes:

1. No todas las formas de actividad sirven para comprometer la personalidad del sujeto y obtener información significativa sobre su contenido.

Con relación a esto B.N. Miasichev escribe: "La personalidad se expresa de forma más completa en aquello que es más importante y significativo para ella, hacia lo cual se esfuerza de forma estable y profunda. La personalidad se expresa y se conoce en momentos críticos cuando se deciden importantes cuestiones para ella."¹

- Por tanto, no podemos pretender que todos los sujetos puedan expresar los contenidos de su personalidad en un mismo tipo de actividad, por lo que resulta imposible absolutizar el valor de cualquier tipo de técnica aislada de las demás.
2. No podemos afirmar que el contenido expresado por los distintos sujetos en una misma prueba tenga igual procedencia, o sea, unos sujetos, podrán exteriorizar conflictos no concientizados, otros expresarán de forma indirecta conflictos y tendencias que constituyen el centro de sus inquietudes más actuales, mientras que en otros sujetos las respuestas a la prueba serán producto directo de sus conflictos, traumas o experiencias más concretas, sin ninguna elaboración personal.
3. La investigación psicológica marxista no puede tomar de forma directa y mecánica las pruebas proyectivas elaboradas a partir de otra concepción teórica. La utilización de pruebas proyectivas establecidas en la historia de la psicología, presupone:

¹ B. N. Miasichev: *Personalidad y neurosis*, p. 71.

- a) cambio en el sistema de categorías interpretativas;
- b) cambio en la concepción misma de lo evaluado por la prueba;
- c) en ocasiones, se necesitará cambiar los elementos mismos que integran la prueba.

Esto será más acentuado en pruebas que presentan determinados contenidos estructurados socialmente. Ejemplo: T.A.T. Debemos recordar que la prueba debe estar en función de los objetivos de nuestro trabajo y de nuestra teoría, lo cual implicará en determinadas situaciones, su reestructuración completa. Por ejemplo, si queremos conocer los motivos de un joven cubano hacia la escuela o la patria, utilizando el T.A.T. entre las pruebas a tener en cuenta, tendremos que desarrollar láminas específicas para este fin, pues el T.A.T. no posibilita evaluar estos contenidos.

Entre las técnicas proyectivas, una de las que pudiera desarrollarse con más efectividad en el estudio de la personalidad es el T.A.T., pues la misma representa en sus láminas un conjunto de situaciones sociales que cobran un significado para el sujeto a partir de su experiencia y motivos individuales. El reconocimiento de la importancia del principio sobre el cual se estructura esta técnica, no implica de ninguna forma su aceptación tal cual es, pues creemos que la prueba tiene un conjunto de serias limitaciones para su aplicación en nuestra sociedad, como son las siguientes:

1. Los contenidos de las láminas del T.A.T. reflejan el individualismo propio de la sociedad capitalista, presentando individuos aislados, o bien ante un medio que evidentemente induce hostilidad; por ejemplo, la lámina no. 7, en la que el individuo, sobre un fondo totalmente oscuro, está mirando por una ventana; en la lámina no. 1, el individuo, con una expresión del rostro y un tipo físico bastante rechazante, se encuentra en medio de un cementerio; y así, por lo general, ocurre en las láminas, que se orientan a presentar el medio en que el sujeto se encuentra. En las láminas hay ausencia de colectivos en actividad, orientados a la realización de algo, cuando aparecen varias personas de las expresiones de los rostros se deducen conflictos, así como de la situación misma en que se relacionan los personajes. Esto, por supuesto, sugiere conflicto a los sujetos a quienes se les aplica la lámina.

2. El vestuario y muchas de las situaciones presentadas no son las más típicas de nuestra sociedad. En la mayor parte de los casos sólo pueden expresarse valores hacia la familia y la mujer, siendo imposible evaluar las motivaciones del hombre hacia la sociedad, la patria, su grupo de actividad, sus amistades, etcétera.

La adaptación del T.A.T. u otro material similar a nuestros propósitos en el diagnóstico o la investigación de la personalidad no puede ser mecánica ni inmediata. El T.A.T. puede ser utilizado con diversos fines en el estudio de la personalidad.

Según el psicólogo soviético P.M. Yakobson, el objetivo de las técnicas proyectivas es descubrir por caminos indirectos las tendencias poco concientizadas de la personalidad. Con relación a esto escribe: "Es posible considerar fundamentada la posición de que la dinámica de conducta de la personalidad, los rasgos de su motivación, se determinan por hechos que se concientizan por el sujeto mismo en forma inadecuada (o se concientizan sólo ante determinadas condiciones). En las condiciones habituales de vida estos rasgos se manifiestan algunas veces para quienes rodean al sujeto, con frecuencia no llegan de forma clara hasta la conciencia del sujeto. Esta situación determina la necesidad de aplicar metódicas que permitan descubrir las tendencias dinámicas inadecuadamente concientizadas de la personalidad."¹

Los métodos proyectivos como técnicas indirectas del estudio de la personalidad tienen un valor indiscutible para el estudio de tendencias no concientizadas de la personalidad, sin embargo, la expresión de las mismas, como fuente principal del contenido expresado en las técnicas proyectivas, no será general a todas las personas y debe constituir un aspecto a investigar por la psicología.

Otros sujetos expresarán en las técnicas proyectivas, aquellas tendencias motivacionales que constituyen el centro de su personalidad, alrededor de las cuales se estructura todo un sistema consciente de aspiraciones e ideales a alcanzar, así como la autovaloración de sí. Este tipo de sujetos solucionará los conflictos del T.A.T., por la tendencia orientadora de su personalidad, y de sus principales rasgos conscientemente autoidentificados.

Como ya habíamos afirmado con relación a las técnicas proyectivas en general, los contenidos expresados por distintos sujetos ante las láminas del T.A.T., pueden tener procedencia diferente.

En relación con lo cual señalaremos los siguientes ejemplos: Sujeto de 53 años, universitario, persistente y de fuertes orientaciones personales, según sus conocidos. Escribe en el T.A.T. lo siguiente:

- Lámina 13V (S-A)

¹ P. M. Yakobson: *Problemas psicológicos de la motivación de la conducta del hombre*, p. 147.

"Soledad, abandono, aburrimiento y precoz reflexión cuando los demás duermen o trabajan y él se halla solo con su mundo sin ninguna exigencia ni perspectiva inmediata.

Parece egocéntrico, meditativo y que ya percibe los distintos mundos que lo rodean. El suyo, sin zapatos, en casucha de madera sin puerta; mero techo bajo el que cobijarse y que la oscuridad sugiere desprovisto de comodidad, de atractivo; y el otro, que le está aún vedado y que ya percibe de modo realista, pero en el que también incide su fantasía inexpressada.

Sugiere que optará por la lucha, que la inconformidad ya germina y que su temprana madurez, que ya se revela, lo conducirá a conquistar el mundo mejor que empieza a conocer, que desea, que sabe y que confía en que le pertenece."

Al hacer el análisis de esta lámina, en primer lugar, se nota lo que ya hemos señalado en cuanto al carácter inductor de las mismas; esto el sujeto lo percibe y expresa. Sin embargo, también se manifiesta un contenido posible a explotar para el conocimiento psicológico, que nos plantea la necesidad de establecer un sistema adecuado de categorías para su interpretación.

Para el análisis de contenido del T.A.T. es necesario el establecimiento de una serie de categorías que pueden tener un valor general para el estudio de la personalidad, pero junto a ellas se manifestarán categorías de un valor particular, representativas del grupo, nación, etcétera, y otras que recogerán aspectos singulares, irrepetibles de la individualidad, que son indispensables para el estudio clínico de la personalidad y para el conocimiento de sus leyes y particularidades esenciales por medio del estudio intensivo y profundo del caso individual.

Podemos afirmar que es posible analizar el T.A.T. mediante un conjunto de categorías que reflejen fielmente los contenidos expresados por el sujeto, y que a su vez expresen un contenido interpretativo basado en una concepción científica de la personalidad, que tiene entre sus presupuestos fundamentales la unidad funcional indisoluble entre lo cognitivo y lo afectivo, que posibilita la reflexión y elaboración consciente, por parte del sujeto, sobre sus motivos principales, constituyentes de su tendencia orientadora de la personalidad, los que se expresan nítidamente en el análisis libre del sujeto sobre situaciones no estructuradas como las láminas del T.A.T.

Existen distintos niveles de estructuración y desarrollo de la personalidad, que se reflejarán de forma diversa en el T.A.T., por eso no podemos concebir de ninguna forma la interpretación de este en los términos estáticos de las necesidades de Murray, que nos ofrecen un cuadro estandarizado de la personalidad humana que está lejos de la realidad.

Creemos que es necesario la realización de investigaciones serias sobre los métodos y técnicas del estudio de la personalidad, que nos lleven a una utilización científica de los mismos y nos ayuden en el difícil camino del desarrollo de una metodología marxista para el estudio de la personalidad.

ALGUNOS PROBLEMAS ACTUALES DE LA PSICOLOGÍA DE LA PERSONALIDAD

B. S. Bratus

En la actualidad el interés por la personalidad es extremadamente grande. Es poco probable que alguien, en estos días, vaya a estar en contra de que el estudio de la personalidad es necesario para solucionar muchos problemas dentro del campo de la educación, la salud pública, así como en la esfera de la producción.

Al mismo tiempo, en la psicología científica contemporánea se ha creado una situación paradójica, la esfera de la exploración de la personalidad y especialmente la de sus manifestaciones superiores, es decir, los ideales morales, quedan poco estudiadas en comparación, por ejemplo, con las investigaciones de la percepción, la memoria y el pensamiento humano.

Esta situación se explica por una serie de condiciones. En primer lugar, este hecho muestra la misma historia del desarrollo de la psicología experimental la cual se fue conformando, preponderantemente, como ciencia de los procesos psíquicos particulares. En segundo lugar, dicha situación se explica, en mucho, por la extrema complejidad objetiva del propio objeto de estudio, es decir, la personalidad del hombre. En tercer lugar, hay que tener presente que la psicología de la personalidad constituye una escena de aguda lucha entre enfoques metodológicos divergentes. La psicología se relaciona muy estrechamente con la ideología, la fisiología, la política, con los problemas más generales de la persona, su destino, el sentido de su existencia.

Dentro de los marcos de una breve conferencia no hay posibilidades ni incluso tiempo para brindar una simple enumeración de las cuestiones más importantes y de carácter actual que se originan en relación con el estudio de la psicología de la personalidad. Por eso, podremos detenernos de manera breve sólo en algunos problemas que tienen un carácter metodológico general, principal, fundamental.

Ante todo, los problemas ligados a la propia definición de la personalidad, el problema de qué considerar como objeto del estudio psicológico de la personalidad. Cabe decir, que estas cuestiones generan constantemente discusiones y divergencias entre distintas escuelas psicológicas.

Realmente estos problemas son fundamentales en la psicología de la personalidad y de la solución que se les dé depende el curso de las

investigaciones posteriores, y las conclusiones de índole práctica y teórica derivadas. Muy a menudo, por ejemplo, en la bibliografía psicológica, se observa una confusión entre algunos conceptos tales como "individuo", "temperamento", "carácter", "personalidad", mientras que todos estos conceptos deben ser diferenciados rigurosamente. Examinemos, a título de ejemplo, la correlación entre los conceptos: "individuo" y "personalidad". El individuo constituye un producto de la evolución biológica. Es producto tanto de las formaciones innatas, genotípicas, como de unas u otras formaciones que se adquieren en el transcurso de la vida, o sea, en la ontogénesis. Por eso, cada hombre nace como individuo. Podemos hablar, sin lugar a duda, sobre peculiaridades individuales de un niño recién nacido cuando mencionamos su manera activa, su excitabilidad o tranquilidad, etcétera. Pero, sin embargo, es dudoso que pueda hablarse más o menos seriamente de la personalidad de un recién nacido. El hombre no nace como personalidad, sino que llegará a ser personalidad en el proceso del desarrollo y de la educación.

El hombre se convierte en personalidad sólo cuando empieza a incorporarse a las complicadas relaciones socialmente mediatizadas con el mundo que lo rodea. Además, y eso es muy importante, para pasar a ser personalidad no puede ser un simple objeto pasivo de estas relaciones sino que tarde o temprano, debe pasar a ser sujeto de las mismas. Tomar una u otra posición activa desde el punto de vista social, convertirse en centro de determinadas relaciones sociales.

Fundamental para un enfoque de este tipo es la famosa tesis de C. Marx según la cual la esencia del hombre es el conjunto de todas las relaciones sociales. No obstante, partiendo de esta fórmula es importante llegar a comprender lo siguiente: en esta fórmula no se trata de una personalidad concreta, sino de la esencia filosófica del fenómeno del hombre en general. *La esencia del hombre y una personalidad concreta* no son lo mismo, se diferencian, porque la esfera de la actividad real de cada personalidad por separado no incluye todas las posibles relaciones sociales, sino una parte determinada de ellas, que es, a veces, bastante pequeña. Por eso cuando hablamos de una personalidad concreta debemos tener en cuenta, sobre todo, aquellas relaciones que se han formado y que existen en realidad, en cada hombre concreto.

Dentro de estas relaciones las fundamentales para caracterizar a una personalidad son las relaciones que se refieren a las siguientes esferas: en primer orden, las relaciones con el mundo objetivo, material; en segundo, las relaciones con otras personas y, en tercer lugar, las relaciones consigo mismo. Las relaciones con el mundo se hallan expresadas dentro de la actividad objetal, en la producción de nuevos bienes

materiales, en su interrelación con la naturaleza. Las relaciones interpersonales se ponen de manifiesto en la comunicación, en sus formas y métodos de distinta clase. La relación consigo mismo se manifiesta en formaciones psicológicas tales como la autovaloración, en la escala de valores internos, y en el nivel de aspiración.

Estas relaciones principales, es decir, las relaciones con el mundo, con otras personas y consigo mismo, forman en su unidad la posición social que le es propia a una persona. Es esta posición la que empieza a desempeñar un papel determinante, central, dentro de la estructura de la personalidad.

Ahora bien, qué es la personalidad, qué significa llegar a ser personalidad.

Partiendo de todo lo expresado anteriormente, podemos contestar a esta pregunta de la manera siguiente: el llegar a ser personalidad significa, en primer orden, tomar una determinada posición social y moral; en segundo lugar, tomar conciencia y hacerse responsable de esta posición; en tercer término, afirmar esta relación de manera efectiva a través de las acciones, actos, hechos, de toda la vida.

Tal comprensión acerca de la personalidad del hombre nos permite enfocar de un modo nuevo una serie de problemas actuales de carácter metodológico. Por ejemplo, el problema de cuál es la especificidad del proceso educativo de la personalidad o, en otras palabras, si es la educación de la personalidad un proceso específicamente particular, diferente, digamos, del proceso de la enseñanza.

Es necesario decir que muchos psicólogos y pedagogos no diferencian, por su esencia, los procesos educativos y los de enseñanza; mientras tanto, como lo muestran las recientes investigaciones, en particular, las que fueron realizadas en el laboratorio del estudio de la personalidad en la Facultad de Psicología de la Universidad de Moscú, Lomonosov, entre estos procesos existen una serie de diferencias cualitativas.

El proceso de enseñanza siempre está dirigido a la formación en los alumnos de tales o cuales conocimientos, hábitos, conceptos, en otras palabras, el proceso de enseñanza está encaminado a asimilar las *significaciones*. Las significaciones constituyen un reflejo de la experiencia del desarrollo humano, de la ciencia y la práctica. Desde la edad más temprana situamos al niño dentro del mundo de significaciones; desde el principio, comenzamos a mostrar al niño una cuchara no como una masa metálica, sino como un instrumento, un medio que tiene una significación determinada, fija, propia para toda la humanidad. Se sobreentiende, como lo destaca el académico Leontiev, que lo que conocemos, digamos, sobre un triángulo, puede diferenciarse de

la significación que tiene el concepto "triángulo", adaptado dentro de la geometría. No obstante, la fuente de este concepto sigue siendo de todas formas, la experiencia acumulada por la geometría y transmitida a nosotros en la escuela, en el curso de nuestra práctica social.

Está claro que el papel que desempeñan las significaciones es sumamente grande, por cuanto todo nuestro conocimiento es imposible sin la asimilación de determinadas significaciones establecidas.

Al mismo tiempo, para la comprensión de la esencia psicológica de la personalidad es necesario examinar otro esquema. Es necesario examinar no sólo lo que el hombre *conoce* de la realidad, qué conceptos, normas e imágenes fueron asimiladas por él, sino también cómo se relaciona con esta realidad, cuál es su actitud hacia ella. En otras palabras, la conciencia humana puede concebirse de doble manera, por un lado, como conocimiento, como mundo de significaciones y por otro, como una relación, como un mundo de sentido.

Para ilustrar este planteamiento utilizamos el ejemplo que cita Leontiev. Se puede comprender perfectamente la significación biológica de la muerte. Este concepto puede ser asimilado bien y de forma multilateral. Sin embargo, este conocimiento, por muy correcto y completo que sea, digamos, en un joven, estudiante de medicina o en un biólogo, puede no influir de ninguna forma en su vida. Una cosa contraria podría observarse en ese mismo hombre, en los años maduros, en la vejez, cuando la muerte empieza a sentirse como una realidad y cuando, como producto de esto, puede cambiarse su relación con la vida. El hombre comienza a calcular de modo más riguroso su tiempo, rechaza todo lo que obstruye el camino de sus planes, etcétera.

¿Qué se ha modificado, entonces? ¿Ha cambiado el conocimiento, el significado de la muerte como un hecho biológico? No, se ha modificado la relación hacia este hecho, o sea, se ha cambiado el sentido del mismo dentro del sistema de la actividad vital del hombre.

Me he detenido en especial, con detalle, en la diferencia psicológica entre el significado y el sentido, porque esta diferencia tiene una importancia de principios para la comprensión de la esencia del proceso de la educación de la personalidad. En la base de la personalidad, como hemos dicho, se encuentra uno y otro sistema de las relaciones del sujeto o, pasando al lenguaje psicológico, la personalidad representa en sí un sistema dinámico-integro de sentidos. Por tanto, la educación de la personalidad, debe estar encaminada a formar dicho sistema, la esfera de sentidos.

Otra cosa muy distinta es la enseñanza, como hemos dicho está dirigida a la formación de conocimientos concretos o de un sistema de significaciones. Por eso la enseñanza y la educación aunque interrela-

cionadas, tienen, de todas formas, distintos objetos: en el primer caso se trata de las significaciones y en el segundo, de los sentidos.

De ahí emana una conclusión muy importante de carácter práctico y teórico. No pueden confundirse, ni identificarse los métodos de la enseñanza y de la educación. Así, por ejemplo, si para la enseñanza las lecciones, conferencias y lecturas de manuales, representan métodos adecuados, para la educación de la personalidad deben buscarse otros métodos y procedimientos. Sin embargo, y es de lamentar dicha situación, con mucha frecuencia esto no se toma en consideración y, por tanto, en la educación de la personalidad, a menudo, se realiza el intento de educar mediante los métodos verbales. Este hecho explica la baja productividad psicológica de muchos métodos y procedimientos existentes para la educación de la personalidad.

Ahora no tenemos tiempo para hablar sobre las peculiaridades concretas de aquellos métodos específicos, dirigidos en especial a la educación, los que deben ser elaborados basándose en el enfoque expuesto con anterioridad. Por eso, señalaremos en dos palabras sólo el principio fundamental que debe estar en la base de la elaboración de dichos métodos. Este principio es llamado, en las investigaciones que se realizan en la Facultad de Psicología de la Universidad de Moscú, Lomonosov, *principio de la mediatización por la actividad*. Su esencia consiste en formar unos u otros rasgos personales no de manera directa, como por ejemplo, a través de una acción verbal, sino por vía de la mediatización, mediante la incorporación del sujeto a una determinada actividad, anticipadamente planificada por el investigador.

Resumiendo, hemos tratado solamente algunos problemas generales de índole metodológico-teórica dentro de la psicología de la personalidad, concentrando nuestra atención en los problemas de la definición de la personalidad y de la especificidad del proceso educativo de la personalidad a diferencia de los procesos de enseñanza.

Por supuesto, esta exposición no pretendió ofrecer un análisis exhaustivo de los problemas mencionados. Solamente señalar algunas cuestiones que tienen una importancia de principios y las cuales deben ser profundizadas y precisadas en las investigaciones posteriores.

EL PROBLEMA DE LAS PECULIARIDADES DE LAS NECESIDADES EN EL HOMBRE

B. S. Bratus
M. Febles Elejalde

El estudio de las necesidades en la literatura psicológica actual se enfrenta a una diversidad de opiniones y discusiones. Estas discusiones son de gran importancia ya que se salen del marco de la psicología y tienen que ver directamente con cuestiones fundamentales del hombre, de su vida y desarrollo.

En muchos aspectos de esta discusión no tendremos oportunidad de detenernos, sólo hay un aspecto que será objeto de especial atención en nuestro trabajo. Se trata de la especificidad de las necesidades humanas, de la cuestión acerca de si las necesidades humanas tienen características distintivas a diferencia de las necesidades en los animales.

En este sentido existen puntos de vista que pueden, en líneas generales, agruparse de la siguiente forma: en primer lugar está el que plantea que no existen o apenas existen necesidades específicamente humanas. Todas o la inmensa mayoría de las necesidades humanas, son semejantes en esencia a las necesidades de los animales. Este criterio, al que se le puede llamar biologizador, está presente, de forma abierta u oculta, en muchas teorías de la personalidad, aunque de manera más clara en el conductismo, que defiende la tesis de que todas las leyes existentes de la conducta humana son estudiables en las experiencias con animales (J. B. Watson, E. L. Thorndike). Los conductistas, en numerosos e interesantes experimentos, observaron cómo se conducían los animales (ratas blancas, casi siempre) en dependencia del reforzamiento, la recompensa o el castigo. Se establecieron, sin duda alguna, numerosos hechos y dependencias que abrían el conocimiento del mundo psíquico de los animales, pero no podían servir de base para el juicio sobre la conducta humana.

Esto llegó a ser comprensible para los propios conductistas, sin embargo, el enfoque metodológico utilizado por ellos fue invariable: un enfoque animal al hombre y un enfoque antropomórfico al animal.

Actualmente B. F. Skinner mantiene la tesis conductista acerca de que las conductas de las ratas, palomas y del hombre, se pueden estudiar y cambiar radicalmente con la ayuda de estímulos correspondientes, que pueden reunirse y organizarse en programas de reforzamiento confeccionados a propósito. De esta forma se obtendría la conducta deseada. Si esto es así, todo se reduciría a determinado programa de reforzamiento; la diferencia de principio entre el aprendizaje animal y la educación de los hombres no existiría. La responsabilidad de los actos estaría determinada exclusivamente por las circunstancias externas en un momento dado.

Según Skinner, un grupo de psicólogos especialistas en psicología conductista (entre los cuales está él mismo), construirían estos programas que proporcionarían los estímulos correspondientes, suministradores de mejores posibilidades para la organización de la felicidad de la humanidad. Como resultado se obtiene una sociedad en la cual un grupo pequeño manipula, con la ayuda de medios psicológicos, al resto de los hombres, conformándose un totalitarismo del modelo de la sociedad fascista.

Nos hemos detenido en este aspecto no de modo casual, sino para demostrar el significado metodológico de las posiciones del autor. Ello determina la perspectiva de la investigación, una u otras deducciones, no sólo concreto-psicológicas, sino sociales. El curso de sus razonamientos nos lleva hacia un fin falso, fin que en lo fundamental niega lo esencial del hombre como tal.

Otro punto de vista sobre la naturaleza de las necesidades, es el que considera la división entre necesidades naturales propias del hombre y de los animales, y necesidades superiores propiamente humanas (espirituales). Como resultado, la esfera de las necesidades del hombre se divide en dos: una inferior, inherente también a los animales y otra superior propia del hombre, que se alza sobre las necesidades del animal.

Esta división es por sí evidente, así piensan en general la mayoría de los psicólogos y sociólogos que estudian este problema. Es un hecho que somos sujetos corporales y debemos, por ejemplo, protegernos para conservar un mínimo necesario de calor, de lo contrario morimos como cualquier animal privado del necesario calor.

Otro ejemplo es la necesidad de alimento, cuya importancia es clara para todos; de su satisfacción depende la existencia física tanto del animal como del hombre, por lo que sí se pudiera afirmar que hay una analogía. Sin embargo, si analizamos más profundamente, vemos que en la base existen impresiones que determinan el enfoque metodológico del problema.

El problema es que el hambre como estado fisiológico del organismo no es aún una necesidad en el sentido psicológico y en este estado prepsicológico sí encontramos muchas semejanzas (trabajo de las glándulas, contracciones del estómago, etcétera) entre el hombre y el animal. El hambre llega a ser una necesidad psicológica en el hombre sólo al adquirir los objetos correspondientes que impulsan la acción orientada. De esta forma el hambre como estado fisiológico y como necesidad psicológica es profundamente distinta, ya que estos estados se relacionan con diferentes niveles de reflejo.

Este es un momento muy importante sobre el cual se refirió I. M. Sechenov: "El hambre es capaz de levantar sobre sus patas al animal, es capaz de darle a las búsquedas un carácter más o menos apasionado, pero en esto no hay ningún elemento para dirigir el movimiento hacia una u otra parte y cambiarlo de acuerdo a las exigencias del lugar y los encuentros casuales."¹

¹ I. M. Sechenov: *Obras escogidas*, t. I, p. 581.

De manera que el hambre como estado fisiológico del organismo, es capaz de activar y no dirigir, transformar el movimiento de acuerdo a las exigencias del medio ambiente. La actividad orientada puede surgir sólo cuando este estado reciba el reflejo, la imagen en un nivel superior, el nivel psíquico. En cuanto se da en este nivel, la diferencia entre el hambre en los animales y en el hombre es evidente.

"El hambre siempre es hambre, pero sin embargo, el hambre que se satisface comiendo carne cocida con cuchillo y tenedor es distinta del hambre que obliga a tragar comiendo carne cruda."¹

Aunque hay hechos que puedan contraponer lo anterior, por ejemplo, el colocar a un hombre en situación de un hambre cruel. Es posible explicar esto porque, en primer lugar, las necesidades humanas pueden surgir como tales, es decir, en calidad de específicamente humanas, sólo en determinadas condiciones. Para un hombre hambriento —según A. N. Leontiev— el alimento puede dejar de existir en su forma humana, como resultado de lo cual la necesidad de alimento se deshumaniza. Por tanto esta necesidad "deshumanizada" no nos atestigua nada sobre la naturaleza propiamente psicológica de las necesidades del hombre. En resumen, que es posible la transformación del carácter de las necesidades en función de las condiciones en que las mismas aparezcan. En segundo lugar, lo principal para la comprensión de la psicología humana no parte del análisis del hombre hambriento, pero aún así son conocidas situaciones en que el hombre ha reaccionado de otra manera y donde queda clara la diferencia entre el hombre y los animales.

De esta forma, las necesidades naturales, como la necesidad de alimento al nivel humano, llegan a transformarse y por tanto dejan de ser semejantes a las de los animales. Dejan así de ser rigurosamente naturales, en el sentido de que están profundamente interrelacionadas, sometidas a otras necesidades no materiales, ni biológicas, formando allí un todo único.

La satisfacción de necesidades que surgen en situaciones naturales, en un plano fisiológico del organismo, es un requisito primordial e incluso indispensable para la vida del hombre, pero no sólo por esta condición se mantiene el hombre. La vida del hombre basada en esta sola premisa representaría el camino hacia la muerte de la personalidad del hombre.

Así hemos llegado al tercer punto de vista sobre las necesidades, el que plantea la propiedad psicológica de estas, del cual parte la posibilidad de fundamentar la organización moral de la personalidad y cons-

¹ C. Marx y F. Engels: *Obras completas*, t. XII, p. 353.

truir un sistema verdaderamente humano. Este criterio lo desarrollaron consecuentemente A. N. Leontiev y sus colaboradores.

Todas las necesidades humanas tienen, al nivel psicológico, un carácter cualitativamente diferente a las necesidades en los animales, o dicho en otras palabras, existe un límite entre las necesidades humanas y de los animales que se encuentra no entre las llamadas naturales y las superiores o espirituales, sino entre las necesidades en los animales y todas las necesidades humanas, ya sean elementales (de origen fisiológico) o superiores.

En realidad, las necesidades del animal aparecen en él de forma acabada y deben desarrollarse sólo en el medio natural. Por eso, rigurosamente hablando, el animal no responde por sus actos ni por sus elecciones. El hombre por su parte, nace extremadamente indefenso e inadaptado. Deben darse el aprendizaje, la comunicación, para que el hombre llegue a ser un ser humano. De esto hay evidencias en los casos de niños que fueron accidentalmente abandonados en el bosque y crecieron entre animales.

Por eso, para llegar a ser hombre no es suficiente nacer con ciertos rasgos y estructura corporal inherente al género humano. Estas son premisas necesarias, condiciones para el consiguiente desarrollo propio de las necesidades humanas, pero este desarrollo sólo es posible en la sociedad humana, como resultado de los procesos de comunicación y aprendizaje. La especificidad de las necesidades humanas se expresa en todas las propiedades concretas de las mismas, en su caracterización general.

En primer término se destaca que las necesidades siempre están orientadas hacia objetos; toda necesidad tiene su objeto, ya sea material o espiritual (alimento, comunicación, fumar, etcétera) y se define por él. Para nombrar la necesidad es necesario designar su objeto. Otra característica general es la dinámica específica de estas necesidades, su capacidad de actualizarse, renovarse con nuevos contenidos en función de los procedimientos de satisfacción, de inhibirse y reproducirse nuevamente. Debido a esta característica, las necesidades se enriquecen y desarrollan. Estas características de las necesidades y otras menos importantes son comunes a un círculo amplio de seres vivientes, sin embargo, al nivel del hombre estos rasgos adquieren cambios cualitativos que condicionan sus necesidades.

Al hablar de los objetos de las necesidades veremos una diferencia cualitativa. En los animales estos son naturales; en el hombre son elaborados, condicionados por el nivel social, la producción, portadores de la actividad de toda la sociedad.

Al nivel del hombre se cambian profundamente los modos de satisfacción, con inclusión de su carácter cíclico. Las necesidades aparecen como si se separaran de los estados del organismo, habiendo una divergencia entre estos y el propio deseo del sujeto. Esto ocurre porque las necesidades del hombre están denominadas por señales, por la palabra. La existencia de la conciencia y el segundo sistema de señales hacen posible esta divergencia, incluso tratándose de necesidades vitales como la de alimento, ya que en el resto de las necesidades es aún más evidente. Las necesidades de conocimiento, de comunicación, bondad, justicia, etcétera, tienen poco peso, desde el punto de vista de las necesidades materiales. Sin embargo, si se colocan en una balanza, de un lado las necesidades espirituales y del otro, las materiales, a menudo encontraríamos algo no esperado por los físicos: los sujetos actúan movidos por las necesidades espirituales. Esto se explica por ser un hecho psicológico, cuya comprensión es fundamental para entender el desarrollo del hombre.

Otra observación importante en relación con el problema de las necesidades humanas, es la de que estas no existen ordenadas, separadas unas de otras. Ellas, de forma profunda, se encuentran unidas estrechamente formando una unidad interna y en muchos casos indestructible. Esto último es significativo en el sentido de que influyendo en una de las necesidades, lo hacemos también en las restantes. Cada una de ellas no existe por sí misma, sino que está interrelacionada, simboliza y se diluye en todo un sistema, en la jerarquía de necesidades de un individuo. Por ello cualquier necesidad humana posee un carácter original cualitativamente diferente de las necesidades en los animales.

IMPORTANCIA DE LA AUTOVALORACIÓN Y LOS IDEALES EN EL ESTUDIO DE LA MOTIVACIÓN HUMANA

F. González Rey

La motivación humana es uno de los aspectos esenciales de la personalidad y para muchos autores el núcleo de su estructura. Sin embargo, su estudio dentro de la psicología enfrenta un gran número de problemas muchos de los cuales están por resolver.

En el estudio de la motivación se manifiestan un conjunto de insuficiencias surgidas en la psicología occidental, sobre las cuales se trabaja activamente en la psicología marxista con vistas a su superación, entre las que podemos señalar las siguientes:

1. Ausencia de una relación adecuada entre los aspectos dinámicos y de contenido de la motivación.
2. Tendencia a la descripción de un conjunto de motivos similares en toda la ontogénesis de la personalidad, no reconociendo los distintos niveles de desarrollo de la motivación en el hombre, ni la especificidad de estos niveles en las distintas etapas del desarrollo de la personalidad.
3. Estudio de los motivos como elementos aislados de la personalidad, no teniendo en cuenta ni su estructura ni su relación con la conciencia.
4. Ausencia de una determinación precisa de la motivación superior humana y de sus características.

Una de las equivocaciones que más negativamente ha incidido en el estudio de la motivación del hombre, es la inadecuada generalización de fenómenos que se producen sólo en motivos de un determinado nivel y ante determinadas condiciones, como fenómenos motivacionales de carácter universalizado; ejemplo de esto es la categoría de *cuasi necesidad*, que se generaliza en la teoría de Lewin sin tener en cuenta el contenido de los motivos que intervienen en este fenómeno, ni la especificidad de estos motivos en la estructura de la motivación. Este error también se observa en Freud, quien determina todos los fenómenos de la conducta a través de los instintos sexuales, no reconociendo la especificidad de ningún otro nivel en la motivación humana.

Este equívoco en mayor o menor medida, y quizás en distintas formas, se conserva en el momento actual en el estudio de la motiva-

ción. Por ejemplo, en la muy defendida concepción de estudiar la motivación mediante tests, se determina sólo la existencia de determinados motivos, no teniendo en cuenta ni su posición en la jerarquía motivacional, ni su potencial para convertirse en motivos efectivos en la regulación de la conducta; es decir, se identifican motivos que son diferentes por su origen y por su papel en la personalidad. De acuerdo a esta posición, los autores no pueden determinar los rasgos psicológicos específicos de la motivación superior humana.

P. M. Jakobson señala: "En el estudio de la motivación, ante todo, surge la necesidad de clasificar y sistematizar las distintas formas de la motivación... La siguiente tarea esencial es la fundamentación teórica de todo el proceso de la conducta orientada a un fin."¹

Indudablemente que se hace muy necesario clasificar las distintas formas de manifestación de la motivación, así como los distintos niveles de existencia de los motivos y su especificidad psicológica.

En los últimos años se observa una tendencia creciente a estudiar el nivel superior de la motivación humana, es decir, el nivel consciente-volitivo.

B. G. Aseev en relación a esto, escribe: "En la sociedad socialista uno de los principios esenciales de la formación y de la educación de la personalidad consiste en la orientación preferencial hacia el nivel superior, consciente de la motivación, los ideales morales, etcétera."²

El psicólogo polaco K. Obujovski en un esfuerzo por diferenciar el nivel superior de la motivación humana, categoriza un conjunto de necesidades bajo el nombre de necesidades de la orientación, por ser, según él, las que tienen un mayor papel en el proceso de autorregulación de la conducta.

A pesar de las distintas posiciones teóricas que se expresan en relación con el carácter del nivel consciente-volitivo de la motivación en la personalidad humana, las mismas están insuficientemente respaldadas por la investigación psicológica, en la que este problema prácticamente comienza como objeto de investigación. El nivel superior de la motivación humana debe comenzar en la adolescencia y desarrollarse con gran fuerza en la edad juvenil o escolar superior, significándose por la determinación de líneas estables de comportamiento orientadas a distintos fines, que son conscientemente autorreguladas por el joven. Es decir, creemos que podemos hablar de la aparición de la motivación superior como sistema, cuando el hombre es capaz de autorregular su conducta, lo cual, según L. I. Bozhovich, indica que el hombre ha devenido personalidad.

¹ Jakobson: *ob. cit.*, p. 19.

² Aseev. *La motivación de la conducta y la formación de la personalidad*, p. 4.

Por supuesto, pueden existir motivos superiores de forma aislada, sin que el hombre funcione como integridad psicológica a un nivel superior, pues tanto los motivos hacia el cine, como hacia la pintura o la lectura, son motivaciones superiores; pero estos motivos pueden manifestarse en la personalidad sin la existencia de un sistema autorregulador estable que determine las distintas líneas de conducta del hombre.

Para establecer la importancia de la autovaloración y de los ideales en el estudio de la motivación humana, ante todo debemos establecer qué nivel de la motivación es el que se expresa en estas formaciones de la personalidad, pues nos limitaremos al mismo en nuestra exposición.

La autovaloración y el ideal son expresiones de la autoconciencia del hombre, que para muchos no guardan ninguna relación con la motivación y tienen más bien un carácter cognitivo, en tanto son representaciones actuales y futuras respectivamente del sujeto. Sin embargo, estas son formaciones en las que lo cognitivo y lo motivacional se integran activamente formando un sistema motivacional.

¿Cómo se explica la interacción de lo intelectual y lo afectivo en estos elementos de la personalidad? Alcanzado un determinado nivel de autoconciencia, el carácter de la regulación motivacional se transforma de inmediato en mediato, por lo que el hombre comienza a plantearse objetivos futuros que fundamenta conscientemente para poder actuar en consecuencia con ellos. El nivel de fundamentación de estos objetivos depende de la significación de los motivos que los determinan, por lo que esta fundamentación se convierte en fuente de diagnóstico de los motivos más significativos de la personalidad, y a su vez, enriquece la esfera motivacional de la personalidad mediante la reflexión consciente y el conocimiento del sujeto sobre sus motivos.

En la medida en que el sujeto se plantea determinados objetivos conscientes, a lo que comprometen sus motivos más significativos, analiza cuáles son sus posibilidades para alcanzar estos objetivos, y cuáles son los aspectos de su personalidad que debe formar o desarrollar para este fin. Estos son precisamente los contenidos de su autovaloración, los que estarán comprometidos con las motivaciones de autoafirmación y autoestimación, por su relación directa con el éxito o fracaso del sujeto en actividades muy significativas para su personalidad, determinadas por los motivos esenciales de esta.

Los contenidos de la autovaloración y del ideal, aunque se expresan en forma cognitiva, manifiestan un alto valor motivacional, que deviene en vivencia profunda del sujeto, ya que en su base se encuentran motivos fundamentales de su personalidad. A su vez, la reflexión del sujeto sobre estos contenidos, así como el conocimiento que expresa en relación con ellos, determinan una mayor comprensión de los mismos

y una mayor significación para la personalidad, aumentando la fuerza motivacional de estos motivos.

Ante todo surge la pregunta: ¿cuáles son los motivos que se expresan en los ideales y la autovaloración, y qué determina que estos sean elementos activos del proceso motivacional?

Creemos hipotéticamente, que en estos subsistemas de regulación motivacional sólo se integran aquellos motivos que tienen un mayor peso en la orientación de la personalidad, o sea, que definen su orientación consciente hacia la realidad, por lo que hemos convenido en establecer una categoría que integre estos motivos, la que hemos denominado *tendencia orientadora de la personalidad*.

La tendencia orientadora de la personalidad no representa la jerarquía absoluta de un tipo determinado de motivos como la orientación de la personalidad, sino que expresa las direcciones principales hacia las cuales se orienta la personalidad y que tienen un mayor valor afectivo-emocional para ella. Las distintas motivaciones que integran la tendencia orientadora de la personalidad, pueden responder a diferentes tipos de orientación de la personalidad, de la cual reciben parte de su energía motivacional, pues aunque la orientación de la personalidad matiza los restantes motivos de esta, de ninguna manera podemos inferir que toda la energía motivacional de la personalidad depende de sus motivos rectores.

La tendencia orientadora de la personalidad puede estar formada por motivos de muy diverso contenido; como pueden ser los motivos morales, hacia la profesión, culturales, deportivos, hacia la familia, la amistad, la posesión de bienes personales, etcétera. La jerarquía de estos motivos en la personalidad varía en dependencia de los individuos.

La importancia metodológica y teórica de este concepto la vemos en la posibilidad de conocer el contenido esencial de la personalidad del hombre, y a partir del mismo poder deducir sus posibilidades en los distintos aspectos de la vida. Además, esta categoría nos permite delimitar el nivel superior de desarrollo de la motivación humana y a partir de su estudio generalizar, con absoluta certeza, algunas de las regularidades de la motivación como proceso psíquico superior.

Estos motivos que integran la tendencia orientadora de la personalidad movilizan todas las potencialidades de esta para su manifestación efectiva en la actividad y en este sentido la autoconciencia participa activamente en su función movilizadora, no como simple orientador, sino como un complemento principal de la expresión motivacional de los mismos.

Los motivos que integran la tendencia orientadora de la personalidad se expresan en la adolescencia y en la edad escolar superior

mediante la autovaloración y los ideales, los que se convierten en condición para la efectividad de estos motivos en dichas etapas. La autovaloración y los ideales representan la forma más típica en que se expresa la motivación superior en estas etapas del desarrollo.

Estas formaciones adquieren especial relieve si analizamos el contenido mismo de la esfera motivacional en estas etapas, donde los motivos que comienzan a actuar en un primer plano exigen una estabilidad y un análisis constante del sujeto para su expresión efectiva, pues son motivos mediatos que implican la necesidad de trascender estimulaciones gratificantes presentes, como son los motivos morales, los orientados a la profesión, etcétera.

Los motivos que definen las tendencias orientadoras de la personalidad pueden ser diferentes por su contenido, sin embargo, presentan una serie de características comunes en su aspecto funcional, como son:

1. Determinan en el sujeto una actitud de búsqueda constante de información para el establecimiento de los objetivos mediatos a alcanzar en el futuro, los que se establecen sobre la base de estos motivos, así como la participación activa del sujeto en el cálculo de sus posibilidades personales con relación a estos objetivos.
2. Determinan la reelaboración activa por el sujeto de la información recibida por diferentes vías, con la finalidad de cimentar sus objetivos fundamentales a alcanzar en el futuro.
3. Determinan el esfuerzo consciente del sujeto para la superación de todas las dificultades surgidas frente a él en el proceso de gratificación de sus objetivos distantes o mediatos, lo que exige de la activa participación de su conocimiento y su reflexión, como medios activos de elevación de la fuerza de sus motivos. En este nivel, el conocimiento se transforma en una convicción del sujeto y el razonamiento, en el modo activo de acción del conocimiento.

Esta concepción sobre las características de los motivos que integran la tendencia orientadora de la personalidad, exige un nuevo enfoque metodológico en el estudio de la motivación, en el que se combinen el análisis de los resultados de la conducta del sujeto que responden a los motivos de su tendencia orientadora, con el estudio de su elaboración consciente sobre estos motivos y del nivel de participación de la autoconciencia en esta elaboración, lo que se expresa en la adolescencia y en la edad escolar superior a través de la autovaloración y los ideales.

El papel motivacional de la autovaloración se ha analizado en la psicología, principalmente, a partir del estudio de su adecuación o inadecuación, sin embargo, la adecuación de la autovaloración es insepara-

ble de sus contenidos, y el contenido, al igual que la adecuación, tiene un alto valor motivacional. El contenido de la autovaloración del sujeto sobre sus capacidades y características de personalidad, es expresión de sus motivos esenciales, pues el autoanálisis que se expresa en la autovaloración estará orientado a las capacidades y características de la personalidad que responden a los motivos que integran su tendencia orientadora.

La autovaloración complementa la elaboración de los planes y objetivos futuros de la personalidad, los cuales se establecen basados en sus motivos y necesidades centrales, orientando el comportamiento consciente del sujeto acorde con estas motivaciones, lo que garantiza su efectividad.

La investigación sobre los ideales, aunque comenzó desde los inicios de la psicología marxista en la URSS, se ha dirigido hasta el presente sobre todo a problemas relacionados con la psicología pedagógica, donde indudablemente tiene su mayor aplicación práctica. Sin embargo, los psicólogos no han prestado la debida atención a la significación de los ideales para la psicología general y en específico para la motivación superior. Esta situación en parte se explica por el desarrollo más tardío del estudio de los motivos en la psicología marxista.

Como justamente señala M. L. Nikitinskaia: "La mayor cantidad de investigaciones sobre los ideales, incluyendo las realizadas en la década del 60, se desarrollaron en un momento en que estaba insuficientemente elaborado en la psicología el problema de las necesidades y los motivos, lo que limitó las posibilidades de descubrir la esencia psicológica de los ideales y su papel educativo."¹

En los últimos años ha crecido el interés hacia el estudio de los ideales como una formación motivacional compleja de la personalidad que desempeña un papel decisivo en el desarrollo de la capacidad de autoeducación en el hombre. En este sentido debemos mencionar los trabajos de N. I. Sudakov² y Z. I. Grichanova.³

Creemos que la continuación de la investigación sobre la participación de la autoconciencia en la motivación, es una línea importante en esta área que debe proporcionarnos datos significativos sobre la motivación superior en el hombre, así como sobre los mecanismos psicológicos del proceso de autorregulación de la personalidad, aspecto fundamental para la educación moral comunista.

¹ M. L. Nikitinskaia: "Particularidades psicológicas de los ideales en adolescentes y escolares superiores", en *Pedagogía soviética*, no. 11.

² N. I. Sudakov: "El ideal moral y la formación de la personalidad del escolar", en *Cuestiones de psicología*, no. 3.

³ Z. I. Grichanova: Tesis de candidatura.

LA TENDENCIA ORIENTADORA DE LA PERSONALIDAD Y LAS FORMACIONES DEL SENTIDO

B. S. Bratus
F. González Rey

A. N. Leontiev considera como principal obstáculo en las investigaciones sobre la personalidad, la cuestión de la interrelación entre la psicología general y la diferencial. La gran mayoría de los autores escogen la línea de la psicología diferencial, lo que generalmente conduce al estudio de las correlaciones estadísticas entre rasgos aislados de la personalidad, que se expresan por medio de distintos tests, cuestionarios, etcétera.

Ante esto, el estudio de las correlaciones y el análisis factorial —señala Leontiev— tiene lugar tomando las variaciones de los índices que pueden ser medidos y cuantificados en las pruebas psicológicas, y que con posterioridad posibilitan su procesamiento matemático, independientemente de la relación en que se encuentran los índices medidos con las cualidades que en esencia caracterizan a la personalidad.¹

La excesiva dedicación a los métodos formalizados se ha extendido tanto que origina también la preocupación de muchos psicólogos no marxistas.

Así, por ejemplo, B. Metzguer ante la pregunta de cómo él valora el pronóstico de la psicología, responde: “El pronóstico no se manifiesta muy feliz, porque alrededor de los jóvenes el entusiasmo con respecto a los nuevos métodos, procedentes en la mayoría de los casos de los países anglosajones, es tan enorme, que muy frecuentemente estos jóvenes, según mi parecer, examinan la psicología como un reservorio para ejercicios de problemas estadísticos y otros de índole metodológico, de manera tal que dejan de revelarse las propias bases del problema, y el método en buena medida se hace independiente.”²

G. Allport, con la agudeza que le es propia, valora de la siguiente forma la situación que se ha creado en la psicología occidental: “El empirismo galopante que constituye nuestra enfermedad profesional contemporánea, corre hacia adelante como un jinete sin cabeza. Este empirismo carece de un objetivo racional, no utiliza los métodos racionales, salvo los matemáticos y no llega a conclusiones significativas.”³ En otra ocasión, Allport afirmó que el uso excesivo de la metodología operacional en la psicología, conduce sólo a que “la personalidad como tal se diluya en las tinieblas del método”.

¹ A. N. Leontiev: *Actividad, conciencia y personalidad*.

² B. Metzguer: *Problemas metodológicos de la psicología*, p. 225.

³ Allport: *ob. cit.*, p. 100.

El predominio de esta tendencia en parte puede explicarse por el siguiente supuesto general. Aunque la psicología como campo del conocimiento cuenta con miles de años, realmente como disciplina científica independiente, es relativamente joven. Está claro que al haber comenzado a separarse de la filosofía, dentro de la cual se examinaba antes, la psicología en su esfuerzo de convertirse en ciencia exacta, se orientaba ante todo hacia la experiencia de las disciplinas naturales. Esto se expresó, en específico, en la asimilación de los modelos de investigación científica y de su enfoque metodológico.

Uno de esos modelos, asimilados por la psicología, consiste en que un estudio consecuente y completo de todos los elementos aislados de cualquier sistema y sus intersecciones, conduce hacia el estudio del sistema en su totalidad. Sin embargo, como demostró ya E. Kant, esto es cierto para el nivel de los sistemas mecánicos. Al nivel de los sistemas vivos este método no trabaja. En este caso el todo determina las partes y no a la inversa como en el primer caso.

Las funciones y el significado de las partes aisladas pueden ser comprendidas sólo a la luz de una representación integral. La psicología sin tomar en cuenta esta diferencia, siguió preferentemente el camino de la diferenciación del todo, del análisis de las partes y de sus interrelaciones, lo que posibilita explicar, que a pesar de la gran cantidad de datos experimentales obtenidos sobre los componentes particulares de lo psíquico, hasta el momento no se ha logrado crear el edificio íntegro de la psicología.

Por supuesto, no se trata del rechazo al importante papel del enfoque diferencial, de su significado para la psicología de la personalidad, en particular de sus aspectos aplicados. Se trata de otra cuestión, es decir, de que en las investigaciones de esta dirección, los métodos por sí y los hechos recogidos con su ayuda, sus interacciones y correlaciones, frecuentemente comienzan a examinarse como suficientes para la elaboración de una psicología de la personalidad. Mientras que, como ya hemos dicho, las interrelaciones de las mediciones de las partes particulares son capaces de determinar un sistema mecánico, pero no el sistema vivo de lo psíquico, menos aún su nivel superior, la personalidad.

Los métodos de investigación necesitan de una fundamentación que no puede ser directamente extraída de ellos mismos, sino que exigen de un nivel especial de trabajo teórico, de desarrollo de la psicología general de la personalidad.

Una de las tareas centrales de tal psicología general de la personalidad, según nuestro criterio, es la tarea de buscar las unidades integrales y las nuevas categorías generalizadas del análisis de la personalidad.

Investigando la personalidad, nosotros debemos esforzarnos en no dividirla en elementos aislados, sino orientarnos a encontrar aquellas unidades integrales, categorías generalizadas y formaciones psicológicas, en las cuales se expresan a un nivel superior las particularidades y tendencias esenciales de la personalidad, en las que la personalidad actúa como tal, comprometiéndose como entidad psicológica, no reduciéndose a otros procesos o modalidades psíquicos.

Ya L.S. Vigotski habló sobre la necesidad de este análisis de la personalidad, llamando en particular a la búsqueda de las unidades dinámicas que reflejaran realmente la unión del *afecto y el intelecto*.

En el presente trabajo, partiendo de estas premisas metodológicas generales, nosotros nos esforzamos por examinar y comparar entre sí dos enfoques hacia este problema: uno de ellos conduce hacia el establecimiento de la categoría *tendencia orientadora de la personalidad* (F. González Rey) y el otro, al análisis de las *formaciones del sentido de la personalidad* (A.G. Asmolov, B.S. Bratus, E.V. Subotski y otros).

En la psicología marxista, en particular en la teoría de la actividad, recibe una particular atención, como es sabido, el concepto de motivo. Por ello no es casual el hecho de que este concepto constituya el punto de partida de muchas concepciones acerca de la personalidad de los más conocidos psicólogos soviéticos (A.N. Leontiev, L.I. Bozhovich, B.V. Zeigarnik y otros).

Por ejemplo, la conocida psicóloga soviética L.I. Bozhovich concibe la jerarquía de motivos como la principal característica de la personalidad. Ella escribe: "El eslabón central que determina la estructura de la personalidad, es su orientación, la que se caracteriza por la presencia de los motivos establemente dominantes que subordinan y organizan toda la esfera motivacional de hombre. En dependencia del contenido de dichos motivos se forman las cualidades personales correspondientes a los mismos."¹

La categoría orientación de la personalidad, desde nuestro punto de vista, constituye una categoría extremadamente importante, que posibilitó dar un valioso paso de avance en el camino hacia el estudio integral del desarrollo de la personalidad posibilitando el análisis y la explicación de muchos fenómenos de su conducta. No obstante, el contenido de este concepto y la forma de su determinación, han provocado en los últimos tiempos una serie de objeciones.

Entre las críticas más importantes que se han realizado a este concepto, están las siguientes:

1. L.I. Bozhovich divide en tres los tipos de orientación de la personalidad: individualista, colectivista y praxiológica. Con la ayuda de determinadas técnicas se trata de clasificar al sujeto

¹ L. I. Bozhovich: *Cuestiones de psicología de la educación*, p. 141.

en uno de los tres tipos de orientación. Este enfoque parece ser muy limitado, no permitiendo describir toda la complejidad de la esfera motivacional de la personalidad.

A.N. Leontiev escribe que ante la existencia de una línea rectora bien definida de la vida, la orientación de la personalidad no puede mantenerse como fenómeno único. "El servicio a un fin seleccionado, al ideal en general, no excluye ni absorbe otras relaciones vitales del hombre... A la inversa la esfera motivacional de la personalidad siempre comprende múltiples transformaciones."¹

2. P.M. Yakobson también expresa una importante crítica en relación al concepto de orientación de la personalidad, por ejemplo, él considera que las técnicas concretas elaboradas para definir la orientación de la personalidad no posibilitan la obtención de ese objetivo. Es interesante la justedad de esta crítica, la cual fue reconocida hace poco tiempo por uno de los creadores de semejantes métodos, el psicólogo soviético V.E. Chudnovski, quien señaló que la orientación de la personalidad puede ser determinada sólo con diferentes técnicas, incluyendo la observación clínica.²
3. Es posible señalar aún otra insuficiencia en el enfoque de L.I. Bozhovich hacia el estudio de la orientación de la personalidad, pues ella en calidad de motivos rectores para la determinación de la orientación de la personalidad, colocaba motivos situados en diferentes niveles según el grado de su concientización por la personalidad. Así la misma L. I. Bozhovich señala, que de acuerdo con los datos de sus investigaciones, el predominio de los motivos individualistas en la mayoría de los casos no es concientizado por el sujeto, mientras que el predominio de motivos colectivistas generalmente se concientizan, determinando las más importantes concepciones del hombre, su relación hacia sí mismo y hacia el mundo que lo rodea.

Este enfoque lleva implícito una clara contradicción, pues se examinan en un mismo plano por el grado de su concientización, motivos de diferente nivel.

Las ideas anteriormente expuestas exigen la revisión o la modificación del concepto orientación de la personalidad, o bien fundamentan la necesidad de introducir un nuevo concepto.

¹ Leontiev: *ob. cit.*, p. 221.

² Ejemplo de esto lo constituye el trabajo de tesis de candidatura realizado por Dang Suang Juay, bajo la tutoría de V. E. Chudnovski, Moscú, 1975.

Teniendo en cuenta que la categoría orientación de la personalidad ya ha sido suficientemente determinada en la concepción de Bozhovich, cualquier modificación en este término implicaría una constante aclaración y nuevas observaciones a partir de nuestra comprensión de este concepto, por lo que nos parece necesario introducir un nuevo concepto que es el de *tendencia orientadora de la personalidad*.

¿Cuáles deben ser las exigencias principales hacia este nuevo concepto, hacia esta nueva categoría?

En primer lugar, la nueva categoría no debe estar vinculada de manera rígida sólo con los tres tipos de orientación de la personalidad, sino implicar otras tendencias del desarrollo de la personalidad que son posibles en la vida real, como por ejemplo la familia, el deporte u otros intereses del hombre.

En segundo lugar, dentro de la explicación de esta categoría deben diferenciarse los motivos de acuerdo a su nivel de concientización, es decir, esta categoría no posibilita examinar en un mismo plano los motivos conscientes e inconscientes de la personalidad, como motivos rectores de la misma, integrando sólo aquellos motivos esenciales en la regulación consciente de la actividad.

En tercer lugar, el proceso de establecimiento de esta nueva categoría de orientación no debe limitarse a un tipo determinado de experimento, sino que debe comprender distintos tipos de técnicas experimentales, así como el análisis de los productos de la actividad creativa, el análisis de la fundamentación consciente de distintas convicciones y puntos de vista del sujeto, la observación, etcétera. Es decir, que la complejidad psicológica del fenómeno evaluado, sólo puede ser conocida integralmente por un enfoque complejo de distintas técnicas a utilizar.

En cuarto lugar, es necesario buscar la explicación a los casos de transformación de la orientación de la personalidad en el curso de la vida, así como al cambio de una orientación por otra, o a la expresión de distintos tipos de orientación de la personalidad en distintas áreas de la vida (tanto positiva como negativa). En el plano teórico esto significa la necesidad de examinar la orientación de la personalidad, no sólo de forma estática, dada en un momento determinado de la vida, sino dinámicamente; es decir, demostrar cómo pueden originarse, en los marcos de un determinado tipo de orientación, los gérmenes de otra y de qué manera esta última, ante determinadas condiciones, puede convertirse en rectora, sustituyendo la orientación inicial.

Uno de los medios para la solución perspectiva de estos problemas en la investigación psicológica futura, es desde nuestro punto de vista, la introducción y elaboración del concepto de *tendencia orientadora de la personalidad* en la psicología.

Por tendencia orientadora de la personalidad nosotros entendemos *el nivel superior de la jerarquía motivacional de la personalidad, el que está formado por motivos que realmente orientan a la personalidad hacia sus objetivos esenciales en la vida, lo que presupone una estrecha relación de la fuerza dinámica de los motivos con la elaboración consciente, por el sujeto, de sus contenidos*. Como consecuencia de este proceso, los motivos dados adquieren un sentido consciente personal para el sujeto, el cual determina la organización de complejas formaciones motivacionales, tales como, los ideales, las intenciones, la autovaloración, etcétera, conduciendo hacia la aparición de un poderoso sistema de autorregulación.

Al alcanzar este nivel de motivación, el sujeto es capaz de actuar no sólo siguiendo impulsos inmediatos, sino en correspondencia con objetivos conscientemente establecidos y con intenciones conscientemente adoptadas, siempre que los mismos sean una expresión del contenido de los motivos esenciales para su personalidad.

Es importante afirmar que la tendencia orientadora de la personalidad, no excluye la influencia de otros motivos sobre la conducta, los cuales pueden hasta contraponerse unos a otros, predominando uno u otro en distintos momentos de la vida. Por ejemplo, en la investigación concreta de uno de nosotros, pudimos comprobar el predominio de distintos motivos en situaciones experimentales diferentes.¹

En dicha investigación fueron creadas dos situaciones de conflicto motivacional. En una el joven elegía entre su participación en un trabajo voluntario al campo y la participación en una excursión. En la otra situación experimental al escolar se le daban cuatro tareas, cuya solución él podía echar en cuálquiera de dos buzones colocados ante él: las soluciones echadas en el buzón 1 sumaban puntos para el aula, en competencia con otra, con vistas a elegir la mejor para realizar un trabajo de gran importancia social; las soluciones echadas en el buzón 2 sumaban puntos para el joven, pues se seleccionaría el joven de más puntuación para reflejarlo en el mural, gratificando de esta forma su necesidad de prestigio personal. Los problemas seleccionados para el buzón 1 eran anónimos, mientras que los del buzón 2, al tener como objetivo la selección del más destacado en esta prueba, exigían que se echaran al buzón con el nombre del realizador.

Entre estos jóvenes fue muy interesante la conducta de I.D. Esta escolar expresa frecuentemente colectivismo, no sólo verbal, sino en su conducta cotidiana real (ayuda a otros en sus estudios, se esfuerza por vestirse de forma sencilla cuando pasea con amiguitas que tienen menos

¹ F. González: Tesis de candidatura.

ropa, etcétera). Sin embargo, ella no manifiesta colectivismo cuando entran en conflicto el motivo colectivista con los motivos de prestigio (en el experimento antes citado trabajó para sí y no para el colectivo).

Este ejemplo demuestra claramente, que por sí mismos, los motivos colectivistas o individualistas representan frecuentemente categorías demasiado generales, que incluyen en sí distintos tipos y niveles de motivación.

¿Podríamos entonces, a causa de lo anterior, afirmar que I.D. tiene una orientación individualista de la personalidad, por haber manifestado el predominio de motivos individualistas en una de las situaciones experimentales? Desde nuestro punto de vista no, pues el núcleo principal de esta personalidad lo forman los motivos morales y colectivistas, los cuales se expresan claramente en las restantes técnicas y en su vida en general.

Otra cuestión relacionada con lo anterior es la siguiente: ¿pueden los motivos de prestigio personal, ante determinadas condiciones, convertirse en motivos rectores de la conducta de esta escolar, cambiar la tendencia orientadora de su personalidad? Esta pregunta es totalmente válida, pero exige de un examen particular de la posible dinámica del desarrollo de la personalidad.

En los límites del presente artículo nosotros no podemos detenernos a detallar el problema de la dinámica del desarrollo de la personalidad. En la psicología infantil existen muchos materiales sobre este problema, sin embargo, en lo concerniente a la psicología de la edad adulta, este problema se ha estudiado fundamentalmente en un solo plano, en el plano de los cambios patológicos de la personalidad. Ha sido investigado, por ejemplo, el proceso de transformación de la personalidad que conduce a la aparición del alcoholismo.¹

En el comienzo del proceso de atracción hacia el alcohol, este ocupa un lugar subordinado en la jerarquía de motivos, no influyendo en nada sobre su conducta ni en la tendencia orientadora de la personalidad. Sin embargo, ante determinadas condiciones, la actividad orientada a la satisfacción de la necesidad de alcohol comienza a ampliarse con mayor frecuencia, ocupando un lugar cada vez mayor en la vida del hombre.

Este proceso conduce hacia una gradual reestructuración de las relaciones del hombre hacia el mundo, hacia sí mismo y hacia los otros hombres; los antiguos motivos pierden su significación para la personalidad, tomando una significación cada vez mayor los motivos relacionados con la gratificación de la necesidad de alcohol.

¹ Bratus: Tesis de candidatura.

Al fin de cuentas, el alcohol se convierte en el motivo rector de la personalidad, hacia el cual comienza a orientarse, de una forma u otra, toda la conducta del hombre enfermo. Este proceso de degradación alcohólica, se acompaña de cambios en la autovaloración del hombre, en sus ideales e intenciones, es decir, de toda la esfera de su autorregulación. La orientación hacia el alcohol se convierte en el sentido principal de la vida de estos sujetos, en una tendencia orientadora esencial de su personalidad.¹

Así, la tendencia orientadora de la personalidad se integra por los motivos básicos que determinan el sentido de la vida del hombre en sus manifestaciones primordiales. La tendencia orientadora de la personalidad forma, por tanto, el centro de la personalidad, alrededor del cual se desarrolla todo el sistema consciente de sus esfuerzos, ideales y de su autovaloración.

La aparición de la tendencia orientadora de la personalidad no puede ser examinada de ninguna forma como un proceso cognitivo aislado, ni como un proceso afectivo motivacional particular. En realidad, esta tendencia representa un proceso único en el cual los motivos principales de la personalidad se convierten en efectivos, sólo adquiriendo un sentido personal consciente para el sujeto, sólo pasando mediante una etapa de concientización por el sujeto, relacionada con sus pensamientos y vivencias actuales.

En este proceso se manifiesta la unidad real del afecto y el intelecto, sobre la cual habló ya L.S. Vigotski.

Examinemos ahora otro enfoque orientado al análisis de la personalidad, que es el relacionado con la concepción de las formaciones del sentido de la personalidad.

De forma semejante a como se desarrolló el concepto de tendencia orientadora de la personalidad, genéticamente relacionada con la comprensión de la orientación de la personalidad en la escuela de L.I. Bozhovich, fue desarrollado el concepto de formación del sentido, relacionado con la comprensión del problema del sentido personal en la concepción de A.N. Leontiev.

El punto de partida aquí consiste en la diferencia entre lo que el hombre conoce sobre la realidad y cómo él se relaciona con esta. Es posible conocer perfectamente bien que todas las personas son mortales, sin embargo, la relación con este conocimiento no será igual en un hombre joven, que en un anciano. Es decir, en el significado objetivo concientizado del hecho, se expresa su particular significación para

¹ *Ibidem.*

el sujeto. Para evitar superposición de término, A.N. Leontiev habla en el último caso sobre el sentido personal.

La introducción del concepto de sentido personal es muy importante para la teoría psicológica, pues permite acercarse hacia una comprensión particular del carácter de la conciencia humana, de la estrecha relación de los procesos cognitivos y afectivos.

Este concepto brindado por Leontiev en sus rasgos más generales, necesita desde nuestra posición una reelaboración ulterior. Por ejemplo, A.N. Leontiev determina el sentido personal como la relación del motivo con el objetivo (Leontiev, 1965). Esto es cierto, pues los actos aislados tienen sentido sólo en la estructura de la actividad concreta, a la luz de su motivo; así, el estudio no tiene sentido por sí mismo, adquiriendo su sentido sólo en su relación con el motivo general que lo determina, en la estructura del cual entran diferentes actos: realizar exámenes, motivos cognoscitivos, etcétera.

Al mismo tiempo, la determinación del sentido solo, como la relación del motivo hacia el objetivo, limita el concepto de sentido al marco de una actividad tomada por separado, mientras que las más importantes colisiones de la personalidad no ocurren en el ámbito de motivo-fin, sino en el de motivo-motivo, o sea, en las relaciones entre motivos de la jerarquía de motivos (sobre lo cual hablamos detalladamente en la primera parte del artículo).

Evidentemente es necesario separar el concepto de sentido de los límites de una actividad aislada y convertirlo en una categoría más universal y generalizada, que incluye en sí, tanto los casos del sentido personal como lo comprende Leontiev, así como otras relaciones del sentido más complejas. Para designar esta categoría fue propuesto el término *formaciones del sentido de la personalidad* (A.G. Asmolov, B.S. Bratus, E.B. Subotski y otros).

Las formaciones del sentido, en nuestra concepción, no son el sentido personal; es decir, la relación del motivo hacia el objetivo sino la relación de un motivo más general (o de algunos motivos generales orientados en una misma dirección), con otros motivos menos generales relacionados con él, y por tanto, la relación de una actividad más amplia y general con otra u otras menos generales.

La formación del sentido, por tanto, es un sistema dinámico integral que refleja la interacción de un conjunto de motivos dentro de un subsistema motivacional, en el que se expresa determinada relación hacia el mundo con un sentido personal para el sujeto. Esta definición además de sacar el concepto de sentido de los marcos de una actividad aislada, acentúa el carácter sistemático de esta cualidad psicológica.

El sentido personal, en la comprensión de A.N. Leontiev, de ninguna manera se elimina ante esta definición, sino que puede examinarse como un caso particular del sistema del sentido, un caso particular de la formación del sentido.

En efecto, en esencia, el sentido personal como relación del motivo hacia el objetivo, no es una formación homogénea, como habitualmente se piensa. En realidad, dentro de cada actividad están presentes objetivos que responden a distintos grados de generalidad y a distintas orientaciones de la personalidad, es decir, se relacionan de diferente forma con el motivo de la actividad, teniendo en cuenta en la relación distintos sentidos personales concretos.

Al hablar del sentido personal, hasta en una actividad aislada, nunca nos referimos a un fenómeno homogéneo, de género único, sino a un fenómeno heterogéneo con un objetivo constituido por un sistema de motivos afines. A partir de aquí, es comprensible el hecho de que en el sistema de Leontiev unos motivos adquieren sentido y otros no.¹

El sentido personal, aunque se determina como la relación del motivo hacia el objetivo, no se engendra siempre por estas relaciones, sino sólo cuando ellas se ramifican, abarcando variados fines, internamente mediatizados; en otras palabras, cuando es posible crear un complejo sistema del sentido, una formación del sentido.

Las formaciones del sentido no reflejan sencillamente unas u otras relaciones complejas entre motivos (en casos parciales de sentidos personales entre motivos y fines), sino que ellos a la vez engendran estas relaciones, haciendo la personalidad idéntica consigo misma, a pesar de los cambios evidentes de su actividad externa y de las características concretas de su conducta. Es decir, las formaciones del sentido existen no sólo en el ámbito de una u otra conducta actual, o en un conjunto de actividades concretas expresadas en un momento dado, sino fuera de las actividades concretas, como una formación psicológica particular, como una realidad psicológica particular.

No es casual por eso que A.N. Leontiev examinara el sentido como uno de los aspectos integrantes de la conciencia, junto con los significados y la así llamada *trama sensorial de la conciencia*.

Las formaciones del sentido tienen una serie de diferencias con el mundo de los significados, la principal consiste en que las formaciones del sentido pueden existir no sólo en forma consciente, sino también, en forma inconsciente. De aquí se deduce la siguiente diferencia importante: las formaciones del sentido no se someten al control voluntario

¹ Leontiev: *ob. cit.*, p. 221.

inmediato y, frecuentemente, tampoco a las influencias verbales; por eso se hace necesario diferenciar los métodos de enseñanza y de educación.

Si en la enseñanza el objeto son los significados y los métodos adecuados son las lecciones, los libros, las instrucciones, etcétera; en la educación el objeto es la formación del sentido y el desarrollo de métodos adecuados y especiales de educación. La personalidad no es algo dado, la personalidad se educa, se dirige por su desarrollo interno, ocupando su posición de forma activa.

Así, las formaciones del sentido se engendran en complejas interacciones de actividades, teniendo en cuenta como regla las relaciones de lo menor hacia lo mayor, de los actos de conducta menos generales hacia los más generales en el contexto de la vida. Aclaremos lo dicho con un ejemplo. ¿Para qué asistir a las clases en el preuniversitario, para qué esforzarse en alcanzar la educación superior?

Para responder a estas cuestiones se decidió establecer las *tareas del sentido* (expresión de A. N. Leontiev), siendo necesario la relación de la actividad correspondiente, con la actividad más amplia, más general, y esta relación será más compleja e individual mientras más nos elevemos en la jerarquía del sentido.

Digamos, el sentido de asistir a las conferencias es evidente para la mayoría, como requisito para terminar el instituto; pero es más difícil responder a la pregunta, ¿para qué es necesario terminar el instituto? La respuesta a esta pregunta puede ser muy variada: para tener una educación superior, para poder estudiar una profesión interesante, por intereses materiales, por prestigio personal, etcétera.

Aún es más difícil responder a la pregunta ¿para qué vivir? Aquí es necesario relacionar nuestra vida con un contexto más amplio y general que no termina con nuestra eliminación física (los niños, la felicidad de las futuras generaciones, el progreso de la ciencia, etcétera).

No está de más reafirmar que el asunto no está en relación con las respuestas verbales, sino con las respuestas internas efectivas, las que se dan como resultado de la solución de complejas *tareas del sentido*. Sin este trabajo, las formaciones del sentido pueden fijarse y funcionar de forma inconsciente teniendo en cuenta que mientras más elevada es la jerarquía de las formaciones del sentido más difícil es el trabajo para su concientización.

Cuando ya las tareas del sentido están todas resueltas y se trata de la concientización de formaciones del sentido más general, es oportuno hablar sobre los valores de la personalidad.

Los valores son los sentidos generales adoptados y concientizados por el hombre. Un valor verdadero siempre debe estar condicionado

por una *reserva de oro* de su sentido correspondiente, en caso contrario el valor se devalúa hasta el nivel de la simple declaración, haciéndose artificial, y enmascara otras tendencias (los psicólogos clínicos, por ejemplo, conocen bien que, frecuentemente, las calurosas manifestaciones de amor hacia los demás de las personas que presentan sintomatología histeroide, en realidad son expresión de egoísmo y narcisismo).

¿Cuáles son las principales funciones específicas de las formaciones del sentido? En el presente trabajo, fundamentaremos brevemente sólo dos de estas funciones.

En primer lugar, tenemos la formación de modelos de un cuadro del futuro, de aquella perspectiva del desarrollo que no parte de la situación cotidiana. No casualmente Muller fundamenta el sentido como *modelo naciente*; Benet como *acto naciente*, es decir, como el modelo que aún no existe pero que está en evolución, en potencia; que no se ha desarrollado, pero presupone un desarrollo.

Si nos limitamos a concebir los motivos como objeto de las necesidades, más o menos representados por contenidos objetales y los objetivos como planes previamente elaborados de las acciones, representados mentalmente por los resultados de las acciones en general, no sería comprensible cómo el hombre está capacitado para superar situaciones complejas, que lo conducen hacia la constante salida de las fronteras establecidas por sus orientaciones conscientes habituales, que lo llevan a un futuro que el mismo no puede describir y calcular de forma precisa hoy.

Mientras, este futuro es un importante eslabón mediatizador del movimiento de la personalidad, sin el cual no es posible explicar la marcha real del desarrollo del hombre, ni sus interminables posibilidades potenciales; en este sentido estamos de acuerdo con V. V. Davidov, quien escribe que la elaboración de lo posible, de lo futuro, es un momento que no puede ser descrito ni por tanto explicado, por los métodos de las ciencias naturales.

Las formaciones del sentido son, en nuestro criterio, el intermedio actual del futuro, por cuanto los sistemas integrales de formaciones del sentido proporcionan, no los motivos concretos de sí mismos, sino un conjunto de relaciones entre ellos; es decir, precisamente aquel plan inicial, aquel cuadro del futuro, que debe ser previo a su real concreción.

Otra importante función de las formaciones del sentido consiste en lo siguiente: cualquier actividad puede ser valorada y regularse por dos vías; por una parte, por la búsqueda del éxito en la obtención de unos u otros objetivos y de otra parte, por su valoración moral. La última no puede ser producida del *interior* de la misma actividad en curso, par-

tiendo sólo de los motivos y necesidades actuales existentes. La valoración moral necesariamente implica otra base particular, relativamente independiente, un plan psicológico que no esté determinado por la marcha inmediata de los acontecimientos. Esta base se convierte, para cada persona, en formaciones del sentido generales, en particular en la forma de la concientización de sus valores personales, por cuanto ellos no proporcionan por sí mismos motivos concretos y fines, sino un conjunto de relaciones entre ellos, los principios generales y sus relaciones. Así, por ejemplo, la honestidad como una formación del sentido, no es un motivo concreto, no es un conjunto de motivos, sino determinado principio de interacción de motivos, fines y medios de la vida en curso, principio, que en una u otra forma se realiza en cada nueva situación concreta.

Sólo por estos principios, que cada persona madura tiene en una u otra forma y grado de concientización, se manifiestan las posibilidades de valorar y regular la actividad no por su parte programática, del éxito o el fracaso, o del nivel de cumplimiento de los resultados alcanzados, sino por su aspecto moral del sentido; es decir, por su parte de coincidencia con estos principios que realmente complican en la actividad presente la relación entre motivos y fines, fines y medios de su adquisición, por la forma en que se concretizan en esta actividad los principios generales de interacción de lo principal y lo secundario, lo diario y lo futuro.

De forma general podemos decir, que lo específico para esta forma de regulación es lo siguiente: si en un plano riguroso, de consecuente orientación hacia los objetivos estos dictan la utilización de los medios correspondientes, en esencia todos los medios son buenos si conducen al éxito; pero en el plano de la moral lo más importante no son los fines elegidos para el éxito. Si en el primer caso los fines justificaban los medios, en el segundo, los medios pueden justificar o desacreditar los fines.

Se trata del nivel de la existencia social humana donde las personas actúan de forma diferente fuera de sus roles sociales, son diferentes en sus posibilidades de desarrollo moral, en las reglas hacia sí, relacionadas con los principios morales, etcétera.

Es necesario hablar detalladamente sobre la significación del estudio de esta parte del desarrollo del hombre; podemos decir que en el tránsito hacia el estudio de este aspecto, la psicología se mantiene en el nivel de las investigaciones diferenciales, de la verificación de las diferencias individuales y no puede penetrar en el nivel superior de reflejo psíquico donde se eliminan estas diferencias, siendo el hombre similar internamente a los otros hombres, transformándose no en algo aislado sino general.

Si examinamos al hombre sólo como individualidad, las personas pueden realmente representarse como distintos mundos infinitos que son cada vez más particulares e irrepetibles en la medida en que ocurre el desarrollo.

A través del desarrollo del área moral de la personalidad, por el contrario, ocurre una unidad real de las personas, orientándose hacia lo que según Leontiev no siempre es evidente para el individuo en su realidad humana, la cual no aísla al individuo sino que integra su vida a la vida de los demás individuos.

Hemos examinado de forma breve y esquemática dos nuevos conceptos, el de *tendencia orientadora de la personalidad* y el de *formación del sentido de la personalidad*. El primer concepto es producto de la continuación y el desarrollo de las investigaciones teóricas y experimentales realizadas en la escuela de la conocida psicóloga soviética L. I. Bozhovich, especialista en el área de la psicología infantil y pedagógica. El otro concepto es producto del desarrollo de la teoría del destacado psicólogo soviético, académico A. N. Leontiev.

¿Cómo podemos comparar estos dos enfoques y qué conclusiones principales podemos extraer de esta comparación?

Ante todo queremos expresar lo siguiente: aunque entre las concepciones de L. I. Bozhovich y A. N. Leontiev existen conocidos desacuerdos que han conducido hasta la discusión científica (por ejemplo, la cuestión del papel de las necesidades y del papel de la actividad objetiva), sin embargo, ambas concepciones examinan el desarrollo a través de una misma línea teórica, que es la línea de L. S. Vigotski desarrollada posteriormente en los trabajos de sus discípulos y seguidores, entre quienes se encuentran, A. N. Leontiev y L. I. Bozhovich.

Esta línea en la psicología se ha mantenido durante muchos años como la línea esencial del desarrollo de la psicología marxista, adquiriendo su expresión más terminada en la teoría de la actividad. A. N. Leontiev fue y continúa siendo hasta el momento el más destacado representante de esta teoría; de sus trabajos sobre los problemas de la memoria, la atención, la psicología infantil y la personalidad, se extrae un relevante aporte a la teoría de la actividad, convirtiéndose en trabajos clásicos de la psicología soviética.

Al mismo tiempo, sería completamente erróneo identificar las concepciones de A. N. Leontiev y la teoría de la actividad en general, como frecuentemente se observa en algunos psicólogos. En la línea de L. S. Vigotski, distintos aspectos de la teoría de la actividad recibieron un fructífero desarrollo en los trabajos de otros destacados psicólogos soviéticos, entre quienes se encuentran en primer lugar A. R. Luria, A. V. Zaporozhnetz, B. V. Zeigornik y muchos otros. Entre ellos también debemos destacar a L. I. Bozhovich, quien comenzó sus investiga-

ciones bajo la dirección de A. N. Leontiev y posteriormente creó su propia escuela, realizando un elevado aporte a la psicología del desarrollo de la personalidad.

Nosotros creemos que comparando las distintas concepciones de los psicólogos soviéticos, es necesario no ver solamente las discrepancias surgidas entre ellos, sino ver principalmente lo general que une estas concepciones. Consideramos que estamos en un momento de integración de muchos temas y puntos de vista que hasta el momento se han desarrollado desde posiciones diferentes.

Hasta aquí, cada investigador, cada grupo investigativo se ocupa frecuentemente de un aspecto aislado establecido, elaborando una determinada categoría o concepto. Esta actitud fue justificada cuando las investigaciones de la personalidad desde las posiciones marxistas comenzaban. Sin embargo, en la actualidad, cuando ya existen una serie de hechos y posiciones que toman fuerza por la comparación de distintas concepciones, posibilitando la creación de una teoría integral de la personalidad, ya las discrepancias que conducen al trabajo aislado comienzan a perder sentido.

En el momento actual existe una situación paradójica en la psicología soviética; en las investigaciones de la mayoría de los psicólogos soviéticos es posible ver una detallada comparación crítica con los datos de los autores occidentales, sin embargo no existe, o aparece demasiado poco, la comparación y confrontación entre las distintas concepciones y términos elaborados en la psicología soviética y en otros países socialistas. Esto, explica en gran parte que hasta ahora no haya surgido una teoría psicológica marxista única de la personalidad.

Partiendo de estas premisas generales, fue emprendido nuestro trabajo actual. El concepto de *tendencia orientadora de la personalidad* y el de *formación del sentido de la personalidad* tienen, como ya vimos, una raíz genética común que son las ideas generales de L. S. Vigotski. No es casual, por eso, que en uno y otros enfoques se parta del concepto de motivo, de esfera motivacional, es decir, del concepto más elaborado por las ideas relacionadas con la línea de L. S. Vigotski.

Esto hace que la categoría de tendencia orientadora de la personalidad y la de formación del sentido, se complementen plenamente entre sí en su integración en una teoría única.

A su vez, estos dos conceptos no coinciden, sino que determinan distintos aspectos de la teoría de la personalidad.

El objeto de estudio de la tendencia orientadora de la personalidad es el análisis del nivel superior de la motivación, de aquel núcleo consciente de la personalidad que determina sus objetivos, sus intenciones conscientes esenciales y sus perspectivas. Las formaciones del sentido

acentúan su atención, no en los motivos por sí mismos, sino en sus relaciones. Además, no se trata sólo de los motivos superiores y conscientes, sino de las interacciones entre los motivos de distintos niveles y grados de concientización. Las formaciones del sentido sobre las cuales hablamos arriba, pueden ser inconscientes, mientras que la tendencia orientadora como regla se determina por las intenciones conscientes. Además, la tendencia orientadora y las formaciones del sentido son distintas por el volumen de lo que abarcan como categorías. Si la categoría de tendencia orientadora se orienta al nivel superior de la motivación y representa plenamente la personalidad del hombre en su conjunto, la línea principal de su desarrollo, las formaciones del sentido pueden surgir como fenómenos situacionales en la marcha del desarrollo de la personalidad o como reflejo de las relaciones multilaterales del hombre con el mundo.

Si bien la tendencia orientadora es una macrounidad de análisis de la personalidad, las formaciones del sentido representan una microunidad.

Las formaciones del sentido en forma concientizada, que nosotros denominamos valores superiores de la personalidad, constituyen una excepción. Aquí estamos tratando sobre el núcleo afectivo consciente de la personalidad, que condiciona las intenciones formadoras del sentido para el sujeto. Esto, en nuestro análisis, es el punto de contacto de los dos conceptos, o sea, hablando sobre este núcleo de la personalidad, nosotros por eso, en otros términos y bajo otros ángulos, hablamos sobre la tendencia orientadora de la personalidad.

Así, los dos nuevos conceptos son totalmente complementarios, más aún, ellos se compenetran mutuamente, permitiendo de una forma más completa representarse la compleja estructura de la personalidad humana. El análisis desarrollado por nosotros demuestra la necesidad de la integración e interacción de los conceptos esenciales elaborados en la psicología marxista. Este, es uno de los caminos más importantes para la construcción de una psicología marxista integral de la personalidad.

Como conclusión trataremos, en forma breve, de otra cuestión aguda y actual de la psicología de la personalidad, que también se relaciona estrechamente con lo planteado en este trabajo; se trata de la relación entre la teoría y la práctica.

En los últimos tiempos se oye hablar con frecuencia sobre el agudo déficit de las técnicas experimentales para el estudio de la personalidad, construidas sobre los principios de la psicología marxista. Como producto de esto, algunos psicólogos se orientan hacia las metódicas occidentales y los tests, aplicándolos de forma activa en su trabajo. Ante

esto, ellos explican que utilizan sólo las metódicas, pero no las diferencian de las concepciones teóricas generales de sus autores.

Esta posición no nos parece completamente verdadera y consecuente. Cada técnica surge no por sí misma, sino como un medio de determinadas concepciones generales de sus autores y por ello, son inseparables de estas concepciones.

No hay, y no pueden haber, técnicas puras de personalidad que puedan ser tomadas sin ninguna relación con la teoría en que se engendran. Incluso cuando el mismo autor postula el completo carácter empírico de su técnica, su absoluta emancipación de cualquier tipo de concepción teórica, siempre es posible ver y sentir aquellas bases teóricas sobre las cuales consciente o inconscientemente se fundamenta el investigador. Por eso, la adopción directa de los tests occidentales, puede, en el mejor de los casos, examinarse como una medida temporal, que no disminuye la necesidad de crear métodos de investigación elaborados sobre los principios de la psicología marxista.

En el camino de la creación de estas técnicas por los psicólogos es necesario, desde nuestro punto de vista, separarse de algunos prejuicios e ilusiones.

Nosotros planteamos con anterioridad algo sobre la "ilusión" de que es posible desarrollar una psicología particular adoptando las técnicas surgidas en las escuelas teóricas no marxistas.

Otra "ilusión" de muchos psicólogos consiste en que, necesitando de las metódicas de estudio de la personalidad, ellos no diferencian sus orientaciones internas, pretendiendo estudiar la personalidad integralmente. Sin embargo, no es posible concebir los métodos para el estudio de la personalidad en su totalidad. En un sentido riguroso no existen tampoco técnicas de investigación de la memoria, del pensamiento o de la percepción en general, existiendo técnicas de investigación de la memoria verbal, de la directa, de la mediata, etcétera.

Lo anterior es mucho más complejo al investigar la personalidad en su integridad; desde el mismo comienzo es necesario plantearse un objetivo preciso de investigación, determinar nuestras categorías de partida, determinar de forma precisa qué es lo que queremos investigar de la personalidad y cómo lo vamos a investigar, mediante qué medios.

Otro prejuicio consiste en que en la percepción de los psicólogos con frecuencia no se diferencian, identificándose, el material sobre el cual se elabora la técnica o el test y el método de su interpretación. Rechazando el modo de interpretación, nosotros podemos utilizar el material que nos brinda la técnica, partiendo de nuestras premisas teóricas. Por ejemplo, la comparación de conceptos se utiliza en el test, y en la técnica psicopatológica especial elaborada por la conocida patopsi-

cóloga soviética B. V. Zeigarnik. Sin embargo, los modos de interpretación son completamente diferentes; en el primer caso lo más importante es la valoración cuantitativa y, en el segundo, la cualitativa. En el primer caso el autor parte de la concepción de un coeficiente intelectual estable; en el segundo, de la representación sobre el desarrollo de lo psíquico, etcétera. Como resultado, tenemos frente a nosotros técnicas por completo distintas, aunque construidas sobre el mismo material.

Teniendo en cuenta estos señalamientos, opinamos que la superación de los llamados prejuicios es posible con la preparación de nuevas técnicas de investigación de la personalidad. En lo que se refiere a las concepciones desarrolladas en el presente trabajo, de la tendencia orientadora y las formaciones del sentido, la elaboración de estas concepciones conduce hacia la construcción de nuevos procedimientos experimentales de investigación y también a nuevos modos de interpretación de los hechos experimentales.

En las investigaciones sobre las formaciones del sentido fueron elaboradas técnicas para el estudio de las mismas en niños (E. V. Zubotski, 1976), los métodos de análisis de las ustanovskas del sentido (A. G. Asmolv, 1979), los métodos de análisis de las formaciones del sentido patológicas (B. S. Bratus, 1976) y otros.

En los últimos tiempos se desarrolla un interesante trabajo en la interpretación de algunas técnicas (T.A.T., composiciones y otras), desde las posiciones de la tendencia orientadora de la personalidad.

Es conocido, por ejemplo, que la técnica del T.A.T. se relaciona con los métodos proyectivos de investigación de la personalidad y fue elaborada por el psicólogo norteamericano Murray, quien en sus interpretaciones se apoyó en enfoques teóricos distantes para nosotros. ¿Significa esto, sin embargo, que nosotros debemos rechazar completamente los métodos proyectivos como inútiles para los psicólogos marxistas?

Creemos que no. Es necesario como ya planteamos, diferenciar el material sobre el cual se construye una técnica del modo de su interpretación. Eliminando la interpretación teórica ajena a nosotros, podemos explotar completamente el material que nos brinda la técnica por el principio general de su construcción.

Por ejemplo, en la base de todas las técnicas proyectivas se encuentra el siguiente principio general: la percepción del hombre no es un reflejo fijo de las cosas; por su naturaleza, este reflejo es profundamente afectivo.

Acorde con este axioma, utilizando el material del T.A.T. nosotros podemos elaborar su interpretación y utilizar estos datos concretos para el descubrimiento de interesantes cuestiones. Esta tentativa de acercarse

al análisis del material del T.A.T. con una nueva concepción, fue realizada recientemente desde las posiciones de la tendencia orientadora de la personalidad. Fueron creadas un conjunto de categorías especiales de interpretación (tendencia orientada al futuro, al pasado, tendencia a la superación de las dificultades, etcétera), cuya aplicación ha dado resultados interesantes.

La última cuestión que queremos abordar en nuestro trabajo, es la de la aplicación práctica de las investigaciones psicológicas de la personalidad.

Una concepción completa y terminada de la personalidad debe incluir en sí misma, tres aspectos estrechamente relacionados entre sí: el aspecto teórico o de la psicología general, el aspecto experimental o el área de la psicología experimental de la personalidad, y el aspecto práctico o campo de la psicología práctica de la personalidad.

Por ejemplo, en el importante campo de la educación de los niños, los psicólogos frecuentemente se limitan a las recomendaciones generales que pueden ayudar al pedagogo en su trabajo diario. Como resultado, entre la psicología y la práctica de la educación se forma un gran abismo que en diferente medida se manifiesta en el desarrollo de la psicología y en el de la pedagogía.

Por supuesto, no podemos suponer, que una vez que el hombre domina la psicología se convierte directamente en un perfecto educador, que conduce fácil y libremente por la conciencia a sus educandos.

El campo de la educación, de la pedagogía, es un campo particular que exige sus conocimientos y habilidades específicas; sin embargo, ninguna educación práctica efectiva es posible sin el conocimiento de la psicología científica, de las leyes generales de la estructura interior de la personalidad. En caso contrario, el educador cae en la posición del cirujano que se dispone a realizar una compleja operación, no conociendo la anatomía y la estructura interna del órgano operado.

Pensamos que el desarrollo de una psicología aplicada de la personalidad puede ser exitoso sólo si se relaciona estrechamente con la utilización de los logros de los campos de la psicología general y de la personalidad, nombrados arriba, así como con los logros de la psicología experimental de la personalidad.

Ya hablamos sobre la relación de la teoría y el método, de que el método experimental no surge por sí mismo, sino que es el producto de determinadas premisas teóricas y a su vez, en su momento, los datos del experimento constantemente inciden sobre el desarrollo y el cambio de las concepciones teóricas. Podemos afirmar que el experimento es la práctica de la teoría.

Sin embargo, junto con esta *práctica científica natural* existe la práctica de la vida real, con todas sus contradicciones, complejidades y cambios. ¿Cómo es posible echar por la borda la relación de la práctica experimental con la práctica real y amplia de la vida?

Desde nuestro punto de vista esto es posible hacerlo mediante una nueva forma de experimento en el campo de la psicología de la personalidad, que es el experimento formativo.

Hasta el momento el experimento formativo se ha aplicado sólo en el campo de la asimilación y formación de conceptos, hábitos y representaciones, es decir, de aquello que preferentemente constituye el campo de las significaciones. Estos experimentos, como es conocido, se apoyan en la teoría del destacado psicólogo soviético P. Ya. Galperin, que es la teoría de la formación de acciones mentales por etapas.

En el campo de la personalidad, en el campo de los sentidos (y no de los significados) el experimento formativo hasta hace muy poco tiempo no había sido aplicado; sin embargo, pensamos que el desarrollo de este tipo de experimento en este campo debe convertirse en el *soporte*, en la *base* que integre la psicología científica con la práctica de la educación. La cuestión es que el experimento formativo está orientado, no a la comprobación de unas u otras características psicológicas, como la mayoría de los experimentos habituales, sino a la formación directa de cualidades necesarias para nosotros.

Otra importante diferencia del experimento formativo con el tradicional, es la siguiente: en la educación real cada caso es único y el educador que alcanza el éxito en un caso, frecuentemente, no conoce si puede o no por esos mismos medios alcanzar el éxito en otro caso semejante. Los mismos medios de la educación se eligen a menudo de forma intuitiva y los educadores, apoyados en algunos de ellos, no pueden dar una respuesta precisa a los problemas que enfrentan.

En el experimento formativo existe una base única para los distintos casos individuales, los medios utilizados no se eligen intuitivamente sino en dependencia de un análisis científico y de determinadas pruebas experimentales aplicadas. De esta forma, todos los medios empleados en el experimento formativo pueden ser dados a cualquier educador, quien podrá, en caso de una utilización correcta y precisa de los mismos, obtener resultados planificados con anticipación.

Las primeras tentativas, las primeras pruebas para la creación del experimento formativo en el campo de la personalidad, han dado interesantes resultados. Así, partiendo del concepto de tendencia orientadora fue elaborado un experimento formativo en la marcha del cual se transformaron y profundizaron las representaciones morales de los

escolares en cuanto a sus ideales morales. (Eneyda Reyes bajo la dirección de F. González, 1980.)

Muy interesante fue el trabajo realizado recientemente por Mónica Sorín. En él fue preparado y llevado a efecto un largo experimento formativo, orientado al desarrollo y la formación de importantes cualidades de la personalidad en niños, como humanismo, patriotismo o internacionalismo. También en esta dirección ha investigado María Febles.

Podemos mencionar además, el trabajo de Gloria Martínez, en el cual se hace una tentativa de desarrollar el experimento formativo en el campo de la personalidad utilizando algunas elaboraciones teóricas de P.Ya. Galperin y sus seguidores.

Todo esto constituye, sin embargo, los primeros pasos, las primeras pruebas del experimento formativo en el campo de la personalidad. En este sentido y en muchos otros, quedan por resolver aún muchas tareas relacionadas con la elaboración de una psicología marxista integral de la personalidad. Para la solución exitosa de todas estas tareas es muy importante la estrecha colaboración de los psicólogos de los países socialistas y dentro de esta, la colaboración de nuestros dos hermanos países, la República de Cuba y la Unión Soviética.

LAS TENDENCIAS ORIENTADORAS DE LA PERSONALIDAD Y LOS PROYECTOS DE VIDA FUTURA DEL INDIVIDUO. SU IMPORTANCIA EN LA SOCIEDAD SOCIALISTA

O. D'Angelo Hernández

En la psicología de la personalidad ha tomado cada vez más fuerza la idea, apoyada con los resultados de las investigaciones concretas, de que en lo fundamental, la actividad del individuo se encuentra dirigida hacia el futuro;¹ sus metas y objetivos abarcan tanto su vida actual como futura, pero toda su actividad adquiere un sentido definido porque va dirigida al logro de las metas centrales de su vida, aquellas ubicadas en una perspectiva temporal más o menos distante y que el propio individuo considera como las cuestiones más importantes a realizar en su vida. Cuando esta dimensión de futuro no se estructura adecuadamente en el individuo o su realización es obstaculizada por factores internos o externos, la organización y el ajuste social de la personalidad pueden sufrir consecuencias negativas.

En oposición a las corrientes mecanicistas, en las que predomina una concepción homeostática, ya sea de tipo hedonista o cognitivista, que en definitiva propugna un enfoque adaptativo de la actividad del hombre, las corrientes que defienden la idea de que, con preponderancia, la actividad del hombre es transformadora y creativa, brindan una visión más constructiva y real de la personalidad.²

Sin embargo, sólo en la psicología marxista, que interpreta la esencia real del hombre a partir del conjunto de las relaciones sociales, esta concepción del carácter activo de la personalidad brinda un marco positivo de análisis del desarrollo de los individuos. De esta forma, las motivaciones más importantes, que constituyen las orientaciones de la personalidad, así como los proyectos de vida futura en los que aquellas toman cuerpo, se hallan impregnados de un contenido social determinado y pueden ser realizables o no en la actividad del individuo, en dependencia del carácter del sistema social y de la posición que ocupa el individuo en el conjunto de las relaciones de clases y grupales, en esa sociedad.

¹ Bozhovich: *La personalidad y su formación en la edad infantil*, p. 251;
Obujovski: "Crucial problems in personality theories", en *Dialectics and Humanism*, vol. II, no. 1, 1975.

² A. González: La categoría necesidad en los modelos conceptuales de la personalidad.

Nuestro trabajo va dirigido a mostrar algunas de las relaciones funcionales de las orientaciones de la personalidad, como formaciones psicológicas de nivel superior, en particular, con los proyectos de vida del individuo, que constituyen los modelos ideales de su actividad futura; asimismo se propone analizar algunas de las consecuencias sociales que pueden manifestarse a partir de ciertos desajustes en la formación de los mecanismos psicológicos reguladores de estas orientaciones. Resulta necesario además, hacer referencia primero a determinadas cuestiones que se encuentran en discusión sobre el carácter de las orientaciones de la personalidad, por cuanto afectan directamente los aspectos que consideramos en nuestro trabajo.

1. Variabilidad y estabilidad de las orientaciones de la personalidad

L.I. Bozhovich¹ ha definido la orientación de la personalidad como la consecuencia del surgimiento, en el individuo, de motivos dominantes, suficientemente estables, que determinan la estructura jerárquica de su esfera de motivaciones.

Según ella, los motivos dominantes que tienen un carácter de estabilidad desempeñan en el individuo un papel determinante.

En esta definición se enfatiza, como vemos, el carácter estable que adquieren los motivos que pasan a ocupar el lugar jerárquico superior de la esfera de motivaciones; asimismo sería este carácter estable el que diferenciaría la orientación de la personalidad de la orientación situacional de la conducta.

La orientación situacional, en efecto, estaría determinada por la acción de un motivo concreto en una situación o condición muy específica y transitoria. Así, se considera que esta situación se expresa en una situación concreta en la que no han sido satisfechas ciertas necesidades vitales importantes y en la cual el individuo orienta todos sus actos hacia la búsqueda de las formas de su satisfacción; por ejemplo, un individuo hambriento tratará a toda costa de propiciarse alimento, pero una vez satisfecha esa necesidad, la orientación de su conducta cambiará.

La importancia de esta distinción entre una orientación situacional de este tipo y otras orientaciones más estables es obvia; en efecto, según Bozhovich,¹ estas últimas expresan la constancia de la conducta, la actitud del individuo hacia el mundo circundante y hacia sí mismo

¹ Bozhovich: *Estudio de las motivaciones de la conducta de los niños y adolescentes*, pp. 9 y 49.

² *Ibidem*, p. 9.

y, en definitiva, en esto se fundamentaría la formación de una personalidad estable, capaz de hacer frente a las influencias situacionales casuales.

Por supuesto, que esta última es una de las tareas básicas de la formación de la personalidad; sin embargo, Bozhovich y sus colaboradores, al interpretar la orientación de la personalidad y delimitarla de la orientación situacional, no advierten que esta última, tal como ellos la definen, es un caso extremo para condiciones muy específicas de conducta (de privación de una necesidad, condiciones de vida extremas, etcétera) y con ello eliminan el papel de la situación concreta en que puede expresarse cualquiera de las orientaciones de la personalidad.

P.M. Yakobson¹ ha planteado, en efecto, que la afirmación de que la orientación de la personalidad se determina a través de sus motivos dominantes no es, ni mucho menos, indiscutible; él considera que es necesario comprender qué motivos o grupos de motivos, y en qué caso son dominantes.

La dificultad en aquellos autores consiste en la comprensión del concepto de situación no sólo en el sentido que este adquiere en la investigación empírica, en su definición metodológica, sino también en una insuficiencia de carácter teórico.

Respecto al primer aspecto, Yakobson ha señalado que cuando, por ejemplo, un alumno sujeto a prueba está dispuesto en general a hacer todo lo necesario para la colectividad, pero no para un grupo concreto, los autores antes mencionados deducen que el alumno no está orientado socialmente cuando, en realidad, lo que ocurre es que no está orientado sólo en la situación concreta dada.

También F. González² ha encontrado evidencias en sus investigaciones de comportamiento social o colectivista en determinadas situaciones, mientras que en otras, los mismos sujetos han mostrado una tendencia individualista.

La consideración de la insuficiencia teórica del carácter de la situación, por otra parte, no lleva necesariamente a la conclusión de que no existan motivos dominantes, sino más bien, como expresa F. González, parece ser que en la jerarquía de motivación pueden existir algunos tipos de motivos en calidad de rectores, aunque algunos de ellos pueden tener más fuerza que otros, en sentido general o ante determinadas situaciones.

¹ Yakobson: "Los psicólogos soviéticos y la orientación de la personalidad", en *Problemas psicológicos de la motivación de la conducta del hombre*.

² F. González: *La motivación humana como proceso psíquico superior*.

Incluso Yakobson se pregunta si no se podría hablar de una orientación temporal de la personalidad, como la que surge, por ejemplo, de un intenso sentimiento amoroso, al que se subordina el régimen de vida y los planes de determinada persona. Así, se explicaría que la orientación de la personalidad expresa la tendencia de la conducta en diferentes circunstancias de la vida, en situaciones más o menos importantes.

Bozhovich¹ tiende a considerar que, en el proceso de formación de las orientaciones de la personalidad, poco a poco se establecen en el niño motivos dominantes que subordinan a sí a todos los otros motivos. Para ella esta dimensión fundamental es la orientación colectivista o la individualista.

En este sentido, Yakobson se cuestiona que la orientación de la personalidad presente obligatoriamente el carácter de una idea única, o sea, expresada en una sola dirección, por el contrario, cabe la posibilidad de que en muchos individuos no toda su conducta se subordine a esa idea o motivación única, sino que su orientación general de la personalidad se exprese en muchas direcciones, por ejemplo, respecto a la técnica, a los niños, a los acontecimientos sociales, etcétera.

Si bien Bozhovich² también considera que la estructura compleja de la esfera motivacional del hombre es polifacética y que puede hablarse de motivos dominantes que dan la dirección a la personalidad en las distintas esferas de su vida y su actividad (por ejemplo, intereses dominantes en la esfera de la ciencia, el arte, la profesión o las relaciones con las personas que lo rodean), sin embargo, considera que lo fundamental para la caracterización de la dirección de la personalidad es el aspecto moral considerado desde el punto de vista de la actitud del hombre hacia sí mismo y hacia la sociedad.

A nuestro juicio, se puede estar de acuerdo en la importancia de esta dimensión de la orientación de la personalidad que matiza la expresión de toda la actividad y relaciones del individuo; no obstante, reducir toda la orientación de la personalidad a esta característica parece ser una posición extrema, algo unilateral.

Por eso, F. González³ ha convenido en introducir el concepto de *tendencia orientadora de la personalidad* el cual no representa la jerarquía absoluta de un tipo determinado de motivos como la orienta-

¹ Bozhovich: *Estudio de las motivaciones de la conducta de los niños y adolescentes*, p. 222.

² *Ibidem*, p. 223.

³ F. González: *La motivación humana como proceso psíquico superior*.

ción de la personalidad, sino que expresa las direcciones principales hacia las cuales se orienta esta, que se refieren a la expresión consciente de una serie de motivos rectores que encarnan las aspiraciones principales del individuo. Este autor considera, en efecto, que la tendencia orientadora de la personalidad puede estar formada por motivos de muy diversos contenidos, como pueden ser los motivos morales, hacia la profesión, culturales, deportivos, hacia la familia, la amistad, la posesión de bienes, etcétera, todos los cuales pueden actuar como motivos dominantes en diferentes circunstancias o de manera estable.

Así, la cuestión básica en discusión parece remitir al hecho de que, en realidad, en el individuo pueden coexistir diferentes motivos dominantes, referentes a distintas esferas de la vida, algunos de los cuales se expresarían sólo en circunstancias determinadas, cuya acción puede tener una duración imprecisa en el tiempo.

Por otra parte, en nuestra opinión, concebida a la manera de Bozhovich, la orientación de la personalidad con carácter estable parecería sugerir que una vez conformada la jerarquía de motivos de la personalidad, no se producirían ulteriores transformaciones y cambios en esta; a partir de las definiciones fundamentales de sus motivaciones, en la adolescencia y juventud, la expresión de estos motivos estables y dominantes dirigiría la conducta siempre en la misma dirección bien definida.¹

Sin embargo, esto contradice los hechos de la vida real o impide su comprensión, por lo menos en dos sentidos: por un lado, si un individuo alcanza un alto grado de integración y estructuración de sus motivaciones en un período determinado de su vida, de esta concepción no se deduce que estas mismas motivaciones puedan transformarse, esto es, puedan enriquecerse, profundizarse o empobrecerse en dependencia de muchos factores internos y externos. Por otro lado, estas mismas motivaciones estables pueden, en el curso de la vida, sufrir bruscas transformaciones, sustituirse por otras, etcétera; un ejemplo del primer caso lo tenemos en el individuo que teniendo un interés cultural determinado, lo amplía sucesivamente a diferentes manifestaciones de la esfera cultural; un ejemplo del segundo tipo lo encontramos en la toma de conciencia de clase de algún individuo anteriormente influido por valores tradicionales.

Es decir, la discusión acerca de la variabilidad o estabilidad de las orientaciones de la personalidad nos lleva a la discusión de su papel en la dinámica de la vida real de la personalidad.

¹ Bozhovich: *Estudio de las motivaciones de la conducta de los niños y adolescentes*, pp. 49 y 53.

A la vez, si no se reducen a la oposición colectivismo-individualismo, por muy importantes que estas orientaciones puedan ser y, en cambio, se abren a su expresión en todas las esferas de la vida, la estructura de las orientaciones de la personalidad deviene mucho más compleja y rica.

Para Yakobson,¹ estas orientaciones de la personalidad, que se revelan en los intereses, fines y aspiraciones del individuo y en su actitud hacia los fenómenos esenciales de la vida social y personal, pueden ser diferentes tipos de orientación que, según él, unas veces se superponen y otras se manifiestan en distintos planos.

2. Estructura interna de las tendencias orientadoras de la personalidad

Las afirmaciones anteriores que destacan, de un lado, la transformación relativa de las orientaciones de la personalidad en el curso de la vida y de otro, su expresión múltiple en dependencia de ciertos tipos de circunstancias significativas para el individuo, no contradicen el hecho de que el individuo pueda tener orientaciones más o menos definidas que formen parte de su tendencia orientadora de la personalidad, guiando la conducta hacia metas generales más o menos precisas, pero, a nuestro juicio, se necesita fundamentar una determinada concepción del desarrollo y la dinámica de la personalidad que permita comprender estas orientaciones en su carácter esencial: la permanencia dentro del cambio sucesivo. En este sentido, se requiere fundamentar las características contradictorias del desarrollo, por lo menos en un doble nivel, referido a:

- a) el carácter funcional de la estructura de la orientación de la personalidad, y
- b) las implicaciones funcionales ya reales de las diferencias de contenido de estas orientaciones.

Si bien en este trabajo no podemos extendernos lo suficiente en ambas direcciones, sí podemos intentar mostrar su complejidad e importancia.

a) Características funcionales de la estructura de la tendencia orientadora de la personalidad

Las orientaciones de la personalidad están constituidas por un complejo sistema de necesidades que se integran, fusionándose, subordinándose, etcétera, entre sí, en una dirección definida, conferida por la característica de cada tipo de orientación. A este nivel se trata, sobre

¹ Yakobson: *ob. cit.*

todo, de necesidades mediatizadas por la conciencia; en rigor, no son las necesidades inmediatas sino "nuevas formaciones funcionales, especie de unidad indisoluble de la necesidad y la conciencia, del afecto y el intelecto".¹

Estas se organizan, como señala Bozhovich, en determinados proyectos o planes de acción que J. Nuttin² ha definido como determinadas estructuras medio-fin que incluyen una serie de metas subordinadas como expresión de la necesidad elaborada cognitivamente.

La estructura de la esfera de motivaciones en su forma más desarrollada presupone la existencia en el individuo de determinados valores sociales, éticos, estéticos, intereses profesionales, etcétera, que forman sus necesidades conscientes fundamentales y que se integran en diferentes orientaciones de su personalidad.

De una parte, la necesidad específicamente humana, característica del individuo desarrollado, le confiere cierta flexibilidad al proceso de adopción de fines:

Como señala Bozhovich "una misma necesidad puede encontrar su encarnación en distintos objetivos (...) en un mismo objetivo pueden representarse las más diversas necesidades, unas veces unidas entre sí, otras totalmente contradictorias", y en este sentido, "los objetivos exteriores pueden estimular la actividad del individuo únicamente porque responden a una necesidad que él ya tiene o son capaces de actualizar aquella que ya había satisfecho en su experiencia anterior".³

En virtud de la experiencia anterior de la vida del individuo, el proceso de adopción de fines aparece, en realidad, espontáneamente en las primeras etapas y conscientemente dirigido en las etapas posteriores, como un proceso de búsqueda de los objetivos o fines que expresen las necesidades más importantes para el individuo.

De otra parte, esta característica direccional o selectiva de la necesidad analizada aisladamente, en realidad, se expresa como resultado del proceso complejo de integración de las necesidades en determinadas orientaciones de la personalidad, de donde se desprende que el proceso de elaboración y adopción de los objetivos vitales está determinado por estas formaciones psicológicas de nivel superior, que tienen un carácter integrador y organizador de la actividad del individuo.

¹ Bozhovich: *Estudio de las motivaciones de la conducta de los niños y adolescentes*, p. 48.

² J. Nuttin: "Psychologie des besoins fondamentaux et des projets d'avenir" en *Revue internationale de synthèse scientifique*, vol. C 11.

³ Bozhovich: *Estudio de las motivaciones de la conducta de los niños y adolescentes*, p. 35.

F. González¹ señala, que el individuo establece los objetivos esenciales de su vida, sus intenciones e ideales, sobre la base de su tendencia orientadora de la personalidad. En este sentido, como él plantea, la reflexión y reelaboración consciente de los contenidos de las necesidades por el sujeto es un elemento básico para determinar las necesidades que integran la tendencia orientadora de la personalidad.

Pero el propio proceso de establecimiento de estos objetivos o fines vitales es un proceso contradictorio, el absolutizar la característica de estabilidad de las orientaciones de la personalidad, como hace Bozhovich, puede llevarnos a una sobresimplificación o esquematización del proceso de la vida real de la personalidad.

Este proceso se caracteriza por su transformación constante; las condiciones sociales y materiales, las posibilidades de realización en una u otra vía son relativamente variables para los individuos; por eso la variabilidad, la transformación del sistema de necesidades constituye una condición imprescindible para el desarrollo de la personalidad, lo que no significa que determinados valores, relaciones sociales, etcétera, no puedan tener un carácter estable. De aquí que estabilidad y variabilidad sean características del sistema de necesidades, que se aplican a las orientaciones de la personalidad.

En las etapas de la adolescencia y la juventud, en las que, según Bozhovich² ya quedan definidas ciertas orientaciones de la personalidad, se forma la concepción del mundo del individuo sobre cuya base y teniendo en cuenta su cercana inserción en la vida laboral y en las responsabilidades sociales de la vida adulta, el individuo elabora un determinado esquema de ideas generales sobre el sentido de su vida; esta concepción del mundo, de sí y de su futuro es expresión del sistema de valores interiorizados y de los conocimientos asimilados tanto a través del sistema de educación como en su experiencia vital cotidiana³ y expresan, en la dirección de la perspectiva futura, la imagen ideal de lo que él aspira a ser; sin embargo, estos valores sociales de diversa índole tienden a expresarse, a realizarse en la propia actividad y en las relaciones del individuo con otras personas y con la sociedad.

Por esa característica, este modelo ideal que comprende los objetivos generales vitales del individuo, en el que se pone de manifiesto su

¹ F. González: El estudio de los ideales en la psicología. Significación de los ideales en la motivación humana.

² Bozhovich: *La personalidad y su formación en la edad infantil*, p. 222.

³ *Ibidem*, p. 278.

tendencia orientadora se completa con el modelo de las actividades, relaciones, etcétera, que él intenta desarrollar, a las que aspira como formas de realización del modelo de los objetivos vitales trazado; esto es, el individuo no sólo se propone un modelo de lo que quiere ser, sino que trata de alcanzarlo, de lograrlo y de darle forma concreta en su propia actividad y en sus relaciones con los otros. Así entendido, el proyecto vital refiere no sólo los objetivos, lo que el individuo quiere ser, sino también lo que él va a hacer en el futuro; sería conveniente distinguir, en este sentido, entre el plan de acciones como categoría más limitada, al conjunto de actividades instrumentales para lograr los fines y el proyecto de vida, en el que se expresan, además de los planes de acción, los fines más generales del individuo y el modelo de su actividad futura, representando en su conjunto lo que él va a ser y lo que él va a hacer en determinados momentos de su vida.

Esta diferenciación nos parece importante porque puede contribuir a precisar los distintos niveles de expresión del proyecto de vida en el que se concretan las orientaciones de la personalidad.

En efecto, la misma orientación puede concretarse de múltiples formas diferentes; en cada tipo de orientación ello puede obedecer a una lógica especial; en cada caso se pueden modificar, aunque de forma diferente, no sólo las vías de realización sino también el propio objetivo, la esencia misma de la orientación. Por ejemplo, el individuo puede asumir un determinado objetivo vital basado, digamos, en un interés profesional; esto puede realizarlo a través de múltiples actividades o vías, algunas de las cuales tendrán mayor atracción; otras resultarán más difíciles, en virtud de sus propias capacidades y de las posibilidades que ofrezca la sociedad en un momento determinado; es posible que él pueda realizar sus objetivos en la misma dirección prevista, o bien, que en virtud de esos factores, debe encontrar otras vías de realizarlo, o buscar un objetivo sustitutivo de parecidos valores al anterior, e inclusive puede llegar a cambiar radicalmente sus intereses profesionales, reajustando su vida a determinado plazo, en otras direcciones diferentes; en los primeros casos la orientación de la personalidad se mantuvo inalterable, ajustándose las vías de su realización, es decir, el modelo de los fines no se modificó apreciablemente y cambió el modelo de la actividad instrumental; en el último caso, se modificaron todos los componentes del proyecto de vida, reestructurándose la propia orientación de la personalidad.

Las orientaciones de la personalidad también se expresan en las formas de empleo del tiempo actual y futuro del individuo, en el que pueden detectarse reservas potenciales para el desarrollo de su persona-

lidad; así, la conformación de la estructura del empleo del tiempo actual del individuo, o sea, la composición de su actividad y relaciones con los otros, en la esfera profesional y de tiempo libre, como estructura de su actividad real, constituye un importante nivel de análisis, pues este es la expresión real de algunas de sus orientaciones de la personalidad; sobre la base de sus objetivos vitales, el individuo construye un modelo hipotético de empleo del tiempo futuro, que refleja la estructura de la actividad a la que aspira el individuo y que forma parte de su proyecto de vida, lo que permite contribuir a valorar, conjuntamente con las cualidades del modelo de actividad instrumental, el nivel de desarrollo de las tendencias fundamentales de la personalidad.

Así concebido, el proyecto de vida constituye un complejo modelo del futuro en el que se concretan las orientaciones de la personalidad, cuyos componentes fundamentales pueden resumirse de la siguiente manera:

Proyecto de vida

Modelo de objetivos generales de vida (tendencia orientadora de la personalidad).	—	(Lo que el individuo aspira o lo que quiere ser.)
Modelo de actividad instrumental o planes de acción.	—	(Estructura de medios y fines intermedios para el logro de los objetivos generales.)
Modelo de actividad futura o de empleo del tiempo.	—	(Lo que el individuo quiere hacer; composición del empleo del tiempo futuro como concreción de sus orientaciones en las esferas de la actividad social.)

Como veremos, esta distinción también resulta útil y necesaria cuando nos referimos a las diferencias de contenido de las distintas orientaciones de la personalidad.

No son sólo las necesidades particulares las que propician la plasticidad de la dirección de la actividad en las condiciones sociales cambiantes, sino que también las formaciones psicológicas de mayor nivel en la esfera motivacional son susceptibles de transformación, de profundización o enriquecimiento de su contenido, que implica una variabilidad determinada en la elaboración de los objetivos y en las vías de su realización. Así, por ejemplo, la propia concepción del mundo y del sentido de la vida, etcétera, que forman las tendencias orientadoras de la personalidad, pueden hallarse en un estado de perfeccionamiento permanente;

o de estancamiento progresivo en algunos casos; u obligar al individuo, en determinadas circunstancias, a redefiniciones parciales o totales de sus objetivos generales y planes de vida.

El desarrollo consciente de la personalidad en las condiciones sociales reales, reviste el carácter de un proceso de búsqueda y redefiniciones constantes de las finalidades u objetivos esenciales y las vías de su realización en las esferas de la actividad social; proceso, a través del cual se expresa la relativa estabilidad de sus orientaciones de la personalidad.

b) Características del contenido de las tendencias orientadoras de la personalidad

Las orientaciones de la personalidad, por su contenido, refieren sus diferentes significaciones sociales; en este caso se trata de los ideales y valores morales, de las intenciones o intereses profesionales y no profesionales, de las características de la autovaloración, etcétera.

Cada uno de estos subsistemas posee una naturaleza distinta y posiblemente ellos expresen una lógica específica de funcionamiento; las concepciones e ideales morales, una vez establecidos, constituyen una estructura de nivel regulador superior que matiza todo el contenido de la actividad individual y es, posiblemente, el sector más estable de las orientaciones de la personalidad, aunque son susceptibles de cambio y enriquecimiento en el transcurso de la actividad y la experiencia de la personalidad durante la vida. Las intenciones profesionales y de otros tipos, que pueden llegar a tener el mismo grado de estabilidad son, en cambio, posiblemente, más fácilmente ajustables a las condiciones variables de la sociedad; el individuo puede satisfacer, probablemente con cierta igualdad, un conjunto de necesidades en esferas cercanas a la de la profesión elegida o a sus intereses culturales, etcétera.

Ya habíamos señalado el criterio de Yakobson en el sentido de que los diferentes tipos de orientación se superponen unas veces, y otras, se manifiestan en diferentes planos; en nuestra opinión, esto puede interpretarse de la siguiente manera: de un lado, las orientaciones superpuestas que se expresan de alguna manera en todas las esferas de la actividad social y de las relaciones humanas del individuo; de otro lado, entre los diversos tipos de interés se produce cierta superposición, aunque se expresen en diferentes planos o en diferentes esferas de la actividad; por ejemplo, esto puede ocurrir entre los intereses profesionales, los culturales y de otros tipos.

No obstante, para corroborar estas ideas y precisar el carácter diferencial de los contenidos de las orientaciones de la personalidad y sus interrelaciones, se requiere la realización de investigaciones más complejas que las realizadas hasta ahora.

El estudio de las orientaciones de la personalidad se ha realizado preferentemente en el área de las concepciones morales, de indudable importancia para la formación de la personalidad en el socialismo. En este sentido, los trabajos de L. I. Bozhovich y sus colaboradores, de F. González y otros, han presentado resultados valiosos.

Sin embargo, las orientaciones de la personalidad que se determinan por las intenciones profesionales y de otros tipos no se han estudiado aún con la misma dedicación. Estas expresan una parte importante de los contenidos esenciales de la vida del individuo; si bien la integridad de la personalidad se manifiesta en las más diversas esferas de la vida social y en todas ellas los valores morales y los intereses de diversos tipos se interrelacionan estrechamente, no obstante, cada uno de estos intereses tiene sus características peculiares y una significación definida para el individuo; por otra parte, estos intereses o intenciones profesionales y otras de diversos tipos se expresan de una manera más directa en el modelo de la actividad futura del individuo, de aquí que el estudio de esta problemática en sí misma, resulte necesario para comprender la especificidad de estos tipos de orientación de la personalidad.

3. *La tendencia orientadora de la personalidad y las vías de autorrealización en la actividad social*

Anteriormente hemos planteado que la tendencia orientadora de la personalidad se expresa en un modelo ideal de objetivos futuros que constituyen una imagen anticipadora de lo que el individuo aspira a ser, que se integra en un proyecto de vida complejo en cuyo marco, además de delinearse las vías y tácticas para el logro de esos objetivos, el individuo debe construir un modelo de su actividad futura, que se relaciona sobre todo con las intenciones o intereses que forman una parte de sus orientaciones de la personalidad y con las formas de su concreción en la actividad social, o lo que es lo mismo, debe tener una imagen de la distribución del empleo del tiempo en los diversos tipos de su actividad social futura.

L. Seve¹ ha sido probablemente el primero en destacar la importancia de esta categoría del empleo del tiempo, de manera argumentada, para el análisis de la personalidad, a pesar de que, a nuestro juicio, su enfoque teórico resulta algo esquemático y limitado.

El análisis del empleo del tiempo actual y futuro en relación con las orientaciones de la personalidad y la conformación del proyecto de vida, constituyen elementos importantes para la determinación de los criterios del nivel de desarrollo de la personalidad.

¹L. Seve: *Marxismo y teoría de la personalidad*.

El proyecto de vida se determina por los valores y conocimientos interiorizados que conforman en el individuo, la concepción del mundo y del sentido de la vida. Por eso, tanto los ideales morales como cualquier interés en una esfera de la actividad profesional, etcétera, que forme alguna de las orientaciones de la personalidad, se funda en esas nociones generales, en una determinada concepción del mundo y del hombre y de lo que él como individuo aspira a ser,¹ pero estas orientaciones de la personalidad no sólo son modelo de la actividad instrumental, estas se expresan en el modelo de sus actividades futuras que representa el esquema de sus actividades y relaciones complementarias (profesionales, culturales, políticas, amorosas, etcétera), de manera que el proyecto de vida en su conjunto debe corresponder a las nociones más generales mencionadas del individuo.

Así, este puede tener una concepción del mundo y sentido de la vida espontáneos, elaborados al nivel del sentido común y de las costumbres vigentes, o por el contrario, puede poseer una desarrollada concepción de sí y de la sociedad, puede haber interiorizado la concepción de la personalidad armónica del socialismo desarrollado y el comunismo, etcétera. Cada uno de estos esquemas puede expresarse no sólo en sus orientaciones de la personalidad, o sea, en el modelo de sus objetivos, sino, en lo tocante a sus intenciones o intereses vitales (profesionales y de otros tipos), puede expresarse en el modelo de la actividad futura que forma parte de su proyecto de vida.

Sobre esta base se hace posible el estudio del proceso de autodirección consciente, de los esfuerzos del individuo en el sentido del desarrollo de sus potencialidades y su manifestación en las actividades sociales.

La autorrealización, así concebida, constituye una dimensión importante en la que se puede expresar la tendencia orientadora de la personalidad.

En efecto, la autorrealización no se puede concebir al modo de los psicólogos occidentales, como autodesarrollo espiritual exclusivamente, sino además, como la expresión de los objetivos esenciales del individuo en la propia actividad social.²

En este sentido, hemos expresado que no se puede hablar de autorrealización del individuo, en general, sino de la autorrealización de individuos históricamente determinados, que actúan en determinado

¹Obujovski: *ob. cit.*

²O. D'Angelo: *La autorrealización como desarrollo consciente de la personalidad en la actividad social*. La Habana, 1960. (No publicado.)

tipo de sociedad en un nivel dado de su desarrollo y que pertenecen a determinadas clases y grupos sociales, todo lo cual condiciona, a grandes rasgos, las posibilidades de su autorrealización individual, ofreciendo límites objetivos para el desarrollo de sus potencialidades en una etapa dada del desarrollo social.

De esta forma, la autorrealización es, en realidad, incluso para la sociedad socialista donde se eliminan las contradicciones antagónicas de clase y se abren perspectivas para el desarrollo ilimitado de la personalidad, una posibilidad que puede realizarse en unos individuos más plenamente que en otros, lo que obedece tanto a factores sociales objetivos como a condiciones subjetivas relacionadas con el nivel de desarrollo individual de los mecanismos y de la estructura de la personalidad.

Si la sociedad debe propiciar al individuo opciones diversas para el desarrollo de sus actividades sociales, de acuerdo a las disponibilidades de recursos materiales con que cuente en cada momento, se requiere también una transformación de la personalidad, de los valores y costumbres caducas.

No se trata sólo de opciones disponibles, por muy importante que esto pueda ser, sino también de crear disposiciones de la personalidad flexibles, capaces de propiciar la sustitución de unos objetivos por otros de valor cercano, de formar orientaciones de la personalidad que puedan expresarse en diversas direcciones complementarias, de crear las vías para formar proyectos de vida realistas y capaces de estructurar la actividad del individuo en diversas direcciones, de formar la capacidad de autodirección consciente del individuo, para orientarse hacia metas sociales y personales elevadas.

Una cuestión es, por ejemplo, que el joven pueda llegar a ser un profesional universitario o un técnico medio o un obrero calificado, y otra es que en la actividad profesional que él llegue a desenvolver pueda encontrar vías de realización concretas, que pueda participar creadoramente en la medida de lo posible en el proceso productivo,¹ pero además, que sea capaz de emplear de manera útil y complementaria su tiempo libre, en el estudio, en la actividad social, deportiva, cultural, etcétera.

En este sentido, la formación y organización de la actividad social con criterios nuevos (por ejemplo, la Sociedad Patriótico-Militar, las casas de cultura, el enriquecimiento de las actividades de las organizaciones sociales y de masas, etcétera), pueden facilitar e incentivar nuevos

¹ A. Armengol y O. D'Angelo: "El trabajo como actividad creadora", en *Economía y desarrollo*, no. 41.

modos de participación creadora del individuo en la sociedad; es importante también lograr el enriquecimiento del proceso educacional en la escuela y en el hogar, que no es sólo, por supuesto, la enseñanza de determinados contenidos cognoscitivos, sino es también la educación para la vida, la formación moral y de los intereses, de la organización de la actividad del individuo y la promoción de determinados objetivos vitales.

Es muy importante que el individuo pueda conformar un proyecto de vida con objetivos importantes para él y que los pueda realizar en una u otra vía, así como forme sus mecanismos de valoración de sus posibilidades internas y de las posibilidades sociales con un sentido realista que le permita orientarse hacia el desarrollo de su personalidad en una vía socialmente adecuada y útil.

La formación de las tendencias orientadoras de la personalidad en el sentido de la autorrealización, de la dirección consciente por el individuo del desarrollo de su personalidad y su expresión en la actividad social, es una tarea del propio individuo y de la sociedad, de significativa importancia en el proceso de la construcción del socialismo.

LA AUTOVALORACIÓN Y LOS MÉTODOS PARA SU ESTUDIO

G. Roloff Gómez

Los crecientes avances de la revolución científico-técnica en nuestros tiempos, plantean a las ciencias que se ocupan del hombre, nuevas exigencias relacionadas con la formación multilateral e integral de este. Estas necesidades no sólo abarcan el desarrollo técnico, intelectual del hombre, sino también el aspecto moral, volitivo, motivacional de su formación.

Al respecto uno de los problemas de mayor actualidad e importancia es el de la regulación de la actividad humana.

En contraposición con las tendencias positivistas, conductistas, predominantes en las ciencias sociales burguesas, que reducen mecánicamente la regulación de la actividad humana a los mecanismos y leyes del control externo de la conducta, las ciencias sociales de base marxista-leninista consideran al hombre como sujeto de la actividad que desempeña un papel activo de primer orden en la regulación de esta.

De aquí que en el estudio de la regulación de la actividad humana ocupe un lugar principal el problema de la autorregulación que, en términos más precisos, se refiere a los mecanismos internos que posibilitan al hombre regular por sí mismo su actividad y conducta.

En un sentido amplio, la función de autorregulación transcurre en dos niveles. En un nivel inferior, dicha función se realiza mediante una serie de mecanismos psicofisiológicos, de carácter involuntario, que incluye la adaptación sensorial en sus distintas modalidades y respuestas condicionadas más o menos automáticas o que han llegado a automatizarse.

El nivel superior es el de la autorregulación consciente, propio de la actividad humana compleja, de carácter social. Es fundamentalmente este nivel de autorregulación el que abarca los mecanismos psicológicos internos de mayor importancia para el estudio de la personalidad.

La significación de la autorregulación en la formación de la personalidad ha sido destacada por varios autores. L. I. Bozhovich ha planteado la capacidad del hombre de regular su conducta y actividad como uno de los criterios centrales que definen al ser humano como personalidad.

Entre las formas superiores de autorregulación consciente de la actividad, la autovaloración ocupa un importante lugar, junto con los ideales y valores morales y los motivos superiores en general.

Este enfoque de los problemas de la autovaloración y la autoconciencia como formas superiores de autorregulación de la actividad, es relativamente reciente en la psicología de la personalidad, por lo que quedan muchas cuestiones por resolver. No obstante, esta aproximación metodológica en el estudio de la autovaloración posee perspectivas en el análisis científico de este fenómeno y puede contribuir a superar algunas de las dificultades que presenta la forma en que tradicionalmente se han abordado estos aspectos psicológicos.

Desde que la psicología comienza a estudiar los problemas de la autoconciencia humana, que desde antes habían ocupado a los filósofos, lo hace heredando de la filosofía la concepción espiritualista, subjetiva acerca de la autoimagen, el autoconcepto.

Bajo este enfoque, ya tradicional en la psicología, la imagen de sí es concebida como un fenómeno marcadamente subjetivo, perteneciente a la esfera íntima de la conciencia y sólo accesible a la investigación a través de la introspección y la auto-observación.

Una de las expresiones más desarrolladas de esta dirección en el estudio de la autoconciencia se encuentra en las concepciones personalistas fenomenológicas y existencialistas de teóricos de la personalidad, como R. May, G. Allport y C. Rogers, quienes sitúan la autovaloración como eslabón central de la estructura de la personalidad.

Es innegable que autores como G. Allport y C. Rogers han hecho aportes significativos al estudio de la autoconciencia y la autovaloración, pero a pesar de los avances por ellos introducidos, el nivel de análisis del fenómeno de la autoconciencia continúa básicamente enmarcado en su aspecto subjetivo-valorativo.

En nuestro punto de vista, el elemento subjetivo-valorativo es un aspecto de la autoconciencia que debe estudiarse, pero cuando la autoconciencia se reduce a esto, sin que se analice su fase reguladora, se cierra el camino que puede conducir a la determinación de su lugar y función en el complejo sistema de la personalidad.

Se hace necesario referirse a la diversidad de términos que se utilizan por distintos autores para designar los fenómenos relativos a la autoconciencia y la autovaloración.

Entre los autores de habla inglesa abundan los términos asociados al concepto de *self* (sí mismo), así encontramos *self-concept* (concepto de sí), *self-image* (imagen de sí); *self-evaluation* (evaluación o valoración de sí), *self-consciousness* (conciencia de sí), *self-estimation* (auto-

estimación), *self-perception* (percepción de sí) y otros. Prácticamente todos estos términos han adquirido su equivalente en nuestro idioma.

Al respecto, algunos autores adoptan una posición pluralista, señalando que cada uno de estos términos expresa una realidad conceptual distinguible de las demás, para lo cual apelan a descripciones fenomenológicas más o menos detalladas de estos términos. Otros, por el contrario, hacen uso relativamente indiscriminado de diversos términos, tomándolos como equivalentes en su significación.

En la psicología soviética, los investigadores han empleado fundamentalmente los términos autoconciencia y autovaloración, aunque en los últimos años algunos autores han empleado el término imagen del yo. Entre estos autores vale destacar a I. S. Kon, cuya obra se ha desarrollado entre los campos de la filosofía, la sociología y la psicología. En una obra que resulta muy interesante¹ y que el autor considera como la continuación y profundización de su anterior libro *Sociología de la personalidad*, se aborda el problema del yo en forma multidisciplinaria, como problema científico en la filosofía y la psicología y desde el punto de vista de la historia de la cultura europea.

Consideramos importante destacar lo que sin duda constituye el planteamiento teórico central del libro, la concepción de la imagen del yo (término que Kon considera más conveniente) como sistema disposicional dentro del marco de la teoría disposicional de la personalidad de B. A. Yadov, en la que esta se considera como un sistema jerárquico de disposiciones con distintos niveles.

Enmarcar la imagen del yo como un sistema de disposiciones permite, según el juicio de Kon, representar su estructura no como un conjunto de elementos aislados, sino como un sistema de indicadores cognitivos, emocionales y conductuales íntimamente relacionados, así como la correcta comprensión de su unicidad y diversidad.

Aunque resulta muy prematuro juzgar las perspectivas de desarrollo de ideas tan recientes, por lo que resultaría aconsejable mantenerse atentos al desarrollo de estos criterios teóricos y fundamentalmente a sus posibles derivaciones metodológicas y empíricas, no puede menos que señalarse que la historia de la ciencia psicológica ha mostrado más de una vez que las tentativas de explicación de una categoría con *status* propio mediante su inserción en un aparato categorial concebido para otros fines, han resultado poco consistentes.

En relación con la terminología, consideramos preferible, a falta de criterios para una opción sólidamente fundamentada, el uso del término autovaloración que parece poseer cierta tradición y numerosos adeptos.

¹ I. S. Kon: *El descubrimiento del "yo"*

Algunos autores, al analizar las relaciones entre la autoconciencia y la autovaloración, han visto en esta última un nivel de desarrollo de la autoconciencia al que se llega en la etapa de la adolescencia, producto de los grandes avances en el área intelectual y moral de la personalidad.

Sin embargo, se han llevado a cabo investigaciones con niños de edad escolar temprana (A. I. Lipkina, P. Rico, G. Roloff) e incluso de edad preescolar (A. Amador, I. Dimitrov), en que se ha puesto en evidencia que ya en estas etapas los niños son capaces de valorar determinados aspectos de su conducta, de sus relaciones sociales e incluso algunas cualidades de su personalidad directamente vinculadas a sus actividades más significativas.

Esto permite plantear que desde los inicios de la formación de la autoconciencia, los contenidos que pasan a formar parte de ella adquieren un cierto matiz valorativo, se convierten en experiencia interna valorada; la función autovalorativa es paralela a la autoconciencia.

Lo que ocurre es que la autovaloración en sus primeras etapas de formación se refiere a algunos aspectos particulares de la experiencia vital del niño, a su desempeño en las actividades de mayor importancia en estas etapas de la vida, es decir, tiene un carácter parcial, limitado, mientras que, a partir de la adolescencia, la función autovalorativa adquiere mayor complejidad y generalidad, abarcando todos los aspectos de la personalidad.

Además, los criterios valorativos que sirven de patrón de referencia a la autovaloración en los niños son el producto de la asimilación directa, no reflexiva, de las normas y valores del adulto, y por lo tanto, son criterios un tanto esquemáticos y concretos a diferencia de los adolescentes y jóvenes en los que el desarrollo de las esferas de valores sociales y morales es muy elevado y rico, lo que proporciona criterios valorativos más profundos, complejos y flexibles y esto, a su vez, otorga a la autovaloración profundidad y flexibilidad.

La autovaloración no aparece en la adolescencia como una etapa del desarrollo de la autoconciencia, sino que al igual que la autoconciencia comienza a formarse en las primeras etapas del desarrollo, adquiriendo en la adolescencia un nivel superior.

Conceptualmente, la autoconciencia se refiere a la función general, exclusiva del ser humano, de reflejar conscientemente no sólo el mundo exterior, sino también sus estados internos, propiedades psíquicas y cualidades personales.

El concepto de autovaloración designa la dimensión valorativo-dinámica de la autoconciencia. Los contenidos de la vida psíquica que forman parte de la autoconciencia adquieren carácter dinámico direccional al pasar a ser contenidos de la autovaloración, cuando se convierten en experiencia interna valorada, adquiriendo sentido positivo o

negativo. En esto radica la función subjetivo-valorativa de la autovaloración que sirve de base a su otra función principal, la de regulación interna de la conducta y actividad.

En la adolescencia y en la juventud, cuando la autovaloración ha alcanzado un alto nivel de desarrollo, ambas funciones aparecen estrechamente ligadas entre sí, pero en las primeras etapas del desarrollo no siguen un proceso de formación único, de forma que puede hablarse en estas etapas de dos aspectos de la autovaloración, el subjetivo-valorativo y el regulador, entre los cuales puede no haber correspondencia.¹

La investigación de la autovaloración ha permitido obtener una valiosa información en relación con distintos aspectos de su formación y desarrollo y los factores que lo condicionan. No obstante, quedan muchas cuestiones que requieren de la investigación sistemática para su esclarecimiento y profundización.

En este sentido, debe dedicársele especial atención al problema de la relación entre la autovaloración y el nivel de aspiración.

La autovaloración y el nivel de aspiración

A diferencia de los conceptos de autoconciencia y autovaloración con una historia de desarrollo que se inicia con los filósofos de la antigüedad, el concepto de nivel de aspiración tiene su origen a inicios de la década de los años 30 en las investigaciones experimentales de T. Dembo y F. Hoppe, psicólogos pertenecientes al grupo que dirigía K. Lewin, cuyas ideas se enmarcan dentro de la llamada psicología del campo, por lo que puede decirse que este es un concepto nacido en el laboratorio psicológico.

La primera definición del concepto dada por Hoppe plantea que el nivel de aspiración se refiere a los objetivos, a las expectativas de una persona con respecto a su culminación futura en una tarea determinada.

Con el uso cada vez más extendido del método de Hoppe para determinar el nivel de aspiración, que consiste en situar al sujeto ante una selección de tareas de dificultad creciente, se ha conceptualizado el nivel de aspiración como el nivel de dificultad de la tarea seleccionada por el sujeto para su ejecución.

Estas definiciones, sobre todo las dos últimas, han sido muy utilizadas en las investigaciones que abordan el estudio del nivel de aspiración en uno u otro campo, con muy pocas modificaciones.

La característica de estas definiciones está dada en que el campo conceptual del término nivel de aspiración se reduce y subordinó al

¹ G. Roloff: "Particularidades del desarrollo de la autovaloración en escolares primarios", en *Ciencias pedagógicas*, no. 2.

método empleado para ser estudiado, de forma tal, que el método es quien define el concepto, como ocurre en el caso del uso del método de Hoppe, en el que generalmente se plantea que el nivel de aspiración es el nivel de dificultad de la tarea seleccionada por el sujeto, simplemente porque el método conduce a que el sujeto seleccione una tarea de determinado nivel de dificultad.

Obsérvese que no se trata de un concepto que forma parte integrante de una teoría o que posea una definición general básica y que a los fines de una investigación concreta se dé una definición operacional del mismo, directamente vinculada al método empleado.

Aquí nos encontramos con que el concepto prácticamente carece de existencia fuera de los marcos de su definición operacional. Al investigador, una vez definido el nivel de aspiración en función del método que emplea, sólo le resta hacer alguna que otra aseveración acerca de su importancia en la dinámica de la personalidad o de su íntima relación con otros aspectos de la personalidad.

Esto puede crear la falsa impresión de que la realidad psicológica que designa el concepto de nivel de aspiración se enmarca dentro de los límites de las condiciones experimentales en que se estudia o, dicho de otra forma, que en la vida real del hombre su nivel de aspiración interviene y se manifiesta solamente cuando se dan las condiciones restringidas de sus métodos de estudio.

Las dificultades relativas al concepto de nivel de aspiración que se reflejan en la dispersión y no coherencia de los resultados de las investigaciones fueron objeto de análisis en el libro de la psicóloga francesa Francine Robaye *Niveles de aspiración y de expectativa (criterios de personalidad)*, editado en 1957.

Esta autora, sobre la base de un amplio análisis bibliográfico señala la existencia de discrepancias entre distintos autores que estudian el nivel de aspiración que evidencian problemas asociados a la conceptualización del nivel de aspiración. La tesis fundamental de la obra radica en la idea de Robaye acerca de que el concepto que tradicionalmente se ha utilizado en las investigaciones experimentales del nivel de aspiración posee un carácter muy específico y restringido, lo que se manifiesta en las técnicas experimentales que se basan en la estimación del resultado que se espera obtener en una tarea que ya se ha realizado con anterioridad.

La autora plantea que este concepto no se ajusta a la noción de nivel de aspiración, dado que este abarca un campo más amplio, por lo que propone distinguir dos nociones: nivel de aspiración y nivel de expectativa, considerando que es este segundo concepto el que responde

a las características de las técnicas experimentales que se emplean en el estudio del nivel de aspiración.

De forma que para Robaye la noción nivel de expectación viene a ocupar el lugar de lo que tradicionalmente se ha definido como nivel de aspiración, es decir, el grado de éxito que el individuo espera obtener en una tarea definida, que le es presentada inmediatamente, mientras que el nivel de aspiración propiamente dicho, expresa el nivel de culminación que el sujeto espera alcanzar en un plazo más o menos largo, en ciertos campos que poseen significación en el desarrollo de su vida.

Así, al hablarse de nivel de aspiración puede este referirse al área profesional, social, intelectual de la vida de una persona, mientras que el nivel de expectación estaría siempre vinculado a una tarea específica o grupos de tareas de semejante contenido.

Desde el punto de vista de esta autora, se considera que si bien el nivel de expectación se ajusta perfectamente a la técnica experimental clásica de estimación del resultado a obtener en una tarea a realizar, el nivel de aspiración requiere para su estudio de otro tipo de técnica, considerando que las que mejor se avienen a este propósito son las técnicas proyectivas del tipo del Test de Apercepción Temática (T.A.T.) de Murray y el test de manchas de tinta de Rorschach.

Reconociendo la justedad de la preocupación de F. Robaye por precisar y delimitar el contenido de la noción de nivel de aspiración, no podemos dejar de expresar nuestro desacuerdo con la solución planteada por ella, consistente en la segregación de una subcategoría (nivel de expectación) a la que se le otorga un rango equivalente a la noción que le dio origen.

Lo que realmente se ha hecho en este caso es enfrentar un concepto con una de sus posibles definiciones operacionales, o en términos más apropiados, con una de sus posibles manifestaciones concretas, lo que no da posibilidad a hablar de dos conceptos sino de uno solo, el nivel de aspiración, visto en dos niveles diferentes de generalidad.

Los datos empíricos que aporta Robaye en los que se encuentran muchos casos de no coincidencia entre el nivel de aspiración y el de expectación, pierden gran parte de su fuerza demostrativa si se tiene en cuenta que los relativos a las aspiraciones fueron obtenidos mediante técnicas proyectivas como el T.A.T. y el Rorschach, mientras que los relacionados con las expectativas se obtuvieron mediante técnicas experimentales de estimación de resultados, los que se diferencian significativamente por su naturaleza y estructura.

Por otra parte, independientemente de los métodos empleados, las aspiraciones de un individuo en la ejecución de una tarea específica pueden estar distanciadas de sus aspiraciones más generales.

La esencia del nivel de aspiración como factor dinámico de la personalidad radica en su proyección hacia el futuro, si la autovaloración nos permite establecer una representación de nuestra persona, de nuestros logros en el presente, el nivel de aspiración plantea los nuevos logros a alcanzar mediata o inmediatamente, el pronóstico subjetivo de nuestros posibles éxitos y fracasos.

Sin lugar a duda, existe una estrecha interrelación entre la autovaloración y el nivel de aspiración del individuo, ya que las aspiraciones se forman sobre la base de la valoración por el sujeto de las posibilidades de logro de un objetivo planteado y a la vez, la mayor o menor eficiencia al establecer las aspiraciones, condiciona el que la autovaloración formada con anterioridad se mantenga estable o se modifique.

A pesar de esta interrelación entre autovaloración y nivel de aspiración, no podemos concordar con los autores que conciben a este último como un componente o parte integrante del primero. El nivel de aspiración es un fenómeno doblemente condicionado, por una parte depende de la autovaloración y por otra de la motivación.

De la misma forma que no puede concebirse la autovaloración sin su contenido, la aspiración es siempre aspiración de algo, es decir, está siempre orientada hacia un objeto (en su sentido general).

Desde este punto de vista, el nivel de aspiración depende de la autovaloración de las posibilidades de logro de un objetivo y de que exista la motivación para el logro de ese objetivo.

Un individuo no aspira a obtener algo que no le interesa, aunque considere tener posibilidades para lograrlo, y por el contrario, no nos proponemos metas que consideramos imposibles de alcanzar a pesar de que nos interesen.

Estas son sólo algunas consideraciones generales que pudieran conducir a un mejor encuadre conceptual del nivel de aspiración, sobre la base de la profundización en su estudio.

Métodos para el estudio de la autovaloración

En más de una ocasión se ha señalado que uno de los problemas más agudos de la psicología de la personalidad lo constituyen los métodos para su estudio. La justedad de esta afirmación se acentúa al aplicarse al estudio de la autovaloración.

Los problemas confrontados con los métodos para el estudio de la autovaloración están relacionados, por una parte, con las dificultades para cumplir el criterio de objetividad que se exige a todo método científico; y por otra, con la inconsistencia de muchas de las posiciones teóricas que sirven de base a los métodos que se elaboran.

Los métodos para estudiar la autovaloración han sido clasificados de diferente forma. Una de las clasificaciones que ha gozado de mayor popularidad es en la que estos se subdividen en directos e indirectos.

Como métodos directos clasifican a aquellos que conducen al sujeto al autorreporte verbal acerca de uno o varios aspectos de su persona. A este efecto se han confeccionado diversos cuestionarios, escalas, modelos de entrevistas, así como se han utilizado composiciones, autobiografías. Uno de los métodos directos más extendidos en la investigación de la autovaloración es la llamada técnica Q o distribución Q, creada por W. Stephenson.

En la misma, el sujeto debe distribuir una serie de proposiciones que describen distintas características de la personalidad en una escala valorativa, que puede tener diferente número de intervalos (preferiblemente 9), según el grado en que considera que sean características propias de su personalidad. Algo peculiar en esta técnica lo constituye el hecho de que la cantidad de proposiciones a ubicar en cada punto o intervalo, está preestablecida siguiendo los criterios estadísticos de una distribución casi normal, así el sujeto determina por sí mismo qué características clasificar en cada punto de la escala, según la cercanía que él considera que poseen con respecto a su personalidad; sin embargo, la cantidad a ubicar no la determina el sujeto, por lo que en ocasiones, se ha señalado que esta es una técnica de distribución forzada.

La técnica Q posee a su favor que posibilita confeccionar la lista de proposiciones a clasificar en función de los intereses de la investigación, la edad de los sujetos, etcétera; así como puede también variarse el criterio de clasificación, por ejemplo, las proposiciones pueden clasificarse según su correspondencia con el yo ideal o social del sujeto e incluso comparar los resultados obtenidos con distintos criterios de clasificación.

Los métodos directos, sobre todo aquellos que posibilitan al sujeto responder abiertamente a las preguntas o temas propuestos, han logrado establecer algunos aspectos del contenido de la autovaloración en diferentes áreas de la actividad.

A la categoría de indirectos, pertenecen los métodos en los que la valoración del sujeto no recae directamente sobre algún aspecto de su persona, lo que se valora es el resultado de una actividad o un trabajo realizado por el sujeto, en otros casos se han utilizado técnicas proyectivas de interpretación, de dibujo, en las que la fantasía o imaginación del sujeto o su estilo expresivo son analizados mediante criterios *proyectivos* para *extraer* la tendencia autovalorativa del sujeto reflejada en la confianza o seguridad en sí mismo o en el grado de conformidad consigo mismo, la autoaceptación.

En la psicología soviética se han llevado a cabo investigaciones dedicadas al estudio experimental de la autovaloración con la utilización de métodos indirectos.

Entre estos trabajos vale destacar los realizados por A. I. Lipkina, en los que la autovaloración se estudia en calidad de *parámetro personal* de la actividad cognoscitiva y en particular de la actividad docente de los escolares. Uno de los méritos fundamentales de estos trabajos radica en que fueron elaboradas varias técnicas experimentales, en las que la autovaloración se determina mediante la valoración que hace el alumno del resultado obtenido en una tarea docente realizada (valoración retrospectiva) o del resultado a obtener en una tarea a realizar (valoración a priori), estas pruebas se caracterizan por la sencillez de su estructura y por su fácil aplicación.

Ejemplo típico de ellas es la técnica de las tres calificaciones, que ha sido utilizada con éxito en nuestro país.¹ En esta prueba el alumno en una primera sesión, realiza una tarea docente; en una segunda sesión el experimentador, después de haber calificado el trabajo con los criterios normales de evaluación docente, le plantea al alumno que su trabajo fue calificado por tres maestros diferentes, de forma independiente, y que le otorgaron calificaciones diferentes (una de estas calificaciones es la real, otra está por encima de la real y la tercera por debajo de la real), pidiéndole al alumno que señale cuál de ellas es la calificación que, a su juicio, merece su trabajo y que fundamente su juicio. La respuesta del sujeto, en tanto se aproxime a una u otra de las calificaciones "otorgadas", se toma como indicador del grado de adecuación de su autovaloración, de la tendencia autovalorativa adecuada o inadecuada del alumno.

Sin pretender ser exhaustivos en el análisis de los métodos y en su forma de clasificación, trataremos ahora de enfocar este problema desde otro punto de vista.

El enfoque marxista-leninista de las ciencias ha establecido claramente que todo método de investigación tiene como base y punto de partida la concepción, más o menos elaborada y explícita, que el investigador posee sobre el fenómeno que estudia. Desde esta posición abordaremos el análisis de las dos tendencias metodológicas, una más desarrollada que la otra, que predominan en el estudio de la autovaloración, tratando de mostrar su dependencia respecto de las dos aproximaciones teóricas fundamentales al estudio del fenómeno autovalorativo.

Al inicio de este trabajo habíamos esbozado estas dos aproximaciones teóricas, una de ellas, la que cuenta con una mayor tradición,

¹ Roloff: *Ibidem*.

aborda la autovaloración en su aspecto subjetivo-interno, como vivencia íntima de la personalidad.

Es esta aproximación la que sirve de base a la construcción de cuestionarios, escalas y otros tipos de técnicas que se caracterizan porque trabajan con los datos de la autoobservación y autorreporte del sujeto acerca de sus vivencias y cualidades personales, expresadas en forma abierta, seleccionando una respuesta de entre varias alternativas, marcando la intensidad con que considera poseer un atributo o característica.

En defensa de este enfoque se cuenta, entre otras cosas, con el planteamiento de un especialista del nivel de G. Allport, quien señaló que si queríamos saber algo acerca de una persona, lo mejor que podría hacerse era preguntárselo.

Esto está muy bien cuando lo que nos interesa conocer es cómo piensa la persona acerca de sí misma, de sus rasgos y características personales, de sus vivencias internas, pero cuando el interés fundamental se dirige al aspecto regulador de la autovaloración, la pregunta ¿qué influencia considera usted que tiene la imagen que posee de sí mismo en su conducta y actividad?, nos parece fuera del límite de las posibilidades introspectivas de un persona normal y por lo tanto, se hace necesaria una aproximación diferente al fenómeno.

Esta otra aproximación es la que parte, como ya hemos dicho, de ubicar la autovaloración como un mecanismo fundamental de la autorregulación consciente de la actividad y la conducta.

La idea de adjudicar a la autovaloración un importante papel en la regulación de la conducta es compartida por la gran mayoría de los investigadores que se ocupan de este problema, lo que ocurre es que la aceptación de esta idea no se traduce concretamente en la investigación empírica, ya que en la mayoría de los casos se emplean y elaboran métodos que reflejan el aspecto subjetivo-valorativo de la autovaloración y que por su propia estructura no permiten obtener evidencias concretas acerca de la función reguladora de la autovaloración, quedando esta función sustentada por la buena voluntad del autor que la proclama.

Afortunadamente se han realizado investigaciones que abordan la autovaloración como factor regulador de la conducta mediante métodos experimentales, cuya característica consiste en que la autovaloración se estudia en una situación experimental en la que la conducta del sujeto resulta regulada por su autovaloración.

Ejemplo típico de este tipo de método es el de selección de tareas de dificultad creciente creado por Hoppe para estudiar el nivel de aspiración y que Serebriakova modificó y utilizó para estudiar la auto-

valoración. Este método, del que ya hemos hablado, tiene como elemento central la conducta del sujeto en una situación de selección, en la que la autovaloración interviene como regulador, en tanto actúa como motivo de la conducta (probarse a sí mismo, probar sus posibilidades de realización exitosa de una tarea).

En este mismo sentido se ha tomado como criterio autovalorativo la reacción ante el éxito y el fracaso, la toma de decisiones en situaciones de conflicto, el enjuiciamiento de la conducta ajena, la atribución causal de los errores cometidos y otros. En algunos de estos casos, el criterio que se toma es una conducta de carácter valorativo, pero lo que se valora no es un aspecto interno de la persona, sino el resultado de un trabajo realizado, la calidad o eficiencia de su ejecución, partiendo de que esta conducta valorativa está regulada por la autovaloración del sujeto.

En esencia, se trata de determinar aquellos tipos de conducta que constituyen indicadores de la autovaloración, en calidad de regulador interno de la conducta y teniendo esto, crear las condiciones experimentales que den lugar a estos tipos de conducta. Esta labor es bastante compleja y requiere de un movimiento de los investigadores orientado al desarrollo de esta línea investigativa, que aunque reciente, parece poseer buenas perspectivas de desarrollo.

En síntesis, pueden distinguirse dos aproximaciones metodológicas en el estudio de la autovaloración, una que aborda el aspecto subjetivo-valorativo de la misma y otra que estudia su aspecto regulador de la conducta y actividad, que constituyen en realidad los dos aspectos fundamentales de la autovaloración.

La estrategia a seguir no es la de subordinar el estudio de uno de estos aspectos al del otro, ambos deben ser estudiados, pero para esto se requieren métodos de distinto tipo para cada aspecto, los métodos apropiados para estudiar uno de estos aspectos no permiten aportar una información significativa sobre el otro, por lo que se impone la necesidad de combinar unos y otros métodos con el fin de determinar el contenido, naturaleza y funciones del complejo fenómeno de la autovaloración humana.

LA DINÁMICA MOTIVACIONAL EN LA PERSONALIDAD SANA Y EN LA ENFERMA

B.S. Bratus
D. González Serra

Los trabajos sobre la psicología de la personalidad de la psicología marxista, en su mayoría, están dedicados al estudio de la edad infantil y la adolescencia y, raramente, se refieren al problema de los cambios de la personalidad en la madurez y las etapas más tardías de la vida.

Esta posición deja a la psicología de la personalidad incompleta en cuanto al plano teórico, y separada de muchos problemas de carácter práctico. Al mismo tiempo, las pocas concepciones que existen actualmente (generalmente, dentro de la psicología burguesa), acerca del problema del desarrollo de la personalidad en la edad madura, no son todavía suficientemente completas y argumentadas. En breves términos, nos referiremos, por ejemplo, a dos enfoques que son característicos.

La paradoja de las concepciones actuales sobre la personalidad, consiste en el hecho de que conocemos mucho más (verdad es que eso se refiere, por lo general, al plano descriptivo, fenomenológico) sobre sus anomalías y desviaciones que sobre el problema de qué representa, desde el punto de vista de la psicología, una personalidad normal (sana).

Por eso, no es casual el hecho de que muchas representaciones de la personalidad sana parten de los datos de la patología. Es bastante frecuente la utilización directa de la terminología psiquiátrica que describe síntomas de la psicopatología: lo patológico del sujeto se determina por la evidencia de dichos síntomas, igual que su normalidad por la ausencia de los mismos. El problema de los mecanismos del desarrollo normal de la personalidad de hecho no se plantea tampoco en las teorías psicoanalíticas, en las que las ideas sobre las peculiaridades de la motivación de una personalidad neurótica, se emplean de manera directa para explicar a un individuo psíquicamente sano.

Como reacción a tan amplia divulgación de dichas posiciones puede considerarse la aparición de otro enfoque, o sea, las teorías que se llaman a sí mismas, psicología humanista.

Así, uno de los más brillantes representantes de esta orientación, G. Allport, quejándose de que la mayoría de las concepciones contemporáneas de la personalidad están estructuradas sobre la base del estudio de los sujetos *débiles*, habla de la necesidad de investigar una

personalidad sana y productiva, de comprenderla toda, en su totalidad y en lo específico de la misma.

No obstante, destacando el gran significado que esta concepción tiene, es también necesario ver sus limitaciones fundamentales. En la mayoría de las concepciones de la psicología humanista se le presta atención a la personalidad ya hecha, de hecho impuesta como madura y productiva.

Discutiendo la concepción de Allport, L.I. Antsiferova con justicia hace notar que "aquel método por el cual Allport se rige de manera implícita al construir su teoría, es el método de generalizar las cualidades de las personalidades eminentes, de los grandes creadores de la humanidad".¹

Como un producto cualquiera ya terminado, muere el proceso que condujo a su aparición y, por tanto, mueren aquellas regularidades y contradicciones internas que están en la base de este proceso. Aquí se nos muestra la cúspide, dejando en lo desconocido la vía hacia ella. Sin embargo, este camino es común para toda la gente y no una prerrogativa de los notables, de los héroes. Estos últimos son más avanzados en su desarrollo que el resto, pero forman con ellos no una cadena aislada, sino única de movimiento.

De este modo, las concepciones del tipo de las de Allport, otra vez confirman el dilema que es tan característico para las ideas de los psicólogos acerca de la psicología de la personalidad en la edad madura: por un lado, la "disolución" de la personalidad normal en la neurótica y a partir de eso, su incapacidad de ver lo específico de la normalidad; y por otro lado, la absolutización de la personalidad sana, autoactualizada, y la imposibilidad de explicar el desarrollo *medio* y aún más, el desarrollo anómalo.

Siendo así que la tarea genuina de la teoría de la personalidad consiste en, partiendo de sus categorías y principios, explicar de manera suficientemente completa y multilateral, tanto los casos del desarrollo normal que llevan al despliegue armónico y multilateral de la personalidad, como también explicar los casos de anomalía de este desarrollo.

La creación de tal teoría, es todavía una tarea del futuro de la ciencia psicológica marxista, una perspectiva de su desarrollo. No obstante, ya ahora está claro que aquí deben tener un papel importante las investigaciones dedicadas al análisis de problemas metodológicos claves, es necesario, realizando las investigaciones teóricas y prácticas, tender a encontrar los mecanismos más generales que están en la base

¹ L. I. Antsiferova: Crítica a la concepción personalista de G. W. Allport.

del desarrollo de la personalidad en el transcurso de su vida, las causas psicológicas de carácter general del funcionamiento normal, y anómalo de dichos mecanismos.

Dentro del presente trabajo examinaremos algunas cuestiones básicas relacionadas con el problema dado.

Pasemos ahora a exponer algunas ideas fundamentales dirigidas a explicar qué es la personalidad normal y cuál es su movimiento en la adultez a diferencia del enfermo mental.

El pasar a ser personalidad significa, en primer orden, tomar una determinada posición social y moral. En segundo lugar, la personalidad debe tomar conciencia y hacerse responsable de esta posición. En tercer término, debe afirmarla de manera real con sus actos, luchar por ella con toda su vida.

Las necesidades del hombre no se limitan a la esfera estrictamente personal. El ser social se distingue del ser asocial por el hecho de que su actividad contribuye a la satisfacción de las necesidades de un círculo más o menos amplio de otros individuos. Las necesidades sociales crecen y terminan por llegar a ser dominantes en la vida humana y por ejercer una influencia decisiva sobre toda la actividad del hombre.

El hombre se convierte en tal, sólo desde el momento en que puede someter su actividad a las exigencias y a las necesidades que existen fuera de sí mismo, es decir, en el momento que ha adquirido la capacidad de trabajar.

La estructura de la esfera de motivaciones del individuo, que ya ha alcanzado un alto nivel de madurez, comprende diversas motivaciones morales, estables y dominantes, que mantienen subordinadas a todas las demás necesidades y motivaciones y adquieren en la vida del individuo una importancia primordial.

Así concebimos que el equilibrio de la motivación y de la actividad motivada en el adulto normal, consiste en la armonía, integración y correspondencia recíproca entre el medio social, el organismo biológico del hombre, su actividad y los resultados de esta, y sus necesidades sociales e individuales y demás rasgos de la personalidad, sistema armónico en el cual *predominan las necesidades sociales sobre aquellas necesidades individuales y exigencias o posibilidades del medio social que orientan la actividad de una manera inadecuada a las responsabilidades e ideales sociales asumidos.*

Pero el equilibrio engendra el desequilibrio y lo contiene, lo presupone y por tanto, consiste en una constante lucha contra el desequilibrio en la cual predomina sobre este. La actividad del hombre consiste en una continua lucha por transformar su medio y obtener la satisfacción y el aseguramiento de sus necesidades, por cumplir con los debe-

res e ideales asumidos sacrificando las tendencias inadecuadas a los mismos. Incesantemente el individuo logra su equilibrio, lo pierde y vuelve a luchar por él.

En contraposición al psicoanálisis y a muchos teóricos de la motivación que enfatizan únicamente la importancia y el carácter predominante de las necesidades y tendencias individuales (sexuales, agresivas, de seguridad, etcétera), creemos necesario destacar que lo típico de la personalidad humana normal es el predominio de las necesidades sociales y superiores sobre aquellas tendencias que buscan una satisfacción inadecuada a las responsabilidades e ideales asumidos. Esta estructura jerárquica y este equilibrio de la personalidad normal se explican, en su génesis y desarrollo, por la actividad social del individuo, pues para satisfacer sus necesidades individuales (biológicas y psicológicas) que constituyen la base de su existencia, tiene que cumplir con las necesidades y exigencias sociales.

El hombre es un ser social. Su esencia, su característica fundamental y típica consiste en que, en virtud de la cultura y la conciencia social, participa de alguna manera en el proceso de producción y distribución de los bienes materiales y espirituales y/o en la prestación de servicios sociales, o sea, que cumple con las necesidades y exigencias sociales. De no existir esta función social como predominante, desaparecerían la sociedad humana y el individuo como ser social.

Ahora bien, el ser humano tiene un organismo biológico y psicofisiológico cuyo adecuado funcionamiento es una condición fundamental para que pueda realizar su función social. Por esto se impone que junto al predominio de la función social exista una armonía entre las exigencias y posibilidades de satisfacción de su medio social; entre su actividad y la jerarquía de necesidades de su personalidad; y en consecuencia, una satisfacción adecuada de sus requerimientos individuales. De no satisfacer sus requerimientos biológicos y psicológicos individuales, el ser humano se enferma e inhabilita para la vida social. Por esto, también es típico de la dinámica y del desarrollo normal, la determinación de las necesidades superiores (responsabilidades e ideales sociales asumidos) por la interacción individuo-medio y por los niveles y estratos inferiores del hombre y de su psiquis. Al modificarse su interacción con el medio y su propio organismo, lo cual es en parte producto de su actividad, y ocurrir que sus esfuerzos reiterados no logran restablecer este equilibrio entre lo externo y lo interno, lo superior y lo inferior, se operan cambios graduales que en última instancia, con la acumulación cuantitativa, modifican el nivel superior del psiquismo humano. Por ello, se hace imprescindible asumir aquellos deberes que se ajustan o fu-

sionan a los requerimientos individuales, de manera que el funcionamiento de la personalidad sea lo más satisfactorio posible.

Cuando en el curso de la vida, la responsabilidad asumida y el ideal entran en conflicto con las necesidades y características individuales y con las exigencias y posibilidades que ofrece el medio social, surge un período de crisis que, de mantenerse y agravarse, termina normalmente con un rechazo hacia dicha responsabilidad y con la eliminación o modificación de los ideales sociales asumidos.

La fuerza autónoma y predominante de lo social (la moral, la responsabilidad, el ideal) surge, precisamente, por el hecho de que se ajusta de la mejor manera posible al conjunto de la personalidad; de que se fusiona del modo más armonioso con las necesidades individuales, con las características que dimanar de la vida infantil, con el temperamento, las capacidades y otros rasgos del individuo; de que resuelve en la mejor forma posible los conflictos existentes.

El equilibrio de la personalidad está dado por la autonomía e intensidad de las necesidades sociales, que a su vez depende, en definitiva, de su grado de integración a las necesidades y rasgos individuales del ser humano.

En oposición a los teóricos que destacan unilateralmente la autonomía o importancia del sí mismo y de la autorrealización (véase Allport, Nuttin, etcétera), es necesario enfatizar que los aspectos superiores de la motivación humana surgen y se modifican, en definitiva, en función de la interacción individuo-medio social y de los requerimientos orgánicos y características individuales del ser humano.

Al entrar activamente en nuevas relaciones sociales, en nuevos grupos y esferas de la vida social, se plantean constantemente ante el individuo nuevas exigencias, así como nuevas posibilidades de su satisfacción. Esta interacción externa, actuando a través de las condiciones internas de la personalidad, se refleja en el proceso motivacional, el cual regula la respuesta a dichas exigencias. Sobre esta base se produce un autodesarrollo interno y una modificación de las propiedades y procesos psíquicos. A su vez, este nuevo desarrollo conduce a nuevas esferas de la interacción externa que vuelven a plantear necesidades, exigencias y posibilidades de satisfacción cada vez más complejas y prometedoras. En la unidad de esta interacción externa y autodesarrollo interno, se produce la transformación de la motivación y la regulación de la actividad motivada adulta, a niveles cada vez más complejos y estables. Sin embargo, este desarrollo está penetrado por limitaciones y dificultades y aún puede ser detenido y marchar en la dirección de la desintegración patológica.

En oposición al psicoanálisis, que ha elaborado una teoría de la personalidad normal en función de hechos patológicos, debemos enfatizar que la diferencia entre lo normal y lo patológico no es sólo cuantitativa, sino que, además, es cualitativa, se trata de estructuras diferentes. Lo típico de la personalidad normal es cualitativamente diferente de lo típico de la persona enferma, pero esto no niega, sino que presupone la penetración y transformación recíprocas de lo normal y de lo patológico.

Lo más adecuado es plantearnos la existencia, en mayor o menor medida, de momentos anormales y de situaciones, aspectos y tendencias patógenas, desintegradoras, en la personalidad normal, que están en contradicción y lucha con los aspectos y tendencias sanas, las cuales resultan en general, predominantes. Igualmente podemos encontrar tendencias hacia la salud mental en el enfermo, aunque estas no son las que caracterizan su estructura psíquica.

En virtud de esta penetración recíproca se explica que el individuo sano se enferme si es llevado a determinada situación que, de acuerdo con su personalidad, resulte patógena. Igualmente ocurre que el enfermo se cure, y también, que la personalidad marche en la dirección de una mayor integración, estabilidad y complejidad en su funcionamiento psicosocial.

Esta penetración recíproca determina que el estudio de la dinámica y desarrollo de la personalidad normal debe tener en cuenta sus factores desintegradores y patógenos y sus momentos excepcionales, patológicos y anormales.

Llamamos enfermedad psíquica a aquella que tiene su génesis en las funciones y propiedades psíquicas del ser humano (o en los aspectos anatomofisiológicos que implican) y se caracteriza por una pérdida, por déficit o insuficiencia, del nivel social normal para unas condiciones sociohistóricas concretas, que impide al ser humano desempeñar responsabilidades en la vida social y a la vez satisfacer sus requerimientos biológicos e individuales.

A diferencia del hombre normal, lo típico de la motivación del enfermo mental es la pérdida del predominio de las responsabilidades e ideales sociales asumidos, sobre aquellas tendencias inadecuadas a su cumplimiento y/o la ausencia o debilitamiento de la tendencia a la armonización e integración de los diferentes factores determinantes de la motivación y de la actividad motivada.

Veamos cómo se cumplen estos criterios en algunos tipos de trastornos. En las sociopatías, el sujeto no logra una integración social normal, pues lo caracteriza el incumplimiento de sus deberes sociales

y el infringir las normas morales y legales cuyo acatamiento le exige normalmente su medio.

En los trastornos neuróticos apreciamos fundamentalmente una desintegración, separación o distanciamiento extremo de las distintas instancias de la personalidad (el yo ideal y el yo real; las necesidades sociales y las individuales; las tendencias conscientes y las inconscientes) como resultado de lo cual se debilita la tendencia a la armonización e integración de los distintos factores de la personalidad, dando lugar a un estado de ansiedad y a una desorganización emocional que afecta la normal realización de las actividades y lleva al predominio de la aspiración individual de recuperarse psíquicamente.

En los trastornos psicofisiológicos, el sujeto se ve impedido de un funcionamiento biológico adecuado que lo incapacita parcial o totalmente para la vida social normal debido a conflictos intrapsíquicos, frustraciones, privaciones u otros factores psicopatógenos.

En los trastornos situacionales, la tendencia a la integración o armonización fracasa ante circunstancias patógenas del medio social en el que la persona vive.

En las psicosis se agravan las alteraciones motivacionales. El paciente no es capaz de cumplir como está establecido sus deberes de trabajo y las normas morales que exige la convivencia social, a la vez que la tendencia a la integración o armonización se ve dificultada gravemente por su incapacidad para reflejar de modo adecuado el medio que lo rodea y su propia personalidad.

Enfatizar este salto cualitativo, esta diferencia entre la personalidad sana y la enferma, no puede llevarnos a ignorar su penetración recíproca, su interferencia. En ocasiones, el ser humano se ve sometido a situaciones externas y a enfermedades o estados orgánicos que afectan seriamente y prolongadamente su equilibrio psíquico y constituyen factores patógenos. Igual ocurre con los conflictos íntimos y rasgos desintegradores que se han instalado de manera profunda en la personalidad, en virtud de todo su desarrollo precedente, y que pueden actuar como tendencias patógenas en dos direcciones o modos, que son:

- a) el predominio de lo individual y la trivialización de lo social;
- b) la obligatoriedad de lo social que se ha convertido en significativo para la personalidad, pero que se contrapone hostilmente a su individualidad.

Si consideramos de manera aislada estos determinantes, podríamos catalogarlos de patológicos. Sin embargo, cuando los vemos operar en

la personalidad normal, apreciamos que ellos no son sus factores más importantes ni determinantes y que, por el contrario, se encuentran, por lo general, fusionados a las demás necesidades de la personalidad y sometidos al poder integrador que la caracteriza. Por el contrario, aunque no dejan de ser patógenos, estos factores desintegradores pueden impulsar felizmente la actividad normal y socialmente valiosa del ser humano.

Una misma tendencia patógena puede actuar fusionada a las demás necesidades de la personalidad normal y sometida al poder integrador que la caracteriza o, por el contrario, convertirse en un rasgo patológico y dominante en una personalidad enferma. Por ejemplo, la orientación extrema hacia la satisfacción inmediata puede expresarse patológicamente en el abandono de todos los deberes sociales, en la indiferencia hacia lo social, pero también puede canalizarse hacia una responsabilidad o trabajo social altamente satisfactoria o interesante, impulsando así el cumplimiento del deber social, aunque a veces, y en alguna medida, se manifieste de forma desintegradora y afecte el equilibrio de la personalidad y de la actividad. Una tendencia extrema de agresión y dominio puede canalizarse patológicamente en actos antisociales que implican una subvaloración de lo social, pero también puede orientarse hacia el cumplimiento de una responsabilidad, de un trabajo, que requiere en buena proporción, ejercer dominio e imponerse agresivamente; por ejemplo, ante los enemigos de la sociedad e infractores de la ley. La obligatoriedad de lo social, significativo para la personalidad que se contrapone hostilmente a la personalidad individual, puede expresarse patológicamente en una actitud de rechazo hacia sí mismo, de depresión y sufrimiento exagerado y a la vez de imponerse metas que no corresponden a las posibilidades y características de la personalidad individual. Pero, por el contrario, esta tendencia excesiva hacia la realización social puede construir sus proyectos ideales del deber social sobre la base de las características personales y circunstanciales reales de la personalidad, aunque no por ello dejan de ser factores de desequilibrio y de frecuente perturbación emocional.

La actividad normal del hombre se explica fundamentalmente, no por estos factores patógenos, sino por los motivos sociales y por su integración y armonía con el resto de las necesidades y rasgos de la personalidad, que a su vez tienen su génesis y determinante básico en última instancia, en la actividad social del hombre. De este modo, partiendo de la determinación social de la personalidad humana, podemos llegar a comprender los principios generales de su desarrollo.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLPORT, G.W.: *La personalidad, su configuración y desarrollo*. Edición Revolucionaria, Instituto del Libro, La Habana, 1967.
- ANANIEV, B.G.: *El hombre como objeto de conocimiento*. Editora de la Universidad Estatal de Leningrado, Leningrado, 1968. (Edición en ruso.)
- ANTSIFERORA, L. I.: Crítica a la concepción personalista de G.W. Allport. Impresión ligera. Universidad de La Habana, 1978.
- ARMENGOL, A. y D'ANGELO, D.: "El trabajo como actividad creadora", en *Economía y desarrollo*, no. 41, Ciudad de La Habana, 1977.
- ASEEV, V. G.: *La motivación de la conducta y la formación de la personalidad*. Editorial Nauka, Moscú, 1976. (Edición en ruso.)
- — — —: *Motivación y conducta de la personalidad*. Moscú, 1979. (Edición en ruso.)
- BOZHOVICH, L.I.: *Cuestiones de psicología de la educación*. Materiales del XVIII Congreso Internacional de Psicología. Moscú, 1969. (Edición en ruso.)
- — — —: *La personalidad y su formación en la edad infantil*. Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1976.
- — — —: *Estudio de las motivaciones de la conducta de los niños y adolescentes*. Editorial Pueblo y Educación, Ciudad de La Habana, 1978.
- BRATUS, B. S.: Análisis psicológico de los cambios de personalidad en el alcoholismo. Tesis de candidatura. Moscú, 1974.
- CHESNOKOVA, I.I.: *El problema de la autoconciencia en la psicología*. Editorial Nauka, Moscú, 1977. (Edición en ruso.)
- CHUDNOVSKI, V.E.: "La estabilidad de la personalidad como problema de la psicología de la educación", en *Cuestiones de psicología*, no. 2, 1974. (Edición en ruso.)
- GONZÁLEZ, A.: La categoría necesidad en los modelos conceptuales de la personalidad. Ponencia a evento científico de la Facultad de Psicología. Impresión ligera. Universidad de La Habana, 1979.
- GONZÁLEZ, F.: Papel de los ideales morales en la formación de intenciones profesionales en los escolares. Tesis de candidatura. Moscú, 1979.
- — — —: El estudio de los ideales en la psicología. Significación de los ideales en la motivación humana. Impresión ligera. Facultad de Psicología, Universidad de La Habana, 1980.
- — — —: La motivación humana como proceso psíquico superior. Impresión ligera. Universidad de La Habana, 1980.
- GRICHANOVA, Z.I.: Tesis de candidatura. Moscú, 1976.
- GUREVICH, K.M.: "Los tests de inteligencia en psicología", en *Cuestiones de psicología*, no. 2, 1980. (Edición en ruso.)
- KON, I. S.: *El descubrimiento del "yo"*. Editorial Politizdat, Moscú, 1978. (Edición en ruso.)
- LEÓN RICHARD, R.: Tesis de diploma. Facultad de Psicología, Universidad de La Habana, 1980.
- LEONTIEV, A.N.: *Actividad, conciencia y personalidad*. Editorial Nauka, Moscú, 1975. (Edición en ruso.)
- LIPKINA, A.I.: Psicología de la autovaloración del escolar. Tesis de doctorado. Moscú, 1975.
- — — —: *La autovaloración del escolar*. Editorial Snanie, Moscú, 1976. (Edición en ruso.)
- MARX, C. y F. ENGELS: *Obras completas*. Editorial Politizdat, Moscú, 1977. (Edición en ruso.)
- METZGUER, B.: *Problemas metodológicos de la psicología*. Bruselas, 1972.
- MIASICHEV, B. N.: *Personalidad y neurosis*. Editorial Nauka, Moscú, 1960. (Edición en ruso.)
- NIKITINSKAIA, M. L.: "Particularidades psicológicas de los ideales en adolescentes y escolares superiores", en *Pedagogía soviética* no. 11, 1973. (Edición en ruso.)
- NUTTIN, J.: "Psychologie des besoins fondamentaux et des projets diavenir", en *Revue internationale de synthese scientifique*, vol. C 11, Milano, 1967.
- OBUIOVSKI, K.: *Encuentro de psicólogos de países socialistas*. Resúmenes. Postdam, República Democrática Alemana, 1977.
- Psicología soviética y problemas clínicos. Impresión ligera. Hospital Psiquiátrico, Ciudad de La Habana, 1978.

- ROGERS, C.: *Psicoterapia y relaciones humanas*. Editorial Alfaguora, Barcelona, 1967.
- ROLOFF, G.: *Motivación de la actividad docente y autovaloración del escolar*. Tesis de candidatura. Moscú, 1980.
- — — —: “Particularidades del desarrollo de la autovaloración en escolares primarios”, en *Ciencias pedagógicas*, no. 2, Ciudad de La Habana, 1980.
- RUBINSTEIN, S. L.: *Principios de psicología general*. Editorial Nauka, Moscú, 1955. (Edición en ruso.)
- SECHENOV, I. M.: *Obras escogidas*. Editorial de la Academia de Ciencias Pedagógicas de la URSS, Moscú, 1952. (Edición en ruso.)
- SEVE, L.: *Marxismo y teoría de la personalidad*. Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1975.
- SHOROJOVA, E. V.: *Psicología social de la personalidad*. Editorial Nauka, Moscú, 1979. (Edición en ruso.)
- SORÍN, M.: Tesis de candidatura. Universidad de La Habana, 1980.
- SUDAKOV, N. I.: “El ideal moral y la formación de la personalidad del escolar”, en *Cuestiones de psicología*, no. 3, 1973. (Edición en ruso.)
- SUPER, D. y J. O. CRITES: *La medida de las aptitudes profesionales*. Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1966.
- VIGOTSKI, L. S.: *Desarrollo de las funciones psíquicas superiores*. Moscú, 1959. (Edición en ruso.)
- YADOV, B. A.: *La autorregulación de la personalidad*. Leningrado, 1981. (Edición en ruso.)
- YAKOBSON, P. M.: *Problemas psicológicos de la motivación de la conducta del hombre*. Editorial Prosveschenie, Moscú, 1969. (Edición en ruso.)